

SAN JUAN CRISOSTOMO

HOMILIAS EXEGETICAS

DEL

EVANGELIO DE SAN JUAN

Serie
Los Santos Padres
N.º 28

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-2264-1991

I.S.B.N.: 84-7770-232

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

HOMILIA IX

TEXTO COMPRENDIDO:

San Juan, cap. I, v. 11. *A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron.*

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Introducción.

II. *Los suyos* son los judíos. Ilústrase la exposición con otros pasajes de la Escritura y ponderáse la diferencia de judíos y gentiles.

III. La causa de tanto mal para los judíos fue la incredulidad, nacida de la soberbia.

IV. De aquí provino también su envidia contra los gentiles. Pondérase cuán irracional era. Testimonios de San Pablo contra los judíos.

V. Exhortación a evitar la soberbia y considerar la propia miseria.

I

Cap. I, v. 11. *A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron.*

Si os acordáis de las ideas que preceden, añadiré lo que sigue a continuación con más gusto, por ver que lo hago con grande utilidad. Pues de esta manera para vosotros será más fácil de entender mi palabra, por acordaros de lo ya dicho, y yo no necesitaré tanto trabajo, pues podréis por la mucha aplicación penetrar lo demás con mayor perspicacia. El que siempre pierde lo que se le da, siempre necesitará de maestro, y nunca llegará a saber nada; pero el que conserva lo que recibió y añade más todavía, pronto de discípulo llegará a maestro, y será útil no sólo para sí, sino también para todos los demás. Así espero yo que ha de suceder con esta reunión, y lo conjeturo por la grande atención que me prestáis. Ea, pues, depositemos en vuestras

almas, como en segurísimo tesoro, la riqueza del Señor, y examinemos lo que hoy se nos propone, en cuanto nos favorezca la gracia del Espíritu Santo.

II

Dijo (el Evangelista) que *el mundo no le conoció*, hablando de los tiempos antiguos. Después desciende también a los tiempos de la predicación (evangélica) y dice: *A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron*, llamando ahora *suyos* a los judíos, como a pueblo peculiar, o también a todos los hombres, como a criados por El. Y así como más arriba, atónito de la necedad de los más de los hombres, y avergonzado por causa de toda nuestra naturaleza, decía que el mundo hecho por El no reconoció a su Criador, así en este lugar a su vez, amargado por la ingratitud de los judíos y de la mayor parte de los demás hombres, pone la acusación con más energía, diciendo: *Los suyos no le recibieron*, y eso, cuando El vino a ellos.

Y no sólo el Evangelista, sino también los Profetas decían con admiración lo mismo, y últimamente Pablo, lleno de estupor por este motivo. En efecto, los Profetas, revistiendo la persona de Cristo, clamaban de esta manera: *Un pueblo a quien no conocí me sirvió, con obediencia me obedeció; hijos extraños me mintieron; hijos extraños envejecieron y erraron sus caminos* (Ps. XVII, 45, 46). Y de nuevo: *Aquellos, a quienes no se habló de El, le verán y los que no oyeron entenderán* (Isai., LII, 15); y además: *Fui hallado por los que no me buscaban; me manifesté a los que no preguntaban por mí* (Is., LXVI, 1). Y San Pablo, escribiendo a los romanos, decía: *Pues ¿qué? Lo que buscaba Israel, ésto no lo alcanzó, mas los escogidos lo alcanzaron* (Rom., XI, 7). Y otra vez: *Pues, ¿qué diremos? —Que los gentiles que no seguían la justicia, han alcanzado la justicia; mas Israel, yendo tras la ley de justicia, no ha llegado a la ley de justicia* (Rom., IX, 30). Y es verdaderamente cosa que pone asombro, cómo los educados en los libros de los Profetas, los que cada día oyen a Moisés, que dice tantas cosas de la venida de Cristo, y a los demás Profetas de las épocas siguientes, más todavía, los que veían al mismo Cristo, haciéndoles cada día milagros, y hablando con ellos solos, el cual por entonces ni aún a los discípulos permitía ir camino de gentiles, ni entrar en ciudad de samaritanos, y tampoco El lo hacía, sino que una y otra vez

decía haber sido enviado para las ovejas descarriadas de la casa de Israel; sin embargo, a pesar de tantos milagros en su favor, de la voz de los Profetas que oían diariamente, de las amonestaciones continuas del mismo Cristo, tan absolutamente cegaron y ensordecieron, que con nada de esto pudieron ser traídos a creer en El. Y en cambio los gentiles, sin haber gozado de ninguno de estos favores, ni haber oído jamás, ni aun por sueño, los divinos oráculos, antes envueltos siempre en fábulas de locos (pues a esto se reduce la filosofía profana), y revolviendo las vaciedades de los poetas, y sujetos a la adoración de troncos y piedras, y no sabiendo cosa útil ni sana, ni en doctrina, ni en costumbres, ya que su vida era más impura y execrable que sus doctrinas —y ¿cómo no lo había de ser, viendo como veían a sus dioses que se gozaban en toda maldad, y eran adorados con torpes palabrás, y obras todavía más torpes, y esto tenían por fiesta y honor, y eran honrados por sus execrables asesinatos y muertes de niños, y así trataban sus adoradores de imitarlos?—; a pesar de todo, hundidos en el abismo de toda maldad, de repente, como por encanto, se nos presentan resplandecientes arriba, en la misma cumbre de los cielos.

III

¿Cómo tuvo esto lugar y por qué causa? Oyelo de labios de San Pablo. Pues él no cesó de investigarlo con gran diligencia, hasta hallar la causa, y se la descubrió a todos los demás. Y ¿cuál es ésta? Y ¿de dónde a los judíos tanta ceguedad? Oyeselo decir a él, que estuvo encargado de este ministerio. ¿Qué es, pues, lo que él dice, para soltar la duda de muchos? *No conociendo ellos, dice, la justicia de Dios, y tratando de establecer la suya propia, no se sometieron a la justicia de Dios* (Rom., X, 3). Por eso les fue tan mal. Y otra vez, explicando lo mismo de otro modo, dice: *Pues ¿qué diremos —Que los gentiles que no seguían la justicia han alcanzado la justicia, pero la justicia que es por fe; mas Israel, que iba tras la ley de justicia, no ha llegado a la ley de justicia. Dime: ¿por qué? porque no (la buscaron) por fe, pues tropezaron en la piedra del escándalo* (Rom., IX, 30, 32): Y lo que dice significa: la causa de estos males fue para ellos la incredulidad; y ésta nació de la soberbia. Porque cómo, habiendo sido antes superiores a los gentiles por haber recibido la ley y conocer a Dios, y todo lo demás de que habla San Pablo, después de la venida de Cristo

vieron que también aquellos por la fe eran llamados con el mismo honor, y que recibida la fe no había diferencia entre circunciso y gentil; de la soberbia pasaron a la envidia, sintiéndose mordidos de ella, y no pudieron sufrir la benignidad inefable y sobreabundante del Señor. Lo cual no les nació sino de su arrogancia, perversidad y odio de los demás.

IV

En efecto, ¿qué daño se os seguía a vosotros, oh hombres los más insensatos, de la providencia ejercida en favor de otros? ¿En qué se disminuían vuestros bienes, porque otros participaran de los mismos? ¡Ciega es, verdaderamente, la maldad e incapaz de ver por el momento lo que conviene! Comidos, pues, de envidia, por haber de tener participantes de su misma libertad, volvieron la espada contra sí, y de esta manera rechazaron la benignidad de Dios. Y con sobrada razón. Pues El dice: *Amigo, no te hago injusticia; quiero dar también a éstos lo mismo que a ti* (Matth., XX, 13, 14). Mejor dicho, ellos no son dignos ni aún de esta respuesta. Porque aquel, aunque lo llevaba a mal, con todo, podía alegar los trabajos de todo el día, y fatigas, calores y sudores; pero ellos ¿qué pueden decir? Nada de eso, si no es pereza, intemperancia e innumerables males que continuamente les reprendían los Profetas todos, por lo cual también ellos ofendieron a Dios lo mismo que los gentiles. Y esto lo declaraba Pablo, diciendo: *Porque no hay distinción (entre judíos y gentil); pues todos pecaron y necesitan de la gloria de Dios, siendo justificados de balde por la gracia de el* (Rom., III, 22, 24). Este capítulo lo desarrolla en aquella carta con utilidad y grande sabiduría. Y más arriba hace ver que son dignos de mayor castigo. Porque *todos los que en la ley pecaron, dice, por la ley serán juzgados* (Ibid., II, 12); esto es, más duramente, pues además de la naturaleza tienen la ley que los acusa. Y no sólo por esta razón, sino también por haber sido causa de que entre los gentiles fuera Dios blasfemado: *Porque mi nombre, dice, es por vuestra causa blasfemado entre los gentiles* (Rom., II, 24; Is., LII, 5; Ezech., XXXVI, 20). Ya, pues, que esto era lo que más los carcomía —como que a los mismos convertidos del judaísmo a la fe les parecía cosa estupenda, y por eso echaban en cara a Pedro, cuando volvió a ellos de Cesarea, que había ido a gente incircuncisa, y comido con

ellos; y aún después de enterados de la providencia de Dios, todavía aún así se admiraban de cómo se había derramado también a los gentiles la gracia del Espíritu Santo, dando a entender con su asombro que jamás hubieran esperado ellos esta maravilla—: como sabía, pues, que esto era lo que más les llegaba al alma, no deja piedra por mover, a fin de vaciar su hinchazón y deshacer su arrogancia, inflada hasta más no poder.

Y mira cómo lo hace. Después de haber hablado de los gentiles, y demostrado que no tenían por ningún aparte excusa alguna ni esperanza de salvación, y reprendiéndolos fuertemente por su perversidad de doctrinas e impureza de vida, traslada su razonamiento a los judíos, y después de haber recapitulado lo que de ellos dijo el Profeta, que eran execrables, fraudulentos, astutos, que todos se hicieron inútiles, y que nadie entre ellos buscaba a Dios, sino que todos se desviaron y otras cosas semejantes, añadió: *Y sabemos que cuanto la ley dice, se lo dice a aquellos que están en la ley; para que toda boca se cierre, y todo el mundo se sujete a Dios... Pues todos pecaron y necesitan de la gloria de Dios* (Rom., III, 18, 23). Luego, ¿por qué te engrías, oh judío? ¿Por qué te ensorberdecas? Cerrada queda tu boca, destruida tu libertad, con todo el mundo quedas tú también hecho súbdito, y lo mismo que los demás estás en necesidad de ser justificado gratuitamente. Debieras, cierto, aunque hubieses obrado bien, y tuvieses mucha libertad con Dios, no envidiar por eso a los que habían de obtener misericordia y ser salvos por clemencia. Porque maldad extrema sería consumirse por los bienes ajenos, y sobre todo cuando no se te seguía de ello perjuicio alguno. Si la salvación de los demás dañara a tus bienes, tendría razón de ser la tristeza: aunque ni aún entonces para quien sabe filosofar (y ser virtuoso). Pero si ni con el castigo ajeno aumenta tu premio, ni con su bien disminuye, ¿por qué te atormentas a ti mismo, porque otro se salva gratis? Convenía, pues, como antes he dicho, que aunque fueras del número de los que obraron bien, no te mordiera la envidia por la salvación concedida gratis a los gentiles, pero, siendo como eres reo de los mismos delitos ante el Señor, y habiéndolo ofendido lo mismo también tú, llevar a mal los bienes ajenos, y engreírte como si tú solo debieras ser partícipio de la gracia, es hacerte reo no sólo de envidia y arrogancia, sino también de extrema locura, y acreedor por ello a todos los más terribles tormentos: pues plantaste en ti mismo la soberbia, que es raíz de todos los males. Por lo cual un sabio decía: *Principio de pecado es la soberbia*

(Eccli., X, 15); esto es, raíz, fuente y madre. Así cayó el primer hombre de aquel feliz estado; así también el mismo Satanás que le engañó fue derribado de la cumbre de su dignidad. De ahí que, viendo el perverso que la naturaleza de este pecado bastaba para derribar a los mismos cielos, emprendió este camino, cuando trató de derribar a Adán de tan grande honor. Pues habiéndole inflado con la promesa de la igualdad con Dios, le hizo reventar y le derribó a las mismas profundidades del infierno. Y es que nada hay que así nos enajene de la benignidad de Dios, y deje a merced del fuego del infierno, como la tiranía de la soberbia. Porque si la tenemos, toda nuestra vida se corrompe, por más que ejercitemos la castidad, la virginidad, el ayuno, la oración, la limosna y cualquiera otra virtud. *Inmundo*, dice (la Escritura), delante del Señor *todo soberbio en su corazón* (Prov., XVI, 6).

V

Reprimamos, pues, esta hinchazón del alma, sajemos este tumor, si es que queremos ser puros y librarnos del suplico preparado para el diablo. Pues, en efecto, que el arrogante haya de sufrir necesariamente lo mismo que él, óyeselo decir a San Pablo: *No sea neófito, para que hinchado de soberbia, no caiga en el juicio y lazo que el diablo* (1 Tim., III, 6). ¿Qué significa *juicio*? En la misma condenación, dice, en el mismo suplicio.

Pues ¿cómo, se dirá, puede uno huir de este mal? Si considera su propia naturaleza y la muchedumbre de sus pecados, la grandeza de los tormentos de la otra vida y lo pasajero de lo que en ésta parece glorioso, que no se diferencia del heno, y se marchita con más facilidad que las flores de primavera.

Si revolvemos continuamente estas ideas dentro de nosotros mismos, y tenemos en nuestra memoria a los que más se distinguieron por su virtud, no podrá fácilmente levantarnos el demonio, por mucho que se esfuerce, ni aún comenzar siquiera a suplantarnos. El Dios de los humildes, el bueno y benigno, El nos de a vosotros y a mi un corazón contrito y humillado. Puesto que así podremos llevar a cabo todo lo demás con facilidad, para honor de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XI

TEXTO EXPLICADO:

Cap. I, v. 14. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Introducción: Exhorta a leer en casa de antemano la parte del Evangelio que se ha de explicar; y deshace las dos excusas que se alegan: demasiadas preocupaciones y falta de libros.

II. Hace ver la ilación del texto con lo anterior. Los bienes que se anuncian e la parte precedente del capítulo tienen por causa que *el Verbo se hizo carne y habló entre nosotros*. La divinidad del Verbo no recibió menoscabo en la Encarnación, pues las naturalezas quedaron inconfusas.

III. El Evangelista empleó la palabra *Se hizo*, para hacer ver que la Encarnación no fue mera apariencia, sino que el Verbo tomó carne real y verdadera. No se mudó el Verbo en carne, pues Dios dejaría de ser Dios si se mudase; sino que unió consigo la naturaleza humana. La distinción de las dos naturalezas queda indicada por la sentencia. *Y habitó entre nosotros*. El modo de enlace de las dos naturalezas en Cristo es inefable, y no he de intentar explicarlo.

IV. La habitación que escogió el Verbo fue la naturaleza humana, que estaba derribada. ¡Cuán humillada se hallaba y cuánto la levantó! La unió consigo inseparablemente y la colocó sobre todos los ángeles en el mismo trono real.

Afectuosa exhortación a corresponder a tan inefable caridad.

I

Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros. Una gracia os quiero pedir antes de hablar de las palabras evangélicas: no me la neguéis, pues no os pido cosa pesada ni difícil, ni lo que me deis ha de ser útil sólo para mí que os lo pido, sino también para vosotros los que me lo habéis de dar: y aún quizá mucho más para vosotros. ¿Cuál es, mi petición? Que el primer día de la semana, o si no, el sábado, cada uno de vosotros tome en sus manos con anticipación la parte de los Evangelios que se os ha de explicar, y sentado en su casa la lea

frecuentemente, e inquiera muchas veces con cuidado su contenido, y lo examine muy bien; y note qué es claro y qué es obscuro; qué es lo que parece contrario y no lo es; y después de haberlo leído y releído, venid a oír la explicación. No seá ciertamente escasa la ganancia que de este empeño se nos siga tanto a vosotros como a mí mismo. Yo por mi parte no necesitaré de gran trabajo para aclarar la fuerza del contenido, una vez que vuestra mente esté familiarizada con el conocimiento de las palabras; y vosotros, por la vuestra, llegueis a ser de este modo más penetrantes y perspicaces, no sólo para oír y para aprender, sino también para enseñar a otros. Porque de la manera que ahora oyen los más de los aquí presentes, que se ven precisados a aprender al mismo tiempo, ya las palabras, ya la explicación que de ellas damos, ni aún cuando estuviéramos en ello un año entero, podrían obtener grande utilidad. ¿Cómo había de ser, no dedicándose a ello sino de paso, y sólo aquí en este breve tiempo que empleamos?

Y si hay quienes se excusen con negocios y cuidados, y grandes ocupaciones públicas y privadas, en primer lugar, no es poca culpa eso mismo de rodearse de tanta multitud de negocios y estar siempre de tal suerte enclavados en las cosas temporales, que no quede un poco de respiro para lo que es más necesario que todo. En segundo lugar, que esas no son sino excusas y subterfugios lo están denunciando sus reuniones con los amigos, su asistencia en los espectáculos, su asiento en los palcos para ver las corridas de caballos, en las cuales cosas emplean muchas veces días enteros [y con los amigos conversáis largo tiempo], y sin embargo, jamás ninguno de ellos se excusa con la ocupación de los negocios. ¿Conque en esas cosas baladíes no tenéis excusa que alegar, antes os parece que tenéis profundo reposo, y cuando se trata de atender a las de Dios os parecen tan superfluas y de poca monta, que no debáis concederles ni un breve rato de ocio? ¿Son dignos los que así juzgan de respirar, ni de ver este sol que nos alumbra?

Tienen también estos hombres tan perezosos otra excusa muy irracional, y es la falta de libros. Y ciertamente, tratándose de los ricos, sería ridículo que me extendiera en hablar de esta excusa; pero como veo que muchos de los pobres abusan, de ella continuamente, con gusto les preguntaría yo, si tienen o no enteras y perfectas las herramientas del oficio que ejerce cada uno, por grande que sea la pobreza que los agobie. Pues, bien: ¿cómo no ha de ser absurdo que en aquello no se excusen con la pobreza, antes todo lo remuevan para

no tener estorbo alguno de ningún género, y que, en cambio, habiendo de sacar tan grande utilidad, se lamenten de sus ocupaciones y pobreza? Con todo eso, si algunos hubiera tan pobres, posible les es, por la continua lección que aquí se tiene, no ignorar nada de lo contenido en las divinas Escrituras. Pero si a alguno de vosotros le parece esto imposible, también tiene razón, atento a que muchos no asisten con grande atención de ánimo a lo que van a oír, sino que, haciendo eso mismo por ceremonia y de paso, se vuelven a sus casas. Y si algunos de ellos permanecen, no están mejor dispuestos que los que se fueron, presentes a lo que decimos sólo con el cuerpo. Mas para no cargaros por demás de quejas, ni emplear todo el tiempo en represiones, vamos a las palabras del Evangelio, pues ya es tiempo de comenzar el asunto. Pero ¡estad alerta, para que no se os escape nada de lo que voy a decir!

II

Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros

Después de haber dicho (el Evangelista) que los que le reciben son engendrados de Dios e hijos de Dios, pone la causa y el fundamento de este honor inefable. Y la causa es que el Verbo se hizo carne, y que el Señor recibió la forma del siervo. Porque se hizo hijo de hombres siendo hijo natural de Dios, para hacer a los hijos de los hombres, hijos de Dios. Pues lo sublime, cuando se junta con lo bajo, no recibe menoscabo en su propia gloria, y levanta lo humilde de su mucha bajeza. Y esto es lo que tuvo lugar con Cristo. Por una parte, nada disminuyó su propia naturaleza por esta condescendencia, y por otra, a nosotros, sentados en tinieblas e ignominia, nos elevó a una gloria inefable. Así, cuando tal vez un rey habla con atención y benevolencia a un pobre, así mismo no se causa deshonor, y al pobre la hace objeto de las miradas de todos e ilustre. Y si en la dignidad humana, postiza y accesoria, nada perjudica al más honrado tratar con el que es más despreciable, ¿con cuánta mayor razón valdrá lo mismo, tratándose de aquel ser inmortal y bienaventurado, que no tiene nada de accesorio, nada que empiece a tener y pierda, ante posee todos los bienes inconvencibles y adheridos a El para siempre? Por tanto, cuando oyeres: *El Verbo se hizo carne*, no te turbes ni desfallezcas. Porque no se convirtió su ser divino en carne (pensarlo tan sólo sería grande

impiedad), sino que, permaneciendo lo que era, recibió la forma del siervo.

III

¿Por qué, si así es, empleó la palabra *Se hizo*? Para tapar la boca a los herejes. Como hay quienes dicen que todo lo relativo a la Encarnación era fantasía, ficción y apariencia, para destruir de antemano su blasfemia puso la palabra *Se hizo*: para dar a entender, no mudanza de naturaleza, ¡no tal!, sino asunción de carne real y verdadera. Porque así como cuando dijo: *Cristo nos libró de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición* (Gal., III, 13), no quiere decir que su ser, despojado de su propia gloria, se convirtió en maldición (pues tal cosa no la pensarían los mismos demonios, ni los hombres más necios y más desprovistos de razón natural— tanta es la impiedad y juntamente la necedad que encierra—); de suerte que no es eso lo que dice, sin que cargando con la maldición dada contra nosotros, no permite que seamos en adelante malditos; así también aquí dice que se hizo carne, no mudando su ser en carne, sino tomándola, y quedando aquel intacto.

Y si dijeren que, como Dios que es, todo lo puede y, por tanto, también mudarse en carne, les daremos por respuesta que lo puede todo, con tal que siempre permanezca Dios; pero si hubiera recibido mudanza, y mudanza en peor, ¿cómo sería Dios? Porque el mudarse es incompatible con aquella naturaleza inmortal. Por lo cual decía el Profeta: *Todos como vestidura envejecerán, y como a un manto les darás vuelta y quedarán mudados. Pero tú el mismo eres, y tus años no desfallecerán* (Ps. CI, 27). Porque aquel ser es superior a toda mudanza. Ni existe otra cosa alguna mejor, para que pueda adelantar viniendo a ella. ¿Qué digo mejor? Ni igual, ni aun siquiera que se le acerque un poco. Luego no queda sino que se mude en peor, si en algo se mudase. Y en ese caso ya no sería Dios. Pero ¡vuelva la blasfemia contra la cabeza de los que tal dicen! Y que la razón de decirse, *Se hizo*, fue únicamente para que no sospecharas mera apariencia, míralo por lo que sigue, y cómo acrisola la frase y destruye la perversa sospecha. Porque añadió: *Y habitó entre nosotros*: como si dijera: No sospeches nada absurdo por las palabras *Se hizo*. Pues no dije mudanza alguna de aquella naturaleza inmutable, sino habitación

y vivienda. Y lo que habita no puede ser lo mismo que la habitación, sino distinto a ella. Porque una cosa habita en otra; que de lo contrario ni sería habitación, pues ninguna cosa habita en sí misma. Y dije distinto en cuanto a la naturaleza, porque en cuanto a la unión y enlace son un Dios-Verbo y la carne, no por confusión ni desaparición de las naturalezas, sino por unión inefable e inexplicable. El cómo no me lo preguntes porque se hizo como El lo sabe.

IV

Y ¿cuál es la habitación en que habitó? Oye al Profeta que dice: *Levantará el tabernáculo de David que está caído* (Amos, IX, 11). Caída estaba en verdad, y caída con golpe incurable nuestra naturaleza, y necesitada del socorro, no de otra sino de aquella poderosa mano. Pues no había otro medio de levantarla, si el mismo que al principio la modeló no le tendiera su mano y la reformara de raíz con la regeneración del agua y del Espíritu. Y aquí contempla tan estupendo e inefable misterio. Siempre habita en esta habitación (de su Humanidad): porque se vistió de nuestra carne, no para dejarla de nuevo, sino para estar unido a ella perpetuamente. Que de no ser así, no la hubiera colocado por su dignación en el trono real, ni llevándola consigo, se dejaría adorar de toda la milicia de los cielos, ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, principados, potestades. ¿Qué palabras, qué entendimiento pueden poner delante la grandeza de este honor hecho a nuestro linaje, honor verdaderamente sobrenatural y estupendo? ¿Qué ángel, qué arcángel? Nadie, nunca jamás, ni de los cielos, ni de los de la tierra. Tales son las obras de Dios, y tan grandes y tan sobrenaturales sus beneficios, que el expediente como son sobrepuja, no sólo la lengua humana, sino también el poder angélico. Por eso también yo cerraré el discurso acogiéndome entretanto al silencio, conjurándoos tan sólo a que a tan grande Bienhechor nuestro correspondamos con servicios, que a su vez refunden en nosotros toda su utilidad. Y estos servicios son el cuidar con grande diligencia de nuestra propia alma. Porque obra es también ésta de su benignidad, que, no teniendo El necesidad alguna de nada de lo nuestro, dice que le retribuimos cuando cuidamos de nuestras almas. Por lo cual extrema locura sería, y merecería infinitos suplicios, que gozando de tan grande honor, no hiciéramos cuanto está de nuestra parte; y eso vol-

viendo a nosotros de nuevo la utilidad de que lo hacemos, y proponiéndonos por ello premios infinitos. Bien es que por todas estas cosas demos gloria a nuestro amoroso Dios, no sólo con palabras, sino mucho más con obras, para que alcancemos también los bienes futuros: ¡ojalá todos los obtengamos por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea al Padre la gloria, juntamente con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XII

TEXTO COMPRENDIDO EN LA HOMILIA:

Cap. I, v. 14. Y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Introducción, en que hace ver cómo la reprensión pasada procedía del amor.— Propone las palabras de San Juan con la ilación del contexto inmediato, que las precede.— *vimos su gloria*: no la hubiéramos visto, si El no se hubiera abajado a nosotros.

II. ¿Qué significa *gloria como del Unigénito del Padre*? El Evangelista nos hace desviar la vista de la gloria de Moisés, Elías, etc., para hacer que la fijemos en el Unigénito del Padre. La palabra *como* no significa aquí semejanza, sino identidad; “*gloria como correspondencia a quien era el Unigénito del Padre*”. Comparación popular para explicarlo.

III. Se explica la gloria de Jesucristo. La gloria de Jesucristo se manifestó en los milagros que hizo; en toda la creación, que le obedeció *como a Señor*; en los hombres, especialmente en el testimonio que de El dieron el Padre y el Espíritu Santo.— Otras maravillas después de este testimonio.

IV. Gloria de Jesucristo en las maravillas obradas en las almas.

V. Gloria de Jesucristo en los padecimientos y muerte de cruz y en los frutos de ella recogidos por la predicación del Evangelio.

VI. Conclusión. Los que sabemos tales enseñanzas de la gloria de Jesucristo, debemos vivir de suerte que veamos la gloria de Jesucristo en la otra vida. De lo contrario, todo es perdido para nosotros. Exhortación.

I

I, 14. Y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Quizá os parecidos ayer más molestos y pesados de lo justo, por haber usado de un modo de hablar más fuerte y habernos extendido en reprender la desidia de muchos. Si lo hubiéramos hecho sólo por causaros dolor, justamente lo llevaría a mal cada uno de vosotros; pero si por mirar a vuestro bien no hicimos caso del agrado de las palabras, aunque no queráis llevar a bien nuestra solicitud, a lo menos debieráis perdonar a nuestro amor paternal. Porque en gran manera tememos no sea que mientras nosotros nos esforzamos y vosotros no queréis mostrar la misma diligencia en oír, hayáis de dar cuentas más

estrechas. Por esta razón nos vemos continuamente en la necesidad de excitaros y despertaros, a fin de que nada de cuanto decimos se os pase por alto. Así es como podréis vivir ahora con gran libertad de espíritu, y presentaros aquel día con la misma en el tribunal de Cristo.

Ya, pues, que hace poco os reprendimos suficientemente, entre-mos hoy desde el principio a exponer las palabras de la Escritura.

Y vimos, dice, su gloria, gloria como del Unigénito del Padre. Después de haber dicho que llegamos a ser hijos de Dios, y hecho ver que esto no se llevó a cabo sino por haberse el Verbo hecho carne, añade que todavía de aquí se siguió otra ganancia. Y ¿cuál es? *Vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre:* la cual no la hubiéramos visto, si no se hubiera dejado ver por el cuerpo contubernal y semejante al nuestro. Porque si aún el rostro de Moisés, con ser él de nuestra misma naturaleza, no lo pudieron ver glorificado los de su tiempo, antes fue necesario un velo que sombrease la intensidad de la gloria del justo, a fin de que su rostro de profeta se les mostrara blando y apacible, ¿cómo hubiéramos podido nosotros, los de barro y de tierra, aguantar la divinidad sin velo, siendo, como es, inaccesible a las mismas potestades superiores? Por eso puso su habitación entre nosotros, para que pudiéramos acercarnos a El y hablarle y estar con El con grande placer.

II

Y ¿qué significa *gloria como del Unigénito del Padre*? Como también fueron gloriosos muchos de los Profetas, como el mismo Moisés, como Elías y Eliseo, llevado el uno en carro de fuego y el otro trasladado con muerte ordinaria, y después de ellos fueron gloriosos Daniel y los tres jóvenes, y otros muchos que hicieron milagros, y los ángeles que aparecieron entre los hombres y descubrieron a la vista de ellos el fúlgido resplandor de su propia naturaleza, y no sólo los ángeles, sino también los querubines y hasta los serafines que se dejaron ver del Profeta con mucha gloria; de ahí que, apartándonos de todo eso el Evangelista y desviando nuestra atención de las criaturas y del resplandor de nuestros consiervos, nos hace fijarnos en la misma cumbre de todos los bienes. Porque no es, dice, la gloria que vimos la de un profeta, ni de un ángel, ni de un arcángel, ni de las potestades superiores, ni de alguna otra criatura, si es que la hay, sino la del

mismo Señor, la del mismo Rey, la del mismo real y Unigénito Hijo, la del mismo Dueño de todos nosotros. Y aquella palabra *como* en este lugar no significa semejante ni comparación, sino afirmación y determinación que no deja lugar a duda; como si dijera: *Vimos su gloria, tal como* era justo y natural que la tuviera el que era Hijo Unigénito y natural de Dios, Rey del Universo. Y así es costumbre vulgar, pues no he de tener reparo en acreditar mi discurso con el uso ordinario de hablar, ya que en él no trato de atender a lo hermoso de las palabras ni a la armonía de la composición, sino solamente a vuestra utilidad, por donde nada obsta que lo confirme por el uso del vulgo. ¿Y éste cuál es? Cuando ven algunos al Emperador revestido de grande ornato y resplandeciendo por todas partes con piedras preciosas, si cuentan a otras aquella hermosura, aquella elegancia, aquella gloria, enumeran cuanto les es dado lo vistoso de la púrpura, la grandeza de las perlas, la blancura de los caballos, el oro del yugo, el estrado radiante de luz; pero cuando, después de enumerar éstas y otras cosas, no pueden con sus palabras poner delante de los ojos todo aquel resplandor al punto añaden: “¿A qué decir más? En una palabra, *como Emperador*”, no porque con la palabra *como* quieran dar a entender que aquel de quien hablan sea semejante al Emperador, sino más bien que es realmente el mismo Emperador. Pues del mismo modo el Evangelista puso la palabra *como*, queriendo mostrar sin comparación la grandeza y sobreexcelencia de la gloria. Porque todos los demás, ángeles, arcángeles, profetas, todo lo hacían mandados, pero El con la potestad propia del Rey y Señor; y esto mismo era lo que admiraban las muchedumbres, cuando las enseñaba como quien tenía potestad.

III

Así que aparecieron, como he dicho, también los ángeles en la tierra con mucha gloria, como a Daniel, a David, a Moisés; pero todo lo hacían como quienes eran siervos y tenían señor; más El, como Señor y Dueño de todas las cosas, y eso aunque estuviera en forma vil y humilde; pero aún así, la creación reconoció a su Señor. ¿Cómo? Una estrella desde el cielo llamó a los Magos para que le adorasen; grande muchedumbre de ángeles, derramándose por todas partes, anunciaba a su Señor y le cantaba himnos, y brotaron de repente otros

pregoneros que, saliéndose al encuentro unos de otros, evangelizaban este indecible misterio: a los pastores, los ángeles, y a los de la ciudad, los pastores; Gabriel a María y a Isabel; y a los que estaban en el templo, Ana y Simeón. Y no sólo los varones y las mujeres llegaron al colmo de la alegría, sino que aún el niño que todavía no había salido a luz, el habitador del desierto, del mismo nombre que nuestro Evangelista, saltó de regocijo dentro del seno de su madre; y en fin, todos estaban elevados sobre la tierra con las esperanzas de lo venidero. Y esto acontecía hacia el tiempo de su nacimiento; pero cuando se descubrió ya más, aparecieron a su vez otras maravillas mayores que las primeras. Porque ya no era una estrella, ni el cielo, ni ángeles y arcángeles, ni Gabriel y Miguel, sino el mismo Padre el que le anunciaba desde los cielos, y con el Padre el Paráclito, volando a El con sonido de palabras y permaneciendo sobre El. Con verdad dijo por esta razón: *Vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre*. Y no sólo por esta razón, sino también por las cosas que después se siguieron. Puesto que ya no nos le anuncian solamente los pastores y las viudas y los ancianos, sino la misma naturaleza de las cosas, clamando con una voz más penetrante que ninguna trompeta y con tan grande clamor, que aún desde aquí escuchamos con facilidad su sonido. Llegó, dice (la Escritura), su fama hasta la Siria (Matth., IV, 24), y se lo reveló a todos: todas las criaturas por doquiera clamaban que estaba ya presente el Rey de los cielos. Los demonios escapaban y huían por todas partes, Satanás se retiraba avergonzado, la misma muerte retrocedió entretanto, y después fue completamente destruida; y quedaba deshecha toda clase de enfermedades, y los monumentos dejaban libres a los muertos, y los demonios a los furiosos, y las enfermedades a los enfermos; y se presentaban a los ojos cosas increíbles y estupendas, y tales que con razón desearon verlas los Profetas y no las vieron. Porque era de ver cómo se formaban los ojos y cómo Dios mostraba a todos en breve, llevado a cabo en una parte más excelente del cuerpo, lo que todos deseaban ver, a saber cómo del barro había modelado a Adán, cómo miembros relajados y separados de los demás se unían y se trataban con ellos, manos muertas que se movían, pies paráliticos que de repente saltaban, oídos cerrados que se abrían y lengua que sonaba con grandes voces habiendo estado ligada por la mudez. Porque a la manera de un excelente arquitecto, al reparar la naturaleza humana, que era como casa carcomida por el tiempo, las partes ya quebradas las resarcía, las desunidas y relajadas

las trabó y vigorizó, las completamente perdidas las restituyó por entero.

IV

Y ¿qué decir de la reconstitución del alma, mucho más maravillosa que la de los cuerpos? Gran cosa en verdad la salud de los cuerpos, pero mucho mayor la de las almas, y tanto más, cuanto el alma se aventaja al cuerpo; y no sólo por esta razón, sino también porque la naturaleza de los cuerpos sigue la dirección que le señale el Criador, y nada hay que se oponga; pero el alma, como árbitra de sí misma y con potestad sobre lo que ha de hacer, no obedece a Dios en todo, si no quiere. Porque Dios no quiere, obligada con violencia y contra su voluntad, hacerla hermosa y virtuosa, toda vez que esto ya no es virtud: antes conviene persuadirla a que se haga tal por voluntad y de buena gana: por donde esta curación es más difícil que la del cuerpo. Pero con todo, aún esto se llevó a cabo, y se desterró todo género de maldad. Y así como a los cuerpos que curaba no sólo les daba la salud, sino que les comunicaba el más perfecto bienestar, así también a las almas no sólo las libró de lo más extremo de la maldad, sino que la remontó a la misma cumbre de la virtud; y el publicano se convirtió en apóstol, y el perseguidor y blasfemo y ultrajador mostróse a todos predicador de toda la tierra, y los magos llegaron a ser maestros de los judíos, y el ladrón apareció hecho ciudadano del paraíso, y la fornicaria resplandeció por la grandeza de su fe, y la samaritana, fornicaria también, tomó a su cargo la predicación a los de su misma tribu, y cogió en la red a toda la ciudad y se la presentó al Cristo; y la cananea, por su fe y asiduidad, logró que fuera lanzado de su hija un espíritu malvado. Y otros todavía mucho peores que éstos fueron al punto contados en la lista de los discípulos. Y todo se transformaba de repente, los padecimientos de los cuerpos, las enfermedades de las almas, y se modelaban conforme a lo que pedía la sanidad y la virtud más acabada; y no dos, tres, diez, veinte o ciento solamente, sino ciudades enteras y naciones se convertían al bien con suma facilidad. ¿Y que se puede decir de la sabiduría de los preceptos, de la fuerza de las leyes celestiales, del buen orden de una vida propia de ángeles? Tal fue la vida que nos metió, tales las leyes que nos puso, tal la norma que estableció, que los que las tienen llegan en seguida a ser

ángeles y semejantes a Dios en cuanto al hombre es dado, por más que antes hayan sido los peores de todos los hombres.

V

Reuniendo, pues, el Evangelista todas estas maravillas obradas en los cuerpos, en las almas, en los elementos, y además los preceptos, aquellos dones inefables más sublimes que los cielos, las leyes, la institución de vida, la obediencia, las promesas venideras, los padecimientos que había de sufrir; emitió esta voz admirable y llena de celestiales enseñanzas: *Vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*. Porque no solamente le admiramos por sus maravillas, sino también por sus padecimientos: como porque fue clavado en la cruz y porque fue azotado, porque fue abofeteado, porque fue escupido, porque en sus mejillas recibió golpes de parte de los favorecidos por él. Ya que justo es que se aplique la misma palabra aún a aquellas cosas que parecen ignominiosas, toda vez que el las llamó gloria. Porque estos mismos sucesos no sólo eran obras de su solicitud y caridad, sino también de potestad indecible. Entonces, en efecto, se aniquilaba la muerte, y se deshacía la maldición, y se cubrían de oprobio los demonios, y eran llevados en público expuestos a la ignominia, y se enclavaba en la cruz la escritura de nuestros pecados. Y ya que estas maravillas se obraban invisiblemente, obráronse visiblemente también otras, que demostraban que realmente era el Unigénito Hijo de Dios y señor de toda la creación. Y así, cuando todavía estaba colgado su santo cuerpo, el sol retiró sus rayos, retembló la tierra y quedó cubierta de sombra, y abriéronse los sepulcros, y el suelo dio sacudidas, y salió afuera una multitud innumerable de muertos y entró en la ciudad: y cuando ya las piedras del sepulcro de el estaban ajustadas en sus huecos, y todavía se veían encima los sellos, resucitó el muerto, el crucificado, el enclavado, y llenando de gran potestad (o de invencible y divina potestad) a los once discípulos, enviólos a los hombres de toda la tierra para que fueran médicos de toda la naturaleza, y enderezaran la vida de los hombres, y sembraran por todas partes el conocimiento de las enseñanzas del cielo, y deshicieran la tiranía de los demonios, y enseñaran los bienes grandes e inefables, y nos evangelizaran la inmortalidad del alma, y la vida eterna del cuerpo (después de la resurrección), y los

premios que excedan a todo pensamiento y nunca se han de terminar. Habiendo, pues, este santo (Evangelista) pensado estas y otras muchas cosas que él sabía, pero no podía escribir, porque no cabrían en el mundo (ya que *si todo se escribiese en particular, dice, creo que ni aún en el mundo podrían caber los libros que habrían de escribirse*) (Joan., XXI, 25); habiendo, digo, tenido en cuenta todas estas cosas, clamó diciendo: *Vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.*

VI

Así, pues, los que han sido tenidos por dignos de ver tales maravillas y de oír tales enseñanzas, los que han gozado de tan grande beneficio, justo es que muestren una vida digna de tales enseñanzas, de suerte que lleguen a gozar de los bienes de la venidera. Porque para este fin vino Nuestro Señor Jesucristo, para que no sólo viéramos su gloria de aquí ¹, sino también su gloria venidera. Por esta razón dijo: *Quiero que donde yo estoy estén también éstos, para que vean mi gloria* (Joan., XVII, 24). Y si esta gloria fue tan ilustre y espléndida, ¿qué se podrá decir de aquella? Porque no aparecerá en tierra corruptible, ni estando nosotros en cuerpos deleznales, sino en aquella creación incorruptible e inmortal, y con tan grande resplandor, que no hay palabras para describirlo. ¡Oh, felices, y tres veces y mil veces felices, los que serán tenidos por dignos de ser espectadores de aquella gloria! De ella dice el Profeta: *Sea apartado el impío, para que no vea la gloria del Señor* (Isaías, XXVI, 10) ². ¡Que nadie de nosotros sea apartado, ni excluido jamás para no ser espectador! Que si no hubiéramos de gozar de ella, justo sería que también nosotros dijésemos: Bien nos estuviera no haber nacido. Si no, ¿por qué vivimos? ¿por qué respiramos? ¿por qué somos, si no hemos de alcanzar aquella vista, si nadie nos ha de conceder jamás ver a Nuestro Señor? Porque si los que no ven la luz solar sufren una vida más acerba que cualquiera muerte, ¿qué deberán padecer los privados de aquella luz? Pues en esta vida el daño para en esto solamente, mas no así en la otra; por más que, aun cuando en solo ello consistiera el mal, ni aun así sería igual el daño, antes tanto más terrible, cuando aquel sol es sin comparación mejor que éste; pero todavía hay que aguardar otro suplicio. Porque el que no vea aquella luz, no sólo debe ser lanzado a

las tinieblas, sino arder por siempre, y consumirse, y rechinar los dientes, y sufrir otros innumerables males. No nos despreciemos a nosotros mismos, de suerte que por una breve negligencia y descuido caigamos en el suplico sempiterno, antes estemos despiertos, vigilemos, no dejemos de emplear medio alguno a fin de obtener aquella dicha y alejarnos del río de fuego que con grande fragor se arrastra delante del terrible tribunal. Porque quien una vez cae en él, preciso es que allí quede por siempre, y nadie habrá que le salve, ni padre, ni madre, ni hermano. Y esto dicen aun los Profetas con sus clamores: el uno cuando dice: *No redime un hermano, ¿redimirá un hombre?* (Ps. XLVIII, 8); y Ezequiel todavía dio a entender más, cuando dijo: *Si se presentaren Noé y Job y Daniel, no librarán a sus propios hijos e hijas* (Ezech., XIV, 14, 16). Porque allí sólo vale un patrocinio, el de las obras, y quien de ellas esté desprovisto, imposible que por otro título se salve.

Revolvamos, pues, estas ideas continuamente, y recapacitemos sobre ellas, y purifiquemos la vida y hagámosla ilustre, de manera que veamos con plena confianza al Señor y obtengamos los bienes prometidos, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea el Padre la gloria, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XIV

TEXTO DEL EVANGELIO:

San Juan, cap. I, v. 16. Y de su plenitud todos recibimos, y gracia por (en vez de) gracia: v. 17. porque la ley fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad fue hecha por Jesucristo.

EXPLICACIÓN HOMILÉTICA:

I. Explícate la palabra *plenitud* del v. 15.

II. Las palabras del v. 16 están en boca del Evangelista, no del Bautista: son el testimonio del Evangelista, que confirma el testimonio del Bautista. Las palabras *gracia por* (en vez de) *gracia*, significan, según San Juan Crisóstomo, que en vez del Viejo Testamento, que también era gracia, aunque mucho menor, nos dio Jesucristo el Nuevo, que es propiamente gracia: y así el v. 17 es aclaración del v. 16 y da la razón de él: *porque* ¹.

III. Expone la diferencia de la santidad exigida en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Espíritu de servidumbre y espíritu de adopción de hijos.

IV. Bienes de la ley nueva sobre la ley antigua. Diferencia entre Cristo y Moisés, era mero administrador, Jesucristo autor y dueño.

V. Exhortación moral. Ya que hemos recibido mayor beneficio, debemos mostrar mayor agradecimiento.

I

Cap. I, v. 16. *Y de su plenitud todos nosotros recibimos, y gracia por gracia*. Hace poco ⁴ decíamos que Juan para soltar la duda de los que habían de preguntar cómo Cristo, habiendo salido a predicar más tarde, era superior a él y más ilustre, añadió la cláusula *Porque era primero que yo*. Y esta es una de las razones; pero todavía pone otra, que expresa en este lugar. Y ¿cuál es? *Que la ley fue dada por Moisés, la gracia y la verdad fue hecha por Jesucristo*. Y ¿qué significa, dirás, *De su plenitud todos recibimos*?, ya que de esto hemos de tratar ante de todo. —No tiene el don por ajeno consorcio, sino que El es la misma fuente, la raíz misma de todos los bienes, la misma vida, la misma luz, la misma verdad: que no detiene dentro de sí la riqueza de sus beneficios, sino que rebosa a todos los demás, y rebosando queda lleno: y sin menoscabarse en nada por la repartición con otros, antes siempre manando y haciendo a todos participantes de sus bienes, permanece en un mismo estado de perfección. En cambio, lo que yo llevo es participado (pues lo recibí de otro) y una pequeña parte del

todo, y como una gota miserable comparada con un inefable abismo y piélago inmenso: y aún este ejemplo no puede dar idea de lo que pretendemos decir. Porque si sacas una gota al piélago, en esa misma gota le disminuyes, por más que sea imperceptible la disminución. Pero tratándose de aquella fuente, no se puede decir lo mismo: antes por mucho que se saque de ella, permanece sin disminución alguna. Por eso conviene acudir a otro ejemplo, débil también él, es cierto, e ineficaz para ponernos delante lo que buscamos; pero que nos lleva de la mano mejor que el anterior al pensamiento que aquí se nos propone. Supongamos una fuente de fuego, y que de ella se prenden diez mil lumbreras, y luego veinte y treinta y muchos millares de ellas; ¿no es verdad que el fuego permanecerá en su misma plenitud, aún después de haber comunicado con tantos su eficacia?— Es cosa que todos la saben. Pues si en los cuerpos, divisibles al fin, y que sufren menoscabo si de ellos se quita, se halla alguno que con dar a otros no recibe mengua en sí mismo, ¿cuánto más tendrá esto lugar en aquella suma virtud incorpórea e incorruptible? Porque si aún allá donde lo que se participa es substancia y cuerpo, todavía se divide y no se divide, ¡con cuánto más motivo dejará de haber mengua, cuando se trata de pura actividad, y actividad de substancia incorpórea!

II

Por eso decía San Juan: *De su plenitud todos recibimos*; y enlaza su propio testimonio con el del Bautista. Pues las palabras *de su plenitud todos recibimos*, no son del Precursor, sino del discípulo. Y lo que dice equivale a esto: No penséis que nosotros los que vivimos con El mucho tiempo y participamos de la misma comida y mesa, damos de el testimonio gratuito. Pues también Juan (el Bautista), que ni le había visto antes ni estado con El, sino sólo cuando le bautizó, al verle juntamente con los otros exclamó: *Primero que yo era*, recibiendo todo de El (de su plenitud): y lo mismo todos nosotros, los doce, y los trescientos, y los quinientos, y los tres mil, y los cinco mil, y las numerosas miriadas de los judíos, y toda la plenitud de los fieles, de los que fueron, de los que son y de los que han de ser, recibimos de su plenitud. Y ¿qué recibimos? *Gracia por* (en vez de) *gracia*, dice. ¿Qué gracia y por (en vez de) qué gracia? Por la vieja, la nueva. Porque así como había justicia y justicia: *Hecho*, dice (San Pablo),

irreprensible según la justicia de la ley (Philipp., III, 6), y había también fe y fe, pues dice: *De fe en fe* (Rom., I, 17); adopción y adopción: *De los cuales* (de los israelitas), dice, *es la adopción de hijos* (Rom., IX, 4); gloria y gloria: *Porque si lo que perece* (la vieja ley) *es o gloria, mucho más es en gloria lo que permanece* (2 Cor., III, 11); ley y ley: *La Ley* dice, *del Espíritu de la vida me libertó* (Rom., VII, 2); culto y culto: *De los cuales*, dice (de los israelitas), *es el culto*, (Rom., IX, 4); y en otra parte: *Los que servimos (damos culto) a Dios en espíritu*⁵ (Philipp., III, 3); testamento y testamento: *Pactaré con vosotros un nuevo pacto (o testamento), no conforme al pacto que pacté con vuestros padres* (Jerem., XXXI, 31); y santificación y santificación, bautismo y bautismo, sacrificio y sacrificio, templo y templo, circuncisión (y circuncisión); así también hay gracia y gracia. Sólo que aquellas cosas son como figura, éstas como verdad; llevan el mismo nombre, mas no el mismo sentido. Que también en las figuras e imágenes el que aparece pintado con mezcla de colores blancos y negros se llama hombre, no menos que el que lleva la verdad de aquellos colores, y lo mismo sucede en las estatuas⁶, sean de oro, sean de barro; pero una cosa recibe el nombre como figura, la otra como realidad.

III

Por tanto, no por ser el nombre uno mismo juzgues que las cosas son idénticas, ni tampoco ajenas unas de otras. Porque si eran figura, no eran ajenas a la realidad; y si guardaban la sombra, eran inferiores a la realidad. Pues ¿qué diferencia hay entre unas y otras? ¿Queréis que lo examinemos, tratando una o dos de las cosas dichas? Así os serán manifestadas también las demás y veremos todos como aquellas eran instrucciones de niños, y éstas, en cambio, de hombres generosos y formados: y aquéllas se establecieron como para hombres, éstas como para ángeles. Y ¿por dónde comenzaremos? ¿Queréis que lo hagamos por la misma adopción de hijos? —Pues bien: ¿qué diferencia hay entre aquélla y ésta? Aquélla era honor de nombre; aquí al nombre se sigue el hecho. De aquélla dice: *Yo dije: Dioses sois, e hijos del Altísimo todos* (Ps. LXXXI, 6). De ésta dice: *De Dios son nacidos* Joann, I, 13). Ellos, después de recibido el nombre de hijos, todavía tenían espíritu de servidumbre, pues, permaneciendo siervos, se hon-

rabán con este nombre; mas nosotros, constituidos libres, recibimos el honor no sólo en el nombre, sino también en la realidad. Y esto declara Pablo al decir: *Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez con temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos: Abba (Padre)* [Rom., VIII, 15]. Pues, en efecto, regenerados y, por decirlo así, creados de nuevo, fuimos llamados hijos. Y si se examina la manera misma de santidad, cuál era allí y cuál es aquí, se verá también en esto gran diferencia. Porque ellos, con tal que no idolatrasen, ni fornicaran, ni adulteraran, recibían ya este nombre; mas nosotros nos hacemos santos no sólo con la privación de aquellos males, sino también con la posesión de otros bienes mayores. Y en primer lugar, conseguimos este don por la habitación misma en nosotros del Espíritu Santo, y después por la vida mucho más perfecta que la judaica. Y para que veas que no es jactancia lo que digo, oye lo que a ellos les dice: *No rociaréis ni purificaréis a vuestros hijos, porque sois pueblo santo* (Deut., XVIII, 10). De suerte que entre ellos era santidad el abstenerse de las leyes de los ídolos. No es así entre nosotros, antes bien dice (San Pablo): *Para que sea santa en cuerpo y en espíritu* (1 Cor., VII, 34). *Seguid la paz y la santidad, sin la cual ninguno verá al Señor* (Hebr., XII, 14); Y Además: *Perfeccionando nuestra santificación en temor de Dios* (2 Cor., VII, 1). Porque esta palabra *santo* no ofrece la misma idea con respecto a todas las cosas de que se dice: pues santo se llama Dios, mas no como nosotros. Y así cuando oyó el Profeta esta voz que pronunciaban los serafines, mira lo que dice: *¡Ay de mí, miserable de mí, porque siendo hombre y teniendo labios impuros hábito en medio de un pueblo que tiene labios impuros!* (Is., VI, 5). Y con todo, él era puro y santo; pero comparados nosotros con la Suma Santidad, somos impuros. Santos son también los ángeles, santos los arcángeles y los serafines y querubines; pero esta misma santidad a su vez establece otra diferencia entre la nuestra y la de aquellas supremas potestades. Bien pudiera recorrer así todo lo demás; pero veo que mi discurso se va alargando mucho; por eso, desistiendo de ir más adelante, os dejaré lo demás para que lo tratéis vosotros mismos. Pues, en efecto, podéis vosotros en casa, reuniendo lo dicho, reconocer la diferencia, y pasar lo mismo a los demás cosas. *Da al sabio ocasión*, dice (la Escritura), *y será más sabio* (Prov., IX, 9). El principio es mío, pero el fin será vuestro. Ahora preciso nos es proseguir el hilo del Evangelio.

IV

Habiendo dicho: *De su plenitud todos recibimos*, añadió y *gracia por* (= en vez de) *gracia*: declarando que también los judíos se salvaban por gracia. Porque os elegí, dice, no por haberos multiplicado, sino por vuestros padres. Si, pues, no fueron escogidos por Dios por sus propios méritos, es claro que obtuvieron este honor por gracia. También nosotros fuimos hechos salvos por gracia, pero no del mismo modo. Pues no fuimos constituidos en los mismos bienes, sino en otros muchos mayores y más sublimes. Y es así que no se nos dio solamente el perdón de los pecados (pues en esto somos iguales a ellos, por cuanto todos pecaron), sino también justicia, santificación, adopción de hijos y gracia del Espíritu Santo más ilustre⁷ y abundante. Por esta gracia fuimos hechos queridos de Dios, no sólo como siervos, sino también como hijos y como amigos. Por eso dice: *gracia por gracia*. Porque lo referente a la ley era también gracia, como lo es además el haber sido hechos de la nada. Pues no recibimos esta merced por méritos antecedentes (¿cómo, si ni aun existíamos?), sino porque Dios nos previno completamente con su benignidad. Y no sólo el habernos criado de la nada, sino el darnos que, después de criados, fácilmente conociéramos lo que se debe hacer y lo que no se debe hacer, y que esta ley la tengamos en la misma naturaleza, y que el mismo que nos hizo estableciera dentro de nosotros el tribunal incorruptible de la conciencia, fue grandísima gracia y benignidad inefable. Y el que esta ley (de la conciencia) ya corrompida la restableciera por la ley escrita, fue también gracia. Porque lo consiguiente era que los que habían adulterado la ley, una vez dada, recibieran la pena y el suplicio; mas no fue esto lo que sucedió, sino el restablecimiento y el perdón, no debido, sino concedido sólo por misericordia y por gracia. Y que fue, en efecto, obra de gracia y de misericordia, oye cómo lo dice David: *El Señor que hace misericordias, y justicia en favor de todos los injuriados. Dio a conocer sus caminos a Moisés, a los hijos de Israel sus deseos* (Ps. CII, 6, 7). Y de nuevo: *Benigno y recto es el Señor: por eso dará ley a los que yerran en el camino* (Ibid., XXIV, 8).

Es, por consiguiente, efecto de misericordia y de clemencia entrañable y de gracia el haber recibido la ley. Por eso, después de decir *gracia por gracia*, insistiendo todavía con más vehemencia en la grandeza de los dones, añade: *17. La ley fue dada a Moisés, la gracia y la*

verdad fue hecha por Jesucristo. ¿Habéis visto con qué suavidad y cuán poco a poco, tanto Juan el Bautista como el discípulo, inducen a sus oyentes al conocimiento más levantado, después de ejercitarlos en los más humildes? Aquel, después de comparar consigo al que sin comparación sobrepuja a todos, hace ver de este modo la sobreexcelencia de El, diciendo: El cual era más que yo; y añadiendo después: Primero que yo era: éste (el Evangelista) hizo todavía más que aquél, pero menos de lo que corresponde a la dignidad de Unigénito. Porque establece la comparación no con Juan el Bautista, sino con aquel que entre los judíos era más admirado, con Moisés: Porque la ley, dice fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad fue hecha por Jesucristo. Y mira de paso su prudencia; no hace examen de las personas, sino de las cosas. Porque si éstas se demuestran ser mucho mayores, por fuerza aún los contumaces debían aceptar el testimonio y la idea que les daban de Cristo. Pues cuando dan testimonio los hechos, los cuales no dan lugar a sospecha de que lo hacen por amistad o por enemistad con alguno, ofrecen un voto indubitable aun para los que no lo quieren reconocer. Cuales los dejaron los autores de ellos, tales permanecen y tales se muestran: por eso su testimonio está, más que otro alguno, exento de toda sospecha.

Mira también cuán sin ofensa de nadie, aun de los más débiles, hace la comparación. No pone delante la excelencia con muchas palabras, sino que hace ver la diferencia con solos los nombres, oponiendo *la GRACIA y la VERDAD a la LEY, y el fue HECHA al fue DADA. Y es grande la diferencia que hay entre ambas cosas. El fue dada era propio de un ministro que recibió de otro, y dio a quienes se le mandó dar; pero el fue hecha la gracia y la verdad, era propio del mismo Rey que con potestad perdona todos los pecados, y El mismo dispone de su don. Por eso dijo: Perdonados te son tus pecados (Marc., II, 9): y otra vez: Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad sobre la tierra de perdonar pecados (dice al paralítico): Levántate, toma tu lecho y vete a tu casa (Ibid., X, 11). ¿Ves cómo la gracia es hecha por El? Mira ahora también la verdad: porque la gracia la demuestra lo dicho, y el suceso del ladrón, y el don del bautismo, y la gracia del Espíritu Santo dada por El, y otras muchas cosas; pero la verdad la veremos mejor, si miramos a las figuras de ella. Puesto que las figuras delinearon de antemano, como figuras, las cosas que habían de cumplirse en la Nueva Alianza; pero Cristo con su venida las llevó a cumplimiento. Veamos, pues, las figuras en algunas pocas*

cosas, pues recorrerlas todas no es de esta ocasión; pero entendiendo algo por las que os pondré delante, veréis también las demás. ¿Queréis, pues, que comencemos por la misma pasión? ¿Qué dice la figura? Tomad un cordero en cada casa, y sacrificadle, y haced como mandó y estableció por ley (el Señor) (Exod., XII, 3). Mas no así Cristo: no manda que esto se haga, antes bien El se hace a sí propio sacrificio, ofreciéndose como víctima y oblación al Padre. Mira cómo la figura fue dada por Moisés, pero la gracia fue hecha por Jesucristo.

Otra vez en el monte Sinaí, guerreando los amalecitas contra los hebreos, se mantenían extendidas las manos de Moisés, levantadas por Aarón y Or que estaban a entrambos lados; pero Cristo cuando vino, El por sí mismo tuvo extendidas las manos en la cruz. ¿Ves cómo la figura fue dada, pero la verdad fue hecha? Además, la ley decía: *Maldito es todo aquel que no observa todo lo escrito en este libro* (Deut., XXVII, 26); pero la gracia ¿qué dice? *Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os aliviaré* (Matth., XI, 28); y Pablo: *Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho maldición por nosotros* (Gal., III, 13).

V

Ya, pues, que gozamos de tan grande gracia y verdad, os suplico que por la grandeza del don no nos hagamos más perezosos. Porque cuanto mayor es el honor que se nos ha concedido, tanto somos deudores de mayor virtud. El que recibió pocos beneficios, aunque pague poco, no es digno de tanta reprensión; pero quien se remontó a la misma cumbre altísima del honor, si luego hace obras viles y apocadas, digno es de mucho mayor suplicio. Pero ¡lejos de mí sospechar jamás tal cosa de vosotros! Confianza tengo en el Señor, de que con sublime volar habéis levantado vuestras almas a los cielos, y os habéis desviado de la tierra, y viviendo en el mundo, no os ocupáis de las cosas del mundo. Pero con todo, aun persuadido de esto, no ceso de exhortaros siempre a lo mismo. Como también en los certámenes profanos todos los espectadores animan, no a los caídos y tendidos de espaldas, sino a los vigorosos, a los que todavía van corriendo. Porque a los primeros, como a desesperados de la victoria, dejan de exhortarlos, para no trabajar neciamente en vano, por no poderlos levantar con sus exhortaciones; pero aquí hay buenas esperanzas, no

sólo de vosotros los que sois diligentes, sino también de los caídos, si quieren ellos recobrase. Por eso todo lo remuevo, exhortando, vituperando, increpando, alabando, para que negociéis vuestra salvación. No llevéis, pues, a mal esta continua exhortación a la buena vida. Porque no os hablo por acusaros de pereza, sino porque tengo muy buenas esperanzas de vosotros. Y más, que lo que digo ahora y después, va no sólo con vosotros los que me oís, sino también conmigo: pues yo mismo necesito la misma enseñanza. Y aunque lo diga yo, esto no quita que lo diga también para mí. Porque mi discurso, si a alguno le coge culpable, le corrige; si a alguno le halla libre, y no dice con él, todavía le aleja más del pecado. Pues yo mismo no estoy puro de pecados. Común es la medicina: a todos se ponen delante los remedios; mas la sanidad no es común, sino según la voluntad de los que los usan. Y así el que usa convenientemente de la medicina, compra su salud; el que no la aplica a la herida, empeora la enfermedad, y la encamina a peor desenlace. No llevemos, pues, de mal grado la cura, antes bien alegrémonos, aunque el modo de aplicar las enseñanzas produzca acerbos dolores: porque después os presentará un fruto mucho más dulce. No dejemos, por tanto, cosa por hacer, a fin de que partamos al siglo venidero limpio de las heridas y llagas que hacen en el alma los dientes del pecado, para que seamos dignos de la vista de Cristo, y no seamos entregados en aquel día a las potestades vengadoras y crueles, sino a aquellas otras que nos puedan conducir a la herencia de los cielos, preparada para los que le aman: la cual ojalá todos nosotros la alcancemos por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, al cual sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XV

TEXTO EXPLICADO:

San Juan, cap. I, v. 18. A Dios nadie le vio jamás: el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, El mismo lo ha declarado.

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Introducción: se ha de procurar penetrar el sentido de las Sagradas Escrituras, de lo contrario, se pueden concebir ideas absurdas; v. gr., en el texto de ahora, al oír la palabra *seno*, y en otros casos parecidos.

II. Hace ver la ilación del texto con lo que antecede. La diferencia establecida entre Moisés y Nuestro Señor Jesucristo tiene por fundamento que Cristo ve la esencia de Dios, que ningún otro puede ver por sus fuerzas naturales. Explica algunos textos que se pudieran objetar, y hace ver la divinidad del Hijo Unigénito, que ve comprensivamente la esencia del Padre.

III. Lo cual resalta más por la cláusula *El que está en el seno del Padre*, que añadió el Evangelista para hacer ver con esta imagen sensible, cómo es igual al Padre.

IV. Explica la cláusula: *El mismo nos lo ha declarado*.

V. Exhortación moral. Ya que el Hijo de Dios se ha dignado enseñarnos por sí mismo una doctrina mucho más sublime que la del Viejo Testamento, nuestra conducta ha de corresponder a tanto honor y superar a la de los justos de la antigua ley. Exhorta en especial a la caridad.

I

Cap. I, v. 18. *A Dios nadie le vio jamás: el Hijo Unigénito que está en el seno del Padre, ese lo ha declarado.*

No es voluntad de Dios que oigamos nada más los nombres y los vocablos de las Sagradas Escrituras, sino con mucha inteligencia de ellos Por eso el Santo David muchas veces encabeza sus salmos con la inscripción: *Para inteligencia*, y dice: *Quita el velo de mis ojos, y consideraré las maravillas de tu ley* (Ps. CXVIII, 178). Y después de él su hijo enseña que la sabiduría se debe buscar como la plata, y negociarla más que el oro (Prov., XVI, 18). Y el mismo Señor, al exhortar a los judíos a investigar las Escrituras, nos induce todavía más a su inquisición. Pues no hubiera hablado de este modo, si ya a la primera, y con leerlas tan sólo, fuese posible comprenderlas; ya que nadie se pone a investigar lo que está delante y a las manos, sino lo que está oculto en la obscuridad, y no se halla sino tras mucho buscar-

lo. Por eso las llama también tesoro escondido, excitándonos así a ir en su busca.

Esto ha dicho para que no pasemos las palabras de las Escrituras sin más ni más e inconsideradamente, sino con mucha y exquisita diligencia. Porque si oye uno sin consideración lo que en ellas se dice, y lo toma todo como suena y a la letra, juzgará de Dios muchas cosas absurdas: toda vez que creará de El que es hombre, y que está hecho de bronce, y que es iracundo, furibundo, y muchas otras doctrinas todavía peores. Pero si, entendiére el sentido encerrado en el fondo, se verá libre de todos esos absurdos.

Así, pues, la lección que ahora se nos presenta dice que Dios tiene seno, lo cual es propio de cuerpos. Mas nadie es tan insensato que juzgue que el incorpóreo es un cuerpo. Por tanto, para que todo lo entendamos según el sentido espiritual, ea, examinemos el texto, comenzando de más arriba.

II

A Dios nadie le vio jamás. ¿Con qué ilación o consecuencia escribe esto el Evangelista? Habiendo hecho ver el grande exceso de los dones de Cristo, de suerte que la diferencia entre ellos y lo legislado por Moisés es infinita, quiera ahora dar una razón conveniente de la diversidad. Y es que Moisés, como siervo que era, fue administrador de bienes más inferiores; mas El, como Señor y Rey e Hijo del Rey, nos trajo los bienes que eran mucho mayores, como quien siempre está con el Padre y le ve continuamente. Por eso añadió estas palabras: *A Dios nadie le vio jamás.* Según eso, ¿qué responderemos al grandilocuente Isaías, que dice: *Vi al Señor sentado en un trono excelso y elevado?* (Is., VI, 1). ¿Y que a Juan, que testifica haber dicho esto cuando vio su gloria? Y que a Ezequiel, que también le vio sentado sobre los querubines? Y que a Daniel, que dice también: *Y se asentó el Antiguo en días?* (Dan., VII, 9). Y que al mismo Moisés, que dice: *Muéstrame tu gloria, para que manifiestamente te vea.* (Exod., XXXIII, 13). Y Jacob de aquí tomó nombre, cuando se llamó *Israel*; pues *Israel* es lo mismo que *el que ve a Dios*. Y otros también le vieron.

¿Cómo es, pues que Juan dice: *A Dios nadie le vio jamás?* Para darnos a entender que todo lo demás era atemperación o condescendencia de Dios, más no visión de la esencia en sí misma. Porque si

hubieran visto la naturaleza misma, no la hubieran contemplado de distintas maneras. Puesto que es simple, sin figura, sin composición, incircunscrita, no se asiente, no está de pie, ni pasea. Todo esto es de los cuerpos. Cómo es en sí, solo El lo sabe. Y esto lo declaró el mismo Dios Padre por medio de un Profeta, diciendo: *Yo multipliqué visiones, y por medio de los profetas tomé diversas semejanzas* (Os., XII, 10); esto es, me atemperé, no aparecí como era. Porque como había de aparecérsenos su Hijo en carne real y verdadera, los iba ejercitando de antemano en ver la naturaleza de Dios, cuanto eran capaces de ello. Puesto que a Dios, tal como es en sí, no digo ya los profetas, pero ni aun los ángeles ni los arcángeles⁸ le vieron; antes, si de esto les preguntares, no les oirás respuesta alguna acerca de la esencia divina, sino tan sólo cantar: *Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra, paz; en los hombres, buen voluntad* (Luc., II, 14). Y si algo quieres aprender sobre esto de los querubines y serafines, oirás el místico cantar del trisagio y aquello de: *Llenos están los cielos y la tierra de su gloria* (Ix., VI, 3). Y si examinas las supremas potestades, no hallarás sino que toda su ocupación es alabar a Dios. *Alabad a Dios*, dice (la Escritura), *todas sus virtudes* (Ps. CXLVIII, 2). Así, pues, solamente le ve el Hijo y el Espíritu Santo. ¿Cómo podrá, en efecto, una criatura, cualquiera que sea, ver al Increado? Si no podemos ver con claridad a cualquiera virtud incorpórea, con ser al fin creada, lo cual muchas veces se ha demostrado tratándose de los ángeles, ¿cuánto menos se podrá ver el Ser incorpóreo e increado? Por eso dice también San Pablo: *Al cual (a Dios) no le vio hombre alguno, ni le puede ver* (1 Tim., VI, 16). ¿Será, pues, que esta preeminencia (de ser invisible) sólo corresponde al Padre y no al Hijo?—Lejos tal idea: también corresponde al Hijo. Oye cómo así lo declara y afirma San Pablo: *El cual (el Hijo) es imagen del invisible Dios* (Coloss., I, 15); y quien es imagen del invisible, también El es invisible; que, de lo contrario, no sería imagen. Y si en otra parte dice: *Dios se manifestó en carne* (1 Tim., III, 16), no te admires, porque la manifestación por medio de la carne no fue en cuanto a la esencia (divina). Y que El sea invisible no sólo para los hombres, sino también para las potestades del cielo, demuéstrelo San Pablo, pues habiendo dicho: *Se manifestó en carne*, añadió: *y fue visto por los ángeles*. De suerte que entonces fue visto por los ángeles cuando se vistió de carne; pero antes no le veían así, porque su esencia era también para ellos invisible.

Pero ¿cómo, se objetará, dijo Cristo: *No despreciéis a ninguno de estos pequeñuelos, porque os digo que los ángeles de ellos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos?* (Matth., XVIII, 10). ¡Cómo! ¿Tiene Dios rostro y está circunscrito en los cielos? Nadie será tan loco que lo diga. ¿Qué es, pues, lo que significa? Así como cuando dice: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Matth., XI, 27), habla de la vida en cuanto al espíritu, de que somos nosotros capaces y del pensamiento en Dios; así también se puede decir de los ángeles que por su naturaleza pura y siempre en vela no pueden idear otra cosa sino sólo a Dios. Por eso dice El mismo en otro lugar: *Nadie conoce al Padre sino al Hijo* (Matth., XI, 27). Luego, ¿estamos todos en ignorancia?— No tal, sino que nadie le conoce de la manera que el Hijo. Así, pues, como le vieron muchos según la visión de que eran capaces, pero su Ser nadie le contempló, así también ahora todos conocemos a Dios, pero nadie sabe lo que es en cuanto a su Ser, sino sólo el Engendrado de El. Porque llama aquí conocimiento a la contemplación PERFECTA Y COMPRENSIÓN, Y TAL CUAL EL PADRE LA TIENE DEL HIJO. *Porque así como me conoce el Padre, dice, así también yo conozco al Padre* (Joann., X, 15).

III

Por lo cual, mira con cuánta propiedad habla el Evangelio. Pues, en efecto, habiendo dicho: *A Dios nadie le vio jamás*, no añadió: El Hijo que le vio nos lo declaró, sino que puso otra cosa que es más que ver, diciendo: *El que está en el seno del Padre*; ya que mucho más que ver es el vivir en el seno mismo, pues el que tan sólo ve, no tiene conocimiento exacto de lo que se presenta delante; pero el que aun tiene su morada en el seno, nada puede ignorar. A fin, pues, de que al oír: *Nadie conoce al Padre, sino el Hijo*, no digas que sí conoce al Padre en mayor grado que los demás, pero no tal cual es, por eso el Evangelista dice de El que mora en el seno del Padre, y el mismo Cristo afirma que conoce al Padre en tanto grado, como el Padre conoce al Hijo. Pregunta, pues, al que te contradiga: Dime ¿conoce al Hijo el Padre, sí o no? Te habrá de responder, si no está loco que sí. Después, preguntémosle de nuevo: Y ¿qué? ¿le conoce y le ve con una vista y conocimiento exacto, y sabe con claridad lo que es? Lo

afirmará también sin remedio. Ahora bien, de esta respuesta concluye tú la comprensión exacta que el Hijo tiene del Padre. Porque El afirmó: *Como me conoce a mí el Padre, así yo le conozco a El*; y en otra parte. *A Dios nadie le vio, si no es el que procede de Dios* (Joann., X, 15; VI, 46). Por eso, como decía, hace mención de seno el Evangelio, declarándonoslo todo por medio de esta sola palabra, la estrechez y unidad de naturaleza, la identidad del conocimiento, la igualdad del poder, pues no había de tener el Padre en su seno a otro de distinta naturaleza; como tampoco El se atrevería, si fuera siervo y uno de tantos, a morar en el seno del Señor: pues esto no sólo es propio de un hijo natural, que tiene mucha confianza con el que le engendró, y no le es inferior.

¿Quieres ver también su eternidad?— Oye lo que dice Moisés acerca del Padre. Habiendo preguntado qué debería responder a los egipcios, dado que le preguntarán quién era el que le había enviado, se le manda decir: *El que es me ha enviado* (Exod., III, 14). Las palabras, *El que es*, significan que es siempre y que es sin principio y que es verdadera y propiamente. Esto mismo significa *En el principio era*, pues declara que *siempre es*. Pues bien: esta misma expresión usa aquí San Juan, haciendo ver que sin haber comenzado y eternamente está el Hijo en el seno del Padre. A fin, pues, de que a causa de ser el nombre común no le tuvieras por uno de los que por gracia son hechos hijos, en primer lugar pone el artículo, para distinguirlo de los hijos por gracia. Pero si esto no te basta, sino que todavía no levantas tu vista de la tierra, oye un nombre más propio: el de *Unigénito*. Y si aún después de esto no levantas tu mirada, no dudaré en proferir, tratando de Dios, una palabra humana, la de *seno*, todo con el único objeto de que no sospeches de el ninguna idea baja. ¿Ves el amor a los hombres y la solicitud del Señor? Se aplica Dios a sí mismo palabras indignas de sí, para que siquiera así veas y pienses elevadamente, ¿y tú permaneces en tierra? dime, si no: ¿Por qué se hace aquí mención del *seno*, palabra tan crasa y carnal? ¿Es para que sospechemos en Dios cuerpo?— Lejos tal pensamiento; de ningún modo, responderás. Pues ¿para qué se dice? Porque si con ella ni se hace ver la filiación natural del Hijo, ni tampoco que Dios sea cuerpo, es palabra lanzada superfluamente, que no llena necesidad alguna. Pues ¿para qué se dice? que no cesaré de preguntártelo. ¿No es evidente que la única razón es para que no creamos de El otra cosa, sino que El es el verdadero Unigénito y coeterno con el Padre?

IV

El nos lo declaró, dice. ¿Qué nos declaró? ¿Qué a Dios nadie le vio jamás? ¿Que Dios es uno? Mas esto lo dicen también los demás profetas, y Moisés clama repetidas veces: *El Señor, Dios tuyo, es Señor único* (Deut., VI, 4); e Isaías: *Antes de mí no hubo otro Dios, y después de mí no le hay* (Is., XLIII, 10).

Pues ¿qué más nos ha enseñado el Hijo, en calidad de quien está en el seno del Padre? ¿Qué más nos ha enseñado el Unigénito? En primer lugar, que aun esto mismo (el conocimiento de Dios) es obra de El: además hemos recibido una doctrina mucho más clara, y conocido que Dios es espíritu, y que los que le adoran conviene que le adoren en espíritu y en verdad: y fuera de esto, aun esta misma doctrina de que es imposible ver a Dios, y que nadie le conoce sino el Hijo, y que es Padre verdadero de verdadero Hijo, y las demás cosas que de El se han dicho. Y la palabra *declarado* da a entender una enseñanza más clara y transparente, la cual dio no ya solo a los judíos, sino también a todo el mundo, y la llevó a cumplimiento. A los profetas, en efecto, ni aun todos los judíos atendían; pero al Unigénito de Dios todo el mundo se le rindió y obedeció. Así, pues, la palabra *declaración*, da a entender aquí la mayor claridad de la enseñanza; por eso el se llama también *Verbo* y *Angel del gran Consejo*.

V

Ahora bien, ya que se nos ha concedido mayor y más perfecta doctrina, hablándonos Dios en estos últimos días no ya por los profetas, sino por medio del Hijo, guardemos una norma de vida mucho mejor, y digna del honor que nos hace. Pues absurdo sería, que El se haya bajado tanto que no nos quiera hablar ya por medio de sus siervos, sino por sí mismo, y nosotros en tanto no hagamos nada más que los antiguos. Ellos tenían por maestro a Moisés; nosotros tenemos al Señor de Moisés. Mostremos, por tanto, una conducta digna de tanta hora, y no tengamos que ver con la tierra. Para eso nos trajo su enseñanza desde lo alto de los cielos, para trasladar allá nuestros pensamientos, para que fuéramos, según nuestras fuerzas, imitadores del Maestro. Y ¿cómo, dirás, podemos ser imitadores de Cristo?—Haciéndolo todo para el bien común y no buscando lo propio. *Cristo*,

dice, *no se agradó a sí mismo, sino que, como está escrito: Los vituperios de los que te vituperaban cayeron sobre mí* (Rom., XV, 3; Ps. LXVIII, 10). *Nadie*, por consiguiente, *busque lo suyo* (1 Cor., X, 24). El modo de buscar lo suyo es el mirar por lo del prójimo; porque lo del prójimo es también nuestro. *Somos un cuerpo, y los unos miembros y partes de los otros* (Rom., XII, 5). No estemos, pues, como divididos, ni diga nadie: “Fulano no es amigo mío, ni pariente, ni vecino, ni tengo que ver con él; ¿cómo me he de acercar? ¿cómo le he de hablar?” Porque aunque no sea pariente ni amigo, es hombre, participa de la misma naturaleza que tú, tiene al mismo Señor, es consiervo tuyo y contubernal: está en el mismo mundo. Y si además es partícipero de la misma fe, helo ya hecho también miembro tuyo. ¿Qué amistad, en efecto, es capaz de producir unión tan estrecha como el parentesco de la fe? Porque no basta que tengamos unos con otros la intimidad que hay entre amigos con amigos, sino la que tienen miembros con miembros. Mayor intimidad que este modo de amistad y comunicación nadie la hallará jamás. Así, pues, como no puedes decir: ¿De dónde a mí la relación y proximidad con él?, pues tal lenguaje sería ridículo, así tampoco puedes decir esto de tu hermano. *Todos* (dice San Pablo) *fuimos bautizados para [ser] un [mismo] cuerpo* (1 Cor., XII, 13). ¿Por qué *para ser un cuerpo*? Para que no nos dividamos, sino que con la unión y amistad mutua guardemos el modo de ser de un cuerpo. Así, pues, no nos despreciemos unos a otros, para que no nos tengamos en poco a nosotros mismos. *Porque nadie jamás tuvo odio a su propio cuerpo, antes le mantiene y abriga* (Ephes., V, 29). Por eso nos dio Dios una misma habitación para todos, que es este mundo; todo lo repartió por igual; un mismo sol encendió para todos; un mismo techo extendió, que es el cielo, y preparó una misma mesa, que es la tierra. Nos dio también otra mesa todavía mucho más excelente, pero también una misma para todos; ya lo entienden los participantes de los misterios⁹; un mismo modo de generación espiritual nos dio a todos; una misma patria tenemos, la de los cielos; de un mismo cáliz bebemos todos. No dio más y mejor al rico, y menos y peor al pobre, sino que a todos llamó por igual; y concedió con un mismo honor lo temporal y de una misma manera lo espiritual. ¿De dónde, según eso, tan grande desigualdad en la vida?—De la avaricia y arrogancia de los ricos. Mas no así, hermanos, no así en adelante y mientras las cosas comunes y más necesarias nos obligan a unirnos, no nos apartemos por las terrenas y viles, riqueza, digo,

y pobreza, parentesco carnal, enemistad y amistad. Porque todo eso es sombra, y más vil que sombra, para los que tienen el vínculo de la caridad de arriba. Conservémosle inquebrantable, y no podrá introducirse en nosotros espíritu alguno perverso que destruya nuestra unión. Ojalá todos la obtengamos por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea al Padre la gloria, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XXII

TEXTO COMPRENDIDO EN ESTA HOMILIA:

San Juan, cap. II, v. 4. Y Jesús le dijo: "¿Qué a mí y a ti, mujer? Aún no ha llegado mi hora".

5. Dijo la Madre de El a los que servían: "Haced cuanto (El) os dijere".

6. Y había allí seis hidrias de piedra, conforme a la purificación de los judíos, las cuales cogían dos o tres metretas cada una. 7. Díceles Jesús: "Llenad las hidrias de agua". Y las llenaron hasta arriba.

8. Y Jesús les dijo: "Sacad ahora, y llevad al maestresala". Y lo llevaron. 9. Y luego que el maestresala gustó el agua hecha vino, y no sabía de dónde era (más lo sabían los sirvientes, que habían sacado el agua), llama el maestresala al esposo. 10 y le dice: "Todo hombre pone primero el buen vino, y después que están embriagados, entonces el de inferior calidad: tú, en cambio, has guardado el buen vino hasta ahora".

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Introducción. Trabajoso es el predicar; mas se alivia el trabajo del predicador, si los oyentes sacan fruto. Excita la atención proponiendo la importancia del asunto.— ¿Qué significa la sentencia: *Aún no ha llegado mi hora*?

II. Esta sentencia no es exclusiva de este lugar: úsala. Nuestro Señor en otras ocasiones. Con ella no quiere decir, que estuviera sujeto a tiempos para hacer lo que convenía, sino que todo lo hacía en el tiempo más a propósito.— Aquí daba a entender que aún no era suficientemente conocido, y que en todo caso convenía que los que tenían necesidad se adelantaran a pedir el remedio de ella.

III. ¿Por qué, sin embargo, después de decir: *Aún no ha llegado mi hora*, obra el milagro? 1.^o Para hacer ver que no estaba sujeto a tiempos, sino que obraba libérrimamente. 2.^o Par honrar a su Madre.— Aún a la Cananea oyó, con haberla primero rechazado. Aplicación práctica: aunque no merezcamos lo que pedimos, lo alcanzaremos si tenemos perseverancia.

Su Madre esperó con razón, y le puso delante los sirvientes, a quienes mandó hacer cuanto El les dijese.

IV. Vers. 6 y 7. No es inútil cláusula: *Conforme a la purificación de los judíos*.— Fue más conveniente convertir el agua en vino que criarlo de la nada, porque aunque en razón de milagro sería mayor el criarlo, era más perceptible a los sentidos el convertir el agua en vino.— La misma razón hubo también para que ellos mismos fueron los que llevaron el agua, pues así eran testigos de vista del milagro.— Además convirtiendo el agua en vino se muestra Señor de los elementos, y destruye la herejía de los maniqueos.

V. Vers. 8, 9, 10. Con toda prudencia advierte el Evangelista que el maestresala mismo dio prueba del milagro. El vino fue no como quiera, sino excelente.

VI. Los milagros de Cristo son perfectos.— El milagro de Caná se obra también en las voluntades.

VII. Todo lo terreno fluye y pasa de largo, como la corriente de un río.— Recomendación de la frugalidad aun para la salud del cuerpo.

Conclusión.

I

San Juan, cap. II, v. 4. *¿Qué a mí a ti, mujer? Aún no ha llegado mi hora.*

Tiene su trabajo el predicar: y así lo daba a entender San Pablo, al decir: *Los presbíteros que bien gobiernan, sean juzgados dignos de doblada honra; mayormente los que trabajan en predicar y enseñar* (1 Tim., V, 17). Pero en vuestras manos está hacer este trabajo o ligero o pesado. Si desecháis lo que se os dice, o, aunque no lo desechéis, no lo hacéis brillar en las obras, pesado será el trabajo, por ser inútil y sin fruto; pero si atendéis y dais prueba de ello en la conducta, ni aun sentiremos siquiera los sudores; porque el fruto cogido de los trabajos no permitirá que nos parezcan pesados. Por tanto, si queréis darnos alientos, y no más bien apagarlos o debilitarlos, hacednos ver, os ruego, el fruto, para que, al contemplar las mieses en espiga, alimentados con las esperanzas del buen éxito y calculando ya las ganancias, no seamos remisos en el manejo de este excelente negocio. Que no es de poca monta la cuestión que hoy se nos presenta delante.

En efecto, habiendo dicho la Madre de Jesús: *No tienen vino*, Cristo responde: *¿Qué a mí y a ti, mujer? Aún no ha llegado mi hora* (Joann., II, 4). Y después de tal respuesta, hizo lo que dijo su Madre. Esta cuestión no es menos importante que la anterior (tratada en la homilía precedente sobre San Juan). Invoquemos, pues, al mismo que hizo el milagro, y pasemos a dar la solución.

II

No es únicamente en este lugar donde se dice esta sentencia, sino que todavía más adelante el mismo Evangelista dice: No le podían prender, *porque aún no había llegado su hora* (Joan., VIII, 20); y otra vez: *Nadie le echó mano, porque aún no había llegado su hora* (Joan., VII, 20); y otra vez: *Ha llegado la hora: glorifica a tu Hijo* (Joan., XVII, 1). He reunido aquí estas sentencias dichas por todo el Evangelio, para dar a todas las mismas solución.

¿Cuál es, pues, la solución de ellas? No porque estuviera sujeto a la necesidad de los tiempos ni debiera aguardar las horas, decía Cristo: *Aún no ha llegado mi hora* (¿cómo, si era el Hacedor de los tiempos y

Criador de los años y de los siglos?), sino porque con estas palabras quería darnos a entender que todo lo hace a su tiempo conveniente, y no de una vez, ya que se seguiría confusión y desorden, si no hiciera cada cosa en su oportuno tiempo, sino que todo lo mezclara en uno, la generación, la resurrección y el juicio. Considéralo. Convenía que tuviera lugar la creación, mas no toda a un tiempo: el hombre y la mujer, mas no ambos a la vez. Convenía que fuera condenado a muerte el género humano, y que hubiera resurrección, mas con grande intervalo la una de la otra. Convenía que se diera la ley, mas no al mismo tiempo la gracia, sino que ambas se establecieran a sus tiempos convenientes. Por donde no obedecía Cristo a la necesidad de los tiempos, ya que más bien ponía orden en ellos, como Criador que es. Pero San Juan en este lugar pone en boca de Cristo las palabras: *Aún no ha llegado mi hora*, demostrando que todavía no era conocido de las muchedumbres, y ni aun tenía completo el coro de sus discípulos, sino que le seguían Andrés y Felipe, pero ningún otro: y lo que es más ni aun éstos, ni aun sus parientes ¹⁰ le conocían como convenía. Porque después de muchos milagros, dijo el Evangelista acerca de sus parientes: *Ni sus hermanos (parientes) creían en El* (Joan., VII, 5). Ni los que asistían a las bodas le conocían: de ser así, ellos se hubieran adelantado y le hubiera rogado viéndose en necesidad. Por esta razón dice: *Aún no ha llegado mi hora*. “No soy todavía conocido de los presentes, y ni aun saben que ha faltado el vino. Deja que primero sientan la falta. Pues no convenía que yo oyera de ti esta petición: porque eres madre, y haces sospechoso el milagro. Lo que convendría es que los que se hallan faltos se presenten y me rueguen, no porque yo necesito de ello, sino para que reciban el milagro con grande aprobación”. En efecto, el que se vio en necesidad, cuando obtiene lo que pide, tiene mucho agradecimiento; pero el que no llegó a sentir la falta, tampoco llegará a tener sentimiento claro y vivo del beneficio.

III

Pero ¿por qué razón, se dirá, después de haber dicho: *Aún no ha llegado mi hora*, y rehusado la petición, hizo lo que le pidió su Madre? Principalmente para que los que le contradecían y juzgaban que estaba sometido a las horas, tuvieran suficiente prueba de que no estaba sujeto a ellas. Porque si lo estuviera, ¿cómo, no habiendo lle-

gado la hora, hubiera hecho lo que hizo? En segundo lugar, para honrar a su Madre y no parecer que en todo la contradecía, para que no se creyese que lo hacía por debilidad, y para no causarla sonrojo en presencia de tantos: porque ya le había presentado los sirvientes. Toda vez que aún a la Cananea, con decirle: *No es bueno tomar el pan de los hijos y dárselo a los perros* (Matth., XV, 26), se lo dio al fin, en atención a su insistencia. Y eso que también había dicho: *No he sido enviado sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel* (Ibid., v. 24): y con todo, después de haberlo dicho, curó a la hija de aquella mujer.

De aquí aprendemos que aunque seamos indignos, muchas veces por la asiduidad nos hacemos dignos de recibir. Por esta razón también su Madre esperó, y sabiamente le puso delante los sirvientes, para que fuesen más los que hicieran la petición. Por eso añadió también: *Haced cuanto os dijere* (Joan., II, 5). Pues bien sabía que no lo rehusaba El por debilidad, sino por modestia, y porque no pareciera que sin más ni más se lanzaba a hacer el milagro: y así le puso delante los sirvientes.

IV

6. *Y había allí seis hidrias de piedra, conforme a la purificación de los judíos, que cogían dos o tres metretas cada una.* 7. *Díceles Jesús: "Llenad las hidrias de agua". Y las llenaron hasta arriba.*

No en vano dijo: *conforme a la purificación de los judíos*: sino para que no sospechara alguno de los incrédulos que, por haber quedado dentro las heces, al derramarse encima y mezclarse luego el agua, se formó un vino muy tenue¹¹. Por eso dice: *conforme a la purificación de los judíos*, declarando que aquellas vasijas nunca habían contenido vino. Porque como en Palestina hay escasez de agua, ni se hallaban en muchas partes manantiales y fuentes, llenaban siempre las hidrias de agua, para no verse precisados a correr a los ríos, si alguna vez se contaminasen, sino tener a punto modo de purificarse.

Y ¿por qué no hizo el milagro antes de que se llenaran, ya que esto hubiera sido mucho más maravilloso?— Porque una cosa es cambiar la cualidad de una materia ya existente, y otra hacer de la nada la substancia misma de ella; pues lo último es más maravilloso.— Pero así no hubiera parecido tan creíble a la mayor parte. Por esta razón

muchas veces disminuye de intento la grandeza de los milagros, para que fueran mejor recibidos.

Y ¿por qué, dirás, no trajo El el agua y mostró después el vino, sino que se la mandó traer a los sirvientes?— Por la misma razón, y para tener a los mismos que habían sacado el agua por testigos del hecho y de que en él nada había de imaginario. Por donde si algunos se desvergonzaran en negarlo, pudieran los sirvientes decirles: “Nosotros sacamos el agua”.

Además de lo dicho, así destruye las doctrinas que pululan contra la Iglesia. Porque como hay algunos que dicen que el criador del mundo es otro, y que las cosas visibles no son obra de el, sino de otro dios contrario; para tapan la boca de los que así deliran, hace la mayor parte de los milagros valiéndose de la materia existente. Puesto que si el criador fuera contrario a El, no podría valerse de elementos ajenos para hacer muestra de su propio poder. Ahora, pues, patentizando que el es el mismo que en las viñas transforma el agua, y mediante la raíz, convierte en vino la lluvia, hizo de repente en las bodas lo que obra en la planta por largo tiempo.

V

Y después que llenaron las hidrias, dice: 8. *Sacad ahora y llevad al maestresala. Y lo llevaron.* 9. *Y luego que el maestresala gustó el agua hecha vino, y no sabía de dónde era (mas lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), llama el maestresala al esposo, 10, y le dice: “Todo hombre pone primero el buen vino y después que están embriagados, entonces el de inferior calidad; tú, en cambio, has guardado el buen vino hasta ahora”.* Aquí se burlan de nuevo algunos, diciendo: De manera que aquella era una reunión de ebrios, y su gusto estaba perdido para discernir, y era tan incapaz de distinguir y juzgar el hecho, que no sabía si aquello era agua o vino; porque el mismo maestresala dio a entender en sus palabras que estaban ebrios.— Ya eso mismo es bien ridículo ¹²; pero aun esa sospecha la cortó el Evangelista. Porque no dice que los convidados fueron los que dieron el juicio del suceso, sino el maestresala, que estaba alerta y no había probado nada. Todos sabéis muy bien, en efecto, que los encargados de dirigir el servicio en los convites son los más sobrios, y no tienen otro cuidado sino que todo vaya con orden y concierto. Por esta razón

adujo por testigo del milagro el gusto sobrio del maestresala. Pues no dijo: “Dad vino a los comensales”, sino *Llebad al maestresala*.

9. *Y luego que el maestresala gustó el agua hecha vino, y no sabía de dónde era (mas lo sabían los sirvientes), llama el maestresala al esposo*. Y¿ por qué motivo no llamó a los sirvientes, toda vez que así se hubiera descubierto también el milagro?— Porque ni el mismo Jesús descubrió el milagro, antes quería que con suavidad y poco a poco se diese a conocer la fuerza de los prodigios. Si entonces se hubiera declarado, no se hubiera creído la narración de los sirvientes, antes se los hubiera tenido por locos, al atestiguar tales cosas de quien era tenido por la mayor parte como mero hombre. Ellos, en efecto, claramente veían el hecho por experiencia; pues no habían de rehusar creer a sus propias manos; pero no eran aptos para hacer creer a otros. Por eso tampoco El se lo reveló a todos, sino a quien mejor podía comprender lo sucedido, reservando para el tiempo venidero su más claro conocimiento. Porque después de la manifestación de los demás milagros, también éste había de ser creíble. Y así cuando después curó al hijo del régulo, descubre el Evangelista, por lo que allí dice, que también este milagro se había hecho más patente. Puesto que esta fue precisamente la razón de llamarle, el conocer este milagro, como dije. Y dándolo a entender San Juan, dice: *Vino Jesús a Caná de Galilea, donde convirtió el agua en vino* (Joann., IV, 46); y no vino comoquiera, sino excelente vino.

VI

Tales son los milagros de Cristo, mucho más excelentes y perfectos que lo que sucede en la naturaleza. Así también en otros casos, al corregir un miembro contrahecho, lo hizo más perfecto que los sanos. En suma: que aquel era vino y vino excelente, habían de testificarlo no sólo los sirvientes, sino también el maestresala; y que era Cristo quien lo hizo, los que sacaron el agua. De manera que aun cuando no se hubiera descubierto entonces el milagro, no podía quedar oculto en el silencio hasta el fin: tantos eran los testimonios necesarios que delante de el se enviaban para el tiempo venidero. Porque los sirvientes eran testigos de que había convertido el agua en vino, y de que el vino era excelente, el maestresala y el esposo. Verosímil es que a esto respondiera algo al esposo; pero el Evangelista, dándose prisa por

narrar las cosas más necesarias, apuntó solamente el milagro, y pasó por alto lo demás. Porque lo necesario era saber que convirtió el agua en vino, y vino excelente; lo que el esposo dijo al maestresala no juzgó necesario contarle. Muchos de los milagros que antes no eran tan conocidos, pasando el tiempo se hicieron más patentes, al ser contados con más precisión por los que al principio lo vieron.

Resulta, pues, que entonces convirtió Jesús el agua en vino; pero entonces y ahora no cesa de transformar las voluntades débiles y relajadas. Porque hay hombres, los hay, que en nada se diferencian del agua; tan fríos son, tan débiles, y nunca en un estado. A los que así son llevémoslos delante del Señor, para que convierta su voluntad en el estado del vino, para que no se derramen comoquiera, antes tengan más consistencia, y sean causa de alegría para sí mismos y para los demás.

¿Y quiénes son estos hombres fríos, sino los que están adheridos a las cosas pasajeras de la presente vida, los que no se ríen de los goces de aquí abajo, los amadores de la gloria y del poder? Porque todas estas cosas son como corrientes que en ninguna parte se detienen, sino que siempre se van precipitando con grande ímpetu. El hoy rico, mañana es pobre; el que hoy aparece con pregonero, y cinto, y carroza, y muchos lictores, muchas veces al día siguiente habita en la cárcel, dejando a otro, contra toda su voluntad, aquel aparato fantástico. A su vez, el que vive en delicias y se deshace, después de estragar su vientre, no puede conservar un solo día la hartura, sino que, evaporada ésta, se ve precisado a ingerir más, no diferenciándose en nada de un torrente. Pues como en éste, pasada a corriente primera, viene otra encima, así él, pasada una comida, necesita en seguida otra. Así es la naturaleza de las cosas de esta vida: nunca admite estabilidad, antes siempre fluye y pasa de largo. Y por lo que hace a las delicias, no sólo hay en ellas lo de pasar de largo y huir, sino que llevan consigo mil otros inconvenientes. Porque en su impetuoso fluir embotan la fortaleza del cuerpo y arrastran consigo la virilidad del espíritu; y no así las corrientes violentas de los ríos comen las orillas, y las hacen irse derruyendo, como la vida muelle y regalada arrastra fácilmente consigo los cimientos de nuestra salud corporal. Si vas a la oficina de un médico y preguntas por las causas de las enfermedades, verás que casi todas proceden de aquí. La mesa pobre y sobria es madre de la salud. Así la llamaron también los médicos, al nombrar salud al no hartarse. La no hartura, dicen, es salud, y la comida frugal

madre de la salud. Y si la comida frugal es madre de la salud, claro es que la saciedad es madre de la enfermedad y del malestar, y engendra padecimientos que superan el arte de los médicos. En efecto, las enfermedades de los pies, de la cabeza, de los ojos, de las manos, los temblores, parálisis, ictericias, fiebres largas y ardientes, y mucha más que no hace al caso enumerar, no suelen proceder de frugalidad y parsimonia, sino de gula y hartura. Y si quieres ver también las enfermedades del alma que de aquí se origina, verás que la avaricia, la negligencia, las melancolías, la pereza, la lujuria y toda ignorancia tienen aquí su comienzo. Porque las almas de los que comen con tanto regalo, siendo desgarradas por tantas fieras, vienen a hacerse como bestias. Y ¿habré de decir las tristezas y fastidio que experimentan los que viven en tal regalo? Imposible es decirlas todas: por una cosa que es capital, os lo haré ver todo. A saber: de esa mesa regalada nunca disfrutaban con placer. Porque la frugalidad, como es madre de la salud, lo es del placer; pero la hartura, como es madre de las enfermedades, así es fuente y raíz del disgusto. Donde hay saciedad, no puede haber apetito; y no habiendo apetito, ¿cómo puede haber deleite? Por esta razón hallaremos a los pobres no sólo más prudentes y sanos que los ricos, sino también más alegres.

Considerando todo esto, huyamos de la embriaguez y las delicias, no sólo en las mesas, sino también en todas las cosas de la vida; y cambiémoslas por el placer de las cosas espirituales, y deleitémonos en el Señor, según el Profeta: *Deleítate en el Señor, y El te conceda las peticiones de tu corazón* (Ps. XXXVI, 4), para que gocemos de los bienes presentes y venideros, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XXXV

TEXTO DEL EVANGELIO:

Cap. IV, v. 40. Pues como vinieron a El los samaritanos, le rogaban que se quedase con ellos. Y permaneció allí dos días. 41. Y muchos más creyeron por la palabra de El. 42 Y a la mujer decían: "Ya no creemos por tu dicho; pues nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del Mundo, el Mesías".

43. Y después de dos días salió de allí, y se fue a Galilea. 44. Porque el mismo Jesús testificó que un profeta en su propia patria no tiene estimación.

45. Y habiendo venido a Galilea, le recibieron los galileos, porque habían visto todas las cosas que habían hecho el día de la fiesta en Jerusalén; pues ellos también habían asistido a la fiesta.

46. Vino, pues, otra vez a Caná de Galilea, en donde había hecho el agua vino. Y había un régulo(señor de la corte), cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaúm. 47. Este, habiendo oído que Jesús venía de Judea a Galilea, fuese a El, y le rogaba que descendiese y sanase a su hijo, porque se estaba muriendo. 48. Y Jesús le dijo: "Si no viereis milagros y prodigios, no creéis". 49 Dícele el régulo: "Señor, baja antes que muera mi hijo". 50. Jesús le dice: "Vete, tu hijo vive". Creyó el hombre a la palabra de Jesús le dijo, y se iba andando.

51. Y cuando él ya bajaba, le salieron al encuentro sus criados, y le dieron nuevas, diciendo que su hijo vivía. 52. Informóse, pues, de ellos de la hora en que había mejorado, y le dijeron: "Ayer a la hora séptima le dejó la calentura". 53. Así que entendió el padre que era la misma hora en que Jesús le dijo: "Tu hijo vive"; y creyó él y toda su casa.

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Los samaritanos mejor dispuestos que los judíos respecto de Cristo: vv. 40-42. Compárase la conducta de unos y otros.

II. Exposición de los vv. 43-46.

III. Vers. 46, 47. Hácese ver la diferencia de la fe del régulo y del centurión. También el Señor se conduce con entrambos de diferente manera.

IV. Explicanse los vv. 51-53. Circunstancias que patentizan la realidad del milagro.

V. Conclusión. No hemos de exigir milagros en nuestro favor, v. gr., curaciones, etc., sino servir a Dios puramente, aunque nos castigue y atribule.

I

Cap. IV, v. 40. Pues como vinieron a El los samaritanos, le rogaban que se quedase con ellos. Y permaneció allí dos días. 41. Y muchos más creyeron en El por su palabra. 42. Y a la mujer decían: "Ya no creemos por tu dicho; pues nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo, el Mesías". 43. Y después de dos días salió de allí y se fue a Galilea.

No hay cosa peor que la envidia y la malquerencia, ni más funesta que la vanagloria, la cual suele echar a perder innumerables bienes. De ahí que los judíos, teniendo mayor conocimiento que los samaritanos, y educados a una con los profetas, quedaron postergados a aquellos. Los samaritanos, en efecto, creyeron por el testimonio de la mujer, y sin haber visto milagro alguno, salieron a rogar a Cristo que se quedara con ellos; mas los judíos, aún después de haber visto milagros, no sólo no le detenían, sino que le expulsaban y no dejaban medio alguno de echarle fuera de su región; ¡y eso que su misma venida fue por ellos. En fin, aquellos le expulsaban, y éstos le rogaban que permaneciera con ellos. Pues bien ¿era inconveniente que se acercase a los que se lo rogaban, y no lo era que estuviera asiduamente con los que le acechaban y ofendían, negándose a los que le amaban y le querían detener consigo?— No fuera eso digno de su providencia. Por eso accedió y permaneció con ellos dos días. Ellos, a la verdad, quisieran que se quedara para siempre, como lo dio a entender el Evangelista, al decir: *Le rogaban que se quedase con ellos*; mas El no lo quiso, sino que permaneció dos días, durante los cuales *muchos más creyeron en 'El*. Y eso que no era verosímil que ellos creyesen, ya por no haber visto milagro alguno, ya por ser enemigos de los judíos; y, sin embargo, porque apreciaron en su justo valor sus palabras, nada de esto le estorbó, antes concibieron de él una idea superior a aquellos obstáculos, y a porfía le admiraban a cuál más. Porque, 42. *Decían a la mujer: "Ya no creemos por tu dicho; pues nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo, el Mesías*. Estos discípulos sobrepujaron a su maestra. Bien podían ellos acusar a los judíos, pues habían creído y le habían recibido. En efecto, los judíos, por quienes había emprendido todas estas obras, continuamente le apedreaban; y en tanto éstos le atraen, cuando El no se dirigía a ellos. Los judíos, a pesar de los milagros, permanecen incorregibles; y éstos sin milagros dan muestras de gran fe, y aun tienen a honra el creer sin milagros; mientras aquellos no cesan de buscarlos y tentarle. ¡Tan necesario es siempre tener el ánimo bien dispuesto! Si así le halla la verdad, se apodera de él; y si no se apodera, no es por debilidad suya, sino por terquedad del ánimo. Como el sol, cuando da en ojos limpios, los ilumina; y si no lo hace, será enfermedad de ellos que no ineficacia propia.

Oye, pues, lo que ellos dicen: *Sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo, el Mesías*. ¿Ves cuán presto conocieron que

iba a atraer en pos de sí todo el mundo, y que había venido a obrar la salvación de todos, y que no había de circunscribir su providencia a los judíos, sino diseminar su predicación por toda la tierra? Mas no así los judíos; antes, tratando de establecer su propia justificación, perdieron la de Dios (Rom., X, 3). Pero éstos confiesan hallarse todos culpables, manifestando la sentencia del Apóstol: *Todos pecaron y necesitan de la gloria de Dios, siendo justificados de balde por su gracia* (Rom., III, 23, 24). Porque al decir que es Salvador del mundo, claramente dicen que estaba perdido. Y no le llaman Salvador comoquiera, no en lo más importante; pues hubo muchos salvadores, profetas y ángeles; pero éste es, dicen, el verdadero Salvador, el que proporciona la verdadera salud, y no tan sólo la temporal. Esta sí que era sincera fe. Admirables son por ambos conceptos: porque creyeron, y porque creyeron sin milagros. A los tales el mismo Cristo llama bienaventurados, diciendo: *Bienaventurados los que no vieron y creyeron* (Joan. XX, 29). Y que creyeron sinceramente, se ve por aquí; que habiendo oído a la mujer hablar con ambigüedad: *¿Acaso éste será el Mesías?* (Joan., I, 20), no dijeron: también nosotros sospechamos, o pensamos, sino: *Sabemos*; y no sólo esto, sino: *que éste es verdaderamente el Salvador del mundo*. Pues no confesaban al Mesías como a uno de la multitud, sino como al verdadero Salvador del mundo.

Ahora bien: ¿a quién habían visto salvado por El? Tan sólo palabras oyeron, y hablaron, con todo, como si hubieran visto muchos y grandes milagros. Y ¿por qué los Evangelistas no nos cuentan estas palabras (de Cristo), y que les habló maravillosamente?— Para que entiendas que pasan por alto muchas cosas de importancia; pero por el fin lo dieron a entender todo. Pues persuadió con sus palabras a todo el pueblo y a toda la ciudad. Pero cuando los oyentes no se rinden, entonces se ven precisados (los Evangelistas) a dar cuenta de las palabras dichas, para que nadie por la ingratitud de los oyentes de su fallo contra el que les habla.

II

43. *Y después de dos días salió de allí y se fue a Galilea.* 44. *Porque el mismo Cristo testificó que un profeta no tiene estima en su propia patria.* ¿Por qué se añade esta cláusula?— Porque no fue a Cafarnaúm, sino a Galilea, y de allí a Caná. Pues a fin de que no inquietaras por qué no permaneció con los suyos, y, en cambio, se

quedó con los samaritanos, añadió la causa diciendo que no le atendían. Por eso no fue a ellos para que no fuera mayor su condenación.

Y, en efecto, soy de parecer que aquí llama patria suya a Cafarnaúm. Y que allí no tuvo estimación, óyeselo decir al mismo: *Y tu Cafarnaúm, la que has sido sublimada hasta el cielo, hasta el infierno serás hundida* (Luc., X, 15). Por lo demás, la llama su patria, dando a entender la traza de su Encarnación, y por haber morado en ella por la mayor parte. Pues ¿cómo?, dirás. ¿No vemos a muchos admirados aun entre los suyos?— Pero no se debe juzgar de las cosas por lo que rara veces ocurre. Y si algunos fueron honrados en su patria, mucho más en la ajena; porque la costumbre engendra menosprecio. 45. *Y habiendo venido a Galilea, le recibieron los galileos, como quienes habían visto todas las cosas que hizo en Jerusalén en la fiesta: porque habían acudido a la fiesta.* ¿Ves cómo los que tenían mala fama son los que principalmente acuden a El? Porque el uno decía: *¿De Nazaret puede salir algo bueno?* (Joan., I, 47). Y el otro: *Averigua y ve que de Galilea se levanta ningún profeta* (Joan., VII, 52). Y esto lo decían por afrentarle, pues la mayor parte le creía de Nazaret, y además le echaban en cara que era samaritano: *Samaritano eres*, decían, *y demonio tienes* (Jo., VIII, 48). Mas he aquí que los samaritanos creen, para vergüenza de los judíos. Y aun se halla a los samaritanos mejores que los judíos; pues aquellos le recibieron por las palabras de la mujer, mas los judíos porque vieron los milagros que hizo. 46. *Fue, pues, de nuevo Jesús a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino.* Recuerda a los oyentes el milagro, para más enaltecer a los samaritanos, ya que aquellos le recibieron por los milagros, hechos en Jerusalén y entre ellos, y los samaritanos no así, sino tan sólo por la doctrina.

Si bien nos cuenta (el Evangelista) que fue allá, no añade la causa de la ida. Fue a Galilea por motivo de la envidia de los judíos; pero a Caná ¿por qué? Antes acudió invitado a las nupcias; mas ahora, ¿por qué motivo?— Es mi parecer que lo hizo para corroborar más con su presencia la fe del milagro, y atraerlos más al presentárseles sin ser llamado, y preferirlos a ellos dejando su patria.

III

Y había un criado del Rey, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaúm. 47. Este, habiendo oído que Jesús venía de Judea a Galilea, se

fue a El, y le rogaba que fuese y curase a su hijo, bien fue de linaje real, bien tuviera alguna otra dignidad o mando que llevase este nombre. Algunos creen que éste es el mismo de quien habla San Mateo; pero se prueba ser otro, no sólo por la dignidad, sino también por la fe. Aquel pide a Cristo que no vaya, cuando El iba de suyo; éste le lleva a casa, cuando El no se ofrecía. Aquél decía: *No soy digno de que entres debajo de mi techo* (Matth., VIII, 8); éste aun le da prisa, diciendo: *Baja, antes de que muera mi hijo* (Joan., IV, 49). Allí entraba Cristo en Cafarnaúm, después de bajar del monte; aquí viniendo de Samaría, y no a Cafarnaúm, sino a Caná, se le presentó éste. El hijo de aquél yacía en cama a causa de una parálisis; el de éste por una fiebre. 47. *Y fue a El y le rogaba que curase a su hijo; porque estaba para morir.* ¿Y qué hizo Cristo? *Si no viereis*, dijo, *milagros y portentos, no creereis.* ¿Pues qué era sino fe el acudir a El y rogarle? Y así lo atestigua después el Evangelista, diciendo que habiendo Jesús hablado: 59. *Vete, tu hijo vive; creyó a la palabra de el y se fue.* ¿Qué es, según eso, lo que aquí dices? O lo decía por admirar a los samaritanos, porque creyeron sin milagros, o por reprender a la que parecía ciudad suya, Cafarnaúm, de donde aquel era. Y si otro, cuando decía en San Lucas ¹³: *Creo, Señor; ayuda mi incredulidad* (Marc., IX, 23), decía de nuevo... Así, pues, aunque éste creyese, no tenía fe entera y sana por completo. Y bien lo da a entender al preguntar a qué hora le había dejado la fiebre. Pues quería enterarse si acaso había esto sucedido de suyo o por el mandato de Cristo. De ahí que cuando se informó: *Ayer a la hora séptima le dejó la fiebre, creyó él y toda su casa* (Jo., IV, 52, 53). ¿Ves cómo creyó cuando se lo dijeron los criados, no cuando Cristo? Así es que Cristo argüía la intención con que, al presentársele, decía aquellas palabras; con lo cual le atraía más a la fe; ya que antes del milagro no creía mucho; y si se acercó a El y le rogó, nada tiene de extraño; porque suelen los padres por el grande amor a acudir no sólo a los médicos en quienes confían, sino también a aquellos en quienes no confían, por no dejar absolutamente medio alguno. Por eso, como acudió a El ocasionalmente (no de primer intento), le vio cuando vino a Galilea; que si hubiera tenido mucha fe en El, estando su hijo a punto de muerte, no hubiera dudado en ir a la Judea. Y si temía, ni aun eso era perdonable.

Mira cómo, en efecto, sus mismas palabras descubren la debilidad de aquel hombre. Pues cuando convenía, ya que no antes, siquiera después de haberle Cristo descubierto la conciencia, imaginarse algo

grande de El, oye cómo todavía se arrastra por el suelo. Porque: *Baja*, dice, *antes de que muera mi hijo*; como si no pudiera después de la muerte resucitarle, y como si no supiera en qué estado se hallaba el hijo. Por eso le reprende y hiere en su conciencia, declarando que los milagros se obran principalmente por causa del alma, pues aquí, no menos que al hijo, cura la conciencia enferma del padre, enseñándonos a atenderle no por los milagros, sino por la doctrina: ya que los milagros ni son para los fieles, sino para los infieles y más rudos.

Así que entonces, a causa de la pasión, no atendía gran cosa a las palabras de Cristo, sino sólo a lo relativo al hijo. Pero más tarde había de recordarlas y sacar de ellas muchísimo provecho, como sucedió.

Y ¿cómo al centurión espontáneamente se le ofreció a ir, y en este caso no va ni aun llamado? Porque allí la fe era perfecta. Por eso se ofreció a ir, para que viéramos la generosidad de aquel hombre. Pero aquí (no lo hizo) porque era tan imperfecto. Ya, pues, que porfiadamente le daba prisa, diciendo: *Baja*, ignorando todavía que aun ausente podía curarle, hace ver que aun esto le es posible, a fin de que aprendiera éste por no haberse presentado Cristo, lo que el centurión sabía de suyo. Así que, al decir: *Si no viereis milagros y prodigios, no creeréis*, significa: No tenéis todavía la fe conveniente, antes me consideráis aún como a profeta. Descubriendo, pues, quien era, y demostrando que aun sin milagros debía ser creído, decía lo que dijo a San Felipe: *¿Crees que Yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Y si no, creedme por las obras* (Joan., XIV, 10, 11).

IV

51. Y cuando ya él bajaba, le salieron al encuentro sus criados, diciendo: “Tu hijo vive”. 52. Preguntábales, pues, la hora en que se hubo mejor. Y le dijeron: “Ayer a la hora séptima le dejó la calentura”. 53. Conoció, pues, el padre que en aquella hora en que el dijo Jesús: “Tú hijo vive”, „ Y creyó él y toda su casa. ¿Ves cómo se hizo patente el milagro? Pues no se libró del peligro de una manera ordinaria y vulgar, sino de repente, de modo que se viese claro que no procedía el suceso según el curso natural, sino por efecto del poder de Cristo. Pues cuando había llegado a las mismas puertas de la muerte, como lo declaró el padre por estas palabras: *Baja antes de que muera mi hijo*, repentinamente fue librado de la enfermedad; lo cual llamó

también la atención de los criados. Dado que ellos quizá salieron al encuentro no sólo por llevar la noticia, sino también por juzgar ya inútil la ida de Cristo; pues sabían que estaba allí cerca; por lo cual salieron al camino mismo. Pero aquel hombre, depuesto el temor, se acercó a la fe, haciendo ver que aquella era obra de la ida de Cristo, y pone empeño en que no pareciera que se había movido en vano (acudiendo a El); y por eso se entera de todo con cuidado. *Y creyó él y toda su casa*; pues el testimonio no dejaba lugar a duda. Ya que los que no habían estado presentes, ni oído hablar a Cristo, ni sabían el tiempo, al informarse de su amo que el tiempo era aquel mismo, tuvieron clarísima prueba del poder de Cristo; por lo cual creyeron también ellos.

V

Y ¿qué es lo que aquí se nos enseña?— A no esperar milagros ni exigir prendas del poder de Dios. Pues veo también ahora a muchos que entonces se hacen más piadosos, cuando alcanzan algún alivio en la enfermedad de su hijo o de su esposa: y lo que conviene es que aun cuando nada obtengamos, perseveremos igualmente dando gracias y glorificando a Dios. Esto es propio de siervos generosos, esto de hombres esforzados y que aman como se debe al Señor: acudir a El no sólo cuando les de paz, sino también cuando los azota. Pues no menos procede esto de la providencia de Dios. *Porque a quien ama el Señor castiga; y azota a todo hijo a quien recibe* (Hebr., XII, 6). Y el que tan sólo en tiempos de paz le da culto, no da grandes indicios de amor, ni ama puramente a Cristo. Y ¿qué hablo yo de salud y abundancia de riquezas o enfermedad y pobreza? Aunque oigas nombrar el infierno u otra cosa terrible, ni aun por eso debes desistir de alabar al Señor, antes sufrirlo y tolerarlo todo por amor de El. Pues esto es de siervos de buena índole y de ánimos que no se tuercen. Quien tenga estos sentimientos, con facilidad sufrirá los males presentes y alcanzará los bienes venideros, y gozará de gran confianza con Dios: ¡ojalá todos nosotros la obtengamos, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos! Amén.

NOTAS

1. Aunque la idea cambia muy poco, la traducción exacta no es: “para que no sólo viéramos aquí la gloria, sino también después”; antes se compara su gloria de *Jesucristo aquí*, es decir, la gloria manifestada en los milagros y fundación de la Iglesia, y la gloria del mismo en la otra vida.

2. En el texto griego.

3. Nótese que esta explicación es muy probable. Fuera del testimonio de San Juan Crisóstomo, tiene en su apoyo la autoridad de San Cirilo, Eutimio y otros graves autores, y la facilidad del contexto, que es obvio y natural. Además no hay que violentar el sentido de la partícula *anti* = *en vez de*, *en sustitución de*. Traducir un *cúmulo de gracias*, como si dijera una gracia *sobre* otra, no nos parece tan propio. El Padre Toledo lo rechaza como inadmisibles. Maldonado y otros lo admiten sin dificultad. Aunque es admisible; mas se ha de entender que a una *gracia* *sustituye otra* y a *ésta otra* a su vez.

La razón principal que se aduce en contra es que el Viejo Testamento jamás se llama *gracia*, y que desaparecería la oposición entre el Viejo y Nuevo. A lo primero se puede responder que nada obsta que una cosa se llame de un modo una sola vez, con tal que haya fundamento, como lo hay en el caso, y alegándose textos semejantes de palabras contrapuestas que cambian de sentido aplicadas al Antiguo y Nuevo Testamento: como son *justicia*, *pacto*, etc. Y a lo segundo, que la oposición no sólo no desaparece, sino que resalta más y se repite *dos veces*, en vez de una: primero en general, cuando se dice: *recibimos en vez de una gracia* mucho menor, *otra gracia*. Así como si dijera: *recibimos justicia en sustitución de justicia*, se entendería: *en vez de la justicia de la ley antigua*, recibimos *la justicia de la nueva*, y no desaparecería la oposición, antes resaltaría más, precisamente por repetirse el mismo vocablo con énfasis. En segundo lugar, hace resaltar la oposición y viene a *explicarla* el verso siguiente, que de esta manera da *razón* de la frase anterior: *gracia en vez de gracia; PORQUE la ley*, dice *fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad por Jesucristo fue hecha*. Esta exposición siguen también Calmet, Patrizi, Belser...

Por lo demás, Toledo (Comment. in Jo.) comenta de este modo:

Et *gratiam pro gratia. Causam affert cur dictum sit de plenitudine ejus nos omnes accepisse*: Et gratiam, inquit, omnes accepimus pro gratia, *quia in ipsius Christi gratia nos sumus omnes gratiam consecuti, et per eum grati facti Deo. Idem est sensus cum illis verbis ad Rom. 5. Multo magis gratia Dei et donum in gratia unius hominis Jesu Christi in plures abundavit. Quod ergo Paulus dicit, gratia abundavit in plures in gratia unius hominis Jesu Christi, hoc est quod dicit Joannes: Gratiam pro gratia accepimus: et hanc causam esse reor cur dictum sit, de plenitudine ejus omnes accepimus. Fuit enim christus ita Deo Patri gratus, ut sua gratia nobis meruerit et consecuturus sit gratiam. Ad Eph. 1. Gratificavit nos in dilecto Filio suo; ac si dicat: in gratia Filii sui nos gratos effecit: hoc est gratiam pro gratia accepimus. Hic est sensus legitimus, ut magis ex sequenti annotatione constabit”.*

4. En la homilía XIII.

5. Otra lección: *a Dios, Espíritu*.

6. En el griego hay un juego de palabras intraducible, por llevar la palabra *esttua*, andriás, entrañada la idea de *varón*, aner, gen. andrós: de donde andriaV simulacro del varón.

7. Otros, *mas robusto*, quizá mejor en este lugar: en la escritura fácilmente pudieren confundirse *faidrotera* y *sfodrotera*.

8. Lo que aquí se dice de ver a Dios, entiéndase *verle por las fuerzas naturales*, y si se trata de *visión sobrenatural*, entiéndase *visión comprensiva*. Lo último se echa de ver por lo que dice del conocimiento que el Hijo tiene del Padre. Algunas frases suenan con demasiada generalidad, y parecen excluir aun la visión sobrenatural de Dios, *tal cual* es; mas esto es inadmisibles.

9. Téngase en cuenta la llamada *disciplina del arcano*.

10. De intento he omitido, la cláusula *oude e méter*, que con razón disonaría mucho. Constando que hay interpolaciones en las obras de San Juan Crisóstomo, de sospechar es que aquí, y en algunos otros pasajes, intervino la mano malévola de algún Nestoriano. Por ejemplo, alguna vez en que lo que dice está en pugna abierta con su sistema exegético.

11. Mayores, sin comparación, son las necedades de los racionalistas modernos. Harían bien, siquiera por honor propio y para no exponerse tantas veces al ridículo, en consultar las objeciones de los antiguos incrédulos, que, por lo menos, revelan algo de ingenio.— Cfr. *Knabenbauer* in Joan, pág. 136.

12. A saber: es ridículo el suponer estuvieran ebrios; pero aunque esto se concediera, no hay lugar a sospechar del milagro, pues quien dio su juicio fue el maestresala. Esta es la respuesta de San Juan Crisóstomo, que la traducción latina desfigura algún tanto.— No concede San Juan Crisóstomo que los convidados estuvieran ebrios; ni lo lleva consigo la frase del maestresala, que no es sino un ejemplo general.

13. Estas palabras se leen en San Marcos. La cláusula en el texto original parece incompleta, y así la dejamos en la traducción.

14. La traducción latina introduce una negación que no hay en el original, y por tanto, da otro sentido. Dice: *Sed quando virtutem nostram non laedent, id curemus, ne eorum insidiis ac nequitiae locum demus*. Aquí *locum dare*, como en algunos otros casos, es *dejar hacer*; esto es, *dejar libre el campo*, no meternos a combatir al adversario. Y dice San Juan Crisóstomo: *Manoanwmen, otan mhden pCrablapth thn hmeteran arethn, didonai topon antw taiV ponhraiV epiboulaiV*. Aprendamos a (*dar lugar*) a dejar libre el juego a sus malvadas asechanzas, pero con una condición, siempre que no cedan en daño de nuestra alma. Es decir, en vez de ponernos en frente, huyamos si es caso o callemos, con tal que no se siga daño a nuestra alma. Que este sea el pensamiento del Crisóstomo, se ve también por lo que sigue inmediatamente en el contexto. La versión latina debe corregirse, leyendo *UT* en vez de *NE* y en vez del *ID CUREMUS, ID DISCAMUS*.

15. Aquí, como en otras muchas partes de estas homilías, se han de suplir los versículos intermedios, desde el 47 hasta el 54; es de creer que San Juan Crisóstomo a lo menos los recitaría, si ya no es que haya parecido la exposición que de ellos hiciera. Fácil es, como en otro lugar lo advierte el traductor latino, que los copistas por descuido dejasen de transcribir los textos intermedios.

16. De la resurrección podían tener alguna idea por las Escrituras, y sin embargo, no se daban cuenta del sentido, cuando el Señor les hablaba de la suya; de la Eucaristía no podían tener ni aun la idea más remota; por eso era más meritorio creer las palabras de Cristo. Esto dice San Juan Crisóstomo, y no parece obscuro el pasaje, atendido todo el contexto.

17. La palabra *parresía*=confiadamente, *al descubierto* falta en algunos manus-

critos. Migne.

18. Así lo traen todos los manuscritos e impresos del Crisóstomo. Los demás ejemplares del Nuevo Testamento leen *cincuenta*. Migne.

19. Esto es: por la muerte, con potestad de morir cuando quisiese, o no morir, probada asimismo su potestad de resucitar.

20. San Juan Crisóstomo parece entender en primera persona la palabra *de: os lo dé (Yo)*. En el griego no hay diferencia entre la primera y tercera persona que la *iota suscrita*, que en los códices antiguos fácilmente se omite. Así se entiende bien la dificultad que a continuación propone: ¿Cómo es que pidiendo *al Padre*, cumple la petición el *Hijo*? Traduciendo *Ut quodcumque petieritis Patrem in nomine meo det vobis*, no se ve razón para la pregunta que se sigue: en cambio, fluye si se lee *det*

21. La traducción la tina pone “el ser” (o proceder) *de Dios*: no es eso lo que dice el texto griego, ni lo que reclama el contexto; pues se refiere al período anterior, donde dice que el Espíritu Santo manifestó por los milagros: 1.º, que Cristo subió al cielo, y 2.º, que subió para estar allí perpetuamente; a esto alude la frase *el estar con Dios*=to para Oew einai: no dice, si viene aquí a propósito el decir Oew einai, tratándose de *las dos cosas* arriba dichas. Que *procedía de Dios*, se deduce *conclusión* del argumento; las dos cosas dichas pertenecen a las premisas, como se ve leyendo el contexto.

22. Es decir: “No era ignorancia mía: porque aun después cuando hable el Espíritu Santo, *hablará de lo mío*. Y que la causa de añadir la cláusula *hablará de lo mío*, fue para excluir la ignorancia de Cristo, se echa de ver, porque el Espíritu Santo, no necesita que otro le enseñe lo que ha de decir, pues El, como Dios, sabe los secretos de Dios”.

23. Es decir: ¿cómo, suponiendo por un momento que hubiera oído lo que dijo a los discípulos, que *después de ir* a su Padre le enviaría el Espíritu Santo, se lo pide cuando aun no ha ido? Luego eso no se debe admitir. ¿Qué hay, pues, en ello? ¿Cuál es la verdadera solución?

24. Según otra lectura, *maldición*. Si se lee maldición, se entiende la sentencia del paraíso. *ara = maldición*. *Jara = alegría*.

25. La traducción latina da otro sentido muy diferente, que no tiene unión con el contexto. “*Ut ostenderet ita se rem habuisse*”. El sentido de la frase original Delwn, oti toiauta ta autou ninguna dificultad ofrece si se trauce a la letra, como se ve en el contexto de la versión española: pues el mismo Crisóstomo explica a continuación lo que quiere decir la frase de suyo vaga: “Tales son sus cosas: las cosas de Cristo”: el modo de obrar de Dios es muy distinto del de los hombres.

26. proCaloumenoV: La traducción latina cambia el sentido verdadero, al decir: SIBIQUE PROPONIT *singula explorare*.

HOMILIA XLII

TEXTO DEL EVANGELIO:

Cap. VI, v. 1. Después de esto, pasó Jesús al otro lado del mar de Galilea a la parte de Tiberíades, 2. y le seguía gran multitud, porque veían los milagros que hacía con los enfermos. 3. Y subió Jesús a un monte, y allí se sentó con sus discípulos.

4. Y estaba cerca la Pascua, día de la fiesta de los judíos.

5. Habiendo, pues, alzado los ojos, y viendo que venía a él una gran multitud, dice a Felipe: "¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?"

6. Y esto decía por probarle: porque El sabía lo que iba a hacer.

7. Felipe le respondió: "Doscientos denarios de pan no les bastan para que cada uno tome un poquito".

8. Dícele uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro. 9. "Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; mas esto ¿qué es para tantos?"

10. Y dijo Jesús: "Haced sentar la gente". Había en aquel lugar mucho heno. Sentáronse, pues, en número como cinco mil hombres.

11. Tomó, pues, Jesús los panes y habiendo dado las gracias, los repartió entre los que estaban sentados; y asimismo de los peces, cuanto querían. 12. Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípulos: "Recoged los pedazos que han sobrado, para que nada se pierda". 13. Recogieronlos, pues, y llenaron doce canastos de pedazos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido.

14. Así que aquellas gentes, viendo el milagro que hizo Jesús, decían: "Este es verdaderamente el Profeta que ha de venir al mundo".

15. Y Jesús, conociendo que había de venir para arrebatarle y hacerle Rey, huyó otra vez al monte El solo.

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Ceder, cuando se pueda, a ejemplo de Cristo (v. 1). Circunstancias contenidas en los vv. 2, 3, y 4.

II. El Señor hace confesar a Felipe la necesidad de pan, para hacer más evidente el milagro (vv. 5-7).

III. Expónese los vv. 8 y 9. Jesucristo ruega al Padre en las obras menos importantes; las más difíciles las hace por propia autoridad, para manifestar que, cuando ruega, no lo hace por necesidad sino en cuanto a su Humanidad santísima.

IV. Explicación de los vv. 11-13. Por qué Cristo quiso que los discípulos recogiesen las sobras: cómo los iba instruyendo.

V. Las turbas lo reconocen por el Profeta anunciado (v. 14). El Señor nos da ejemplo de huir de las dignidades terrenas (v. 15).

VI. Amenos, no la gloria caduca, sino la inmortal. Perora contra los espectáculos. No se debe dar dinero a los farsantes, sino a los pobres.

Cap. VI, v. 1. *Después de esto, pasó Jesús al otro lado del mar de Galilea a la parte de Tiberíades, 2. y le seguía gran multitud, porque veían los milagros que hacía en los enfermos. 3. Y subió Jesús a un monte, y allí se sentó con sus discípulos. 4. Y estaba cerca la Pascua de los judíos.*

No nos juntemos con los hombres perversos, amados (hijos): antes bien siempre que no puedan dañar nuestra virtud, aprendamos ¹⁴ a [ceder y] dejar libre el lugar a sus perversas asechanzas. Porque de este modo toda su fiereza queda enervada. Y así como cuando los proyectiles caen sobre una superficie tensa, dura y resistente, con grande ímpetu vuelven de rechazo a los que los dispararon; pero cuando la violencia del disparo no halla resistencia, al punto pierden su fuerza y cesan; de la misma manera cuando a los hombres fieros los tratamos del mismo modo, se enfurecen más; pero si cedemos y otorgamos, fácilmente enfrenamos toda su furia. Por esta razón también Jesucristo, cuando oyó que había llegado a oídos de los fariseos que El hacía más discípulos y bautizaba más que Juan, se fue a Galilea, extinguiendo así su envidia, y calmando con su retirada el furor, que era probable se había excitado en ellos con tales rumores. Por lo demás, al ir otra vez a Galilea no se dirigió a los mismos lugares que antes; pues no fue a Caná, sino al otro lado del mar. Y le seguían también grandes muchedumbres, porque veían los milagros que hacía. ¿Qué milagros? ¿Por qué no los especifica? Porque este Evangelista quiso gastar la mayor parte del libro en sus discursos y explicaciones populares. Y así mira cómo durante un año entero, y lo que es más, como aun ahora en la fiesta de la Pascua no nos dice más a propósito de milagros sino que curó al paralítico y al hijo del régulo. Y era que no trataba de enumerarlos todos, pues ni aun posible le hubiera sido, sino, entre otros muchos y grandes, sólo algunos.

2. *Y le seguía, dice, gran multitud, porque veían los milagros que hacía.* No procedía de firme convicción tal seguimiento. Ya que, gozando de tal doctrina, se dejaban arrastrar más por los milagros, cosa propia de ánimos muy crasos. Pues *los milagros* dice (San Pablo), *son para los incrédulos, no para los creyentes* (1 Cor., XIV, 22). No así el pueblo aquel que describe San Mateo, antes bien oye cómo se había: *Estaban todos atónitos por su doctrina, porque los enseñaba como quien tenía potestad* (Matth., VII, 28, 29).

Y ¿por qué razón ahora sube al monte, y allí se sienta con los discípulos?— Por el milagro que iba a suceder. Y si sólo subieron los discípulos, es culpa de la multitud que no le siguió. Ni es sólo esta la razón de subir al monte, sino también el enseñarnos a descansar siempre del alboroto y barullo de las cosas exteriores; porque para la virtud es conveniente la soledad. Y muchas veces sube El solo al monte y pasa la noche velando en oración, enseñándonos que sobre todo quien se acerca a Dios conviene que se libre de toda turbación y busque tiempo y lugar exento de tumulto.

4. *Y estaba cerca la Pascua, fiesta de los judíos.* ¿Cómo es pues, dirás, que El no va a la fiesta, sino que mientras todos se dan prisa por ir a Jerusalén, El va a Galilea y no a solas, sino llevando consigo a los discípulos, y de allí se va luego a Cafarnaúm?— Iba poco a poco quitando fuerza a la ley, tomando ocasión de la maldad de los judíos.

II

5. *Y habiendo alzado los ojos, ve una gran muchedumbre.* Aquí da a entender que nunca se sentaba sin razón especial con los discípulos, sino acaso para explicarles las cosas con más cuidado y enseñarlos, y volverlos más hacía sí; donde también se echa de ver sobre todo el cuidado que de ellos tenía y lo humilde y condescendiente de su trato con ellos. Pues estaban sentados con El, quizá mirándose mutuamente. Y luego *habiendo alzado los ojos, ve una gran multitud*, que se acercaba a El.

Los demás Evangelistas dicen que los discípulos se le acercaron y le rogaron y suplicaron que no los dejara ir en ayunas; este Evangelista (San Juan) nos pone delante a Felipe, a quien Cristo dirige una pregunta. Ambas cosas parecen haber sucedido, mas no al mismo tiempo, sino que aquel hecho es anterior a éste; de suerte que aquel es un suceso, y éste es otro diferente. Y ¿por qué pregunta a Felipe? Sabía bien quiénes de los discípulos necesitaban más doctrina. Y, en efecto, esto es el discípulo que después dice (en el cap. XIV, v. 4): *Muéstranos al Padre y nos basta*. Por eso le iba instruyendo desde atrás. Y, realmente, si hubiera hecho el milagro sin más, no hubiera aparecido tan grande; mas ahora primero le obliga a confesar la necesidad que había, para que, reconociendo en qué estado se hallaba, entendiera así con más perfección la grandeza del milagro que iba a tener lugar. Y

así mira lo que le dice (Jesús): *¿De dónde sacaremos tantos panes, que puedan comer éstos?* Lo mismo habló también a Moisés en la ley antigua; pues no hizo el milagro hasta haberle preguntado: *¿Qué es lo que tienes en tu mano?* (Exod., IV, 2). Y es que como las cosas extraordinarias y repentinas nos suelen infundir olvido de la situación de antes, primero le sujetó a confesar el estado presente, para que, cuando sobreviniera el asombro, ya no pudiera echar de sí la memoria de lo que había confesado; y así por comparación comprendiera la grandeza del prodigio. Lo cual ni más ni menos tuvo aquí lugar. Y así, preguntado, responde: *7. Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome un poco.*

6. *Y esto decía (Jesús) por tentarle: porque El sabía lo que iba a hacer.* ¿Qué quiere decir *por tentarle*? ¿No sabía acaso lo que le había de contestar?— Eso no se puede decir.— ¿Cual es, pues, el sentido de la frase? Por el Antiguo Testamento la podemos entender. Ya que también allí se dice: *Y sucedió que después de estas palabras tentó Dios a Abraham, y dijo: “Toma a tu hijo predilecto a quien amas, a Isaac”* (Gen., XXII, 1, 2). Claro está que esto no lo dice porque estuviera esperando a que por la experiencia se viera el resultado, si obedecería o no (¿cómo lo había de hacer así quien antes de ser las cosas las conoce todas?) sino que ambas frases están dichas a lo humano. Porque así como cuando dice: *Escudriña los corazones de los hombres* (Rom., VIII, 27), no da a entender un examen que proceda de ignorancia, sino al revés, conocimiento exacto; así también cuando dice *tentó*, no quiere decir sino que lo conocía muy bien. Y aun otra cosa se puede decir, y es, que le hacían manifestarse mejor probado, llevándole, así como a Abraham en otro tiempo, por medio de aquella pregunta al conocimiento perfecto del milagro. Y esta es efectivamente la razón por la cual el Evangelista, para que no sospechara algo inconveniente, por fijarte en la pobreza que indica la frase, añadió: *porque El bien sabía lo que iba a hacer.* Por lo demás, se debe observar, cómo, cuando hay lugar a una mala sospecha, al punto la corrige el Evangelista con todo empeño. Y por eso, así como aquí, para que nada semejante sospecharan los oyentes, añadió la corrección, diciendo: *porque El bien sabía lo que iba a hacer*, así también allí donde dice que los judíos le perseguían, *no sólo porque violaban el sábado, sino también, porque decía que su Padre era Dios, haciéndose igual a Dios*, el hubiera añadido el correctivo, si no fuese porque esta era una sentencia del mismo Cristo, confirmada con las obras.

Porque si en sus propias palabras teme el Evangelista que alguno sospeche, mucho más lo hubiera temido en lo que otros decían de El, si hubiera visto prevalecer alguna opinión inconveniente acerca de Cristo. Mas no lo hizo, porque vio que esta era la mente y decreto de Cristo incommovible. Por eso después de las palabras *haciéndose igual a Dios*, no uso de ninguna enmienda, por no ser esta una opinión torcida de ellos, sino verdad ratificada por las obras.

III

Después que Felipe fue preguntado, 8. *Andrés, el hermano de Simón Pedro, dijo: 9. "Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; mas esto ¿qué es para tanta gente?"* De modo más elevado que Felipe piensa Andrés, pero no llegó a entenderlo todo. Soy de parecer que aquello no lo dijo sin más, sino por haber oído los milagros de los profetas y el prodigio que hizo Eliseo con los panes. Con esto se elevó ciertamente a alguna altura, mas no subió hasta la cumbre.

Aprendamos de aquí nosotros, tan dados al placer, cuál era la comida de aquellos varones admirables y grandes, y veamos lo pobre de su mesa, tanto en la cantidad como en la calidad, e imitémoslos.

Las palabras siguientes indican bajeza de pensamiento. Después de haber dicho: *Tiene cinco panes de cebada*, añadió: *mas esto ¿qué es para tantos?* Porque juzgaba que con poco haría poco y con más haría más el obrador de milagros: lo cual era falso. Pues tan fácil le era a El con poco que con mucho hacer brotar los panes como de una fuente; pues no necesitaba de materia: tan sólo, para que no se creyera que las criaturas eran ajenas a su sabiduría, como calumniosamente decían después los pobres marcionitas, se valió de las criaturas mismas para objeto de sus milagros.

Cuando, pues, los dos discípulos estaban sin esperanza, entonces es cuando obra el milagro: y así sacaron ellos más provecho, habiendo primero confesado la dificultad de la obra, para que, al verla hecha, reconocieran el poder de Dios.

Porque como había de hacer un milagro obrado también por los profetas, aunque no del mismo modo, y lo había de hacer después de dar primero las gracias; mira cómo, tratando de evitar que cayeran en alguna opinión poco digna de El aun con el modo de obrarlo levanta

su mente y hace ver la diferencia. Y así, ya antes de aparecer allí los panes hace el milagro, para que reconozcas que lo que no es le está sujeto lo mismo que lo que es, según lo dice San Pablo: *El que llama a lo que no es, como a lo que es* (Rom., IV, 17). Pues al punto los mandó recostarse, como si ya estuviera la mesa dispuesta y preparada. De esta manera elevó aun por este medio la mente de los discípulos. Y porque de la pregunta habían sacado fruto, al punto obedecieron, y no se turbaron, ni dijeron: “¿Qué es esto? ¿Cómo mandas recostarse la gente, si no aparece nadie en medio?” Y así, antes de ver el milagro, comenzaron a creerlo los mismos que al principio desconfiaron tanto, que decían: “¿Dónde compraremos panes?” Y aun con toda resolución hicieron que se recostasen las turbas.

Pero bien, y ¿por qué al sanar al paralítico no ruega, ni tampoco al resucitar a un muerto, ni al poner freno a la mar; y lo hace aquí en el milagro de los panes?— Para hacer ver que al comenzar a comer se deben dar gracias a Dios.— Y además hace esto en las obras de menos importancia, para que entiendas que no lo hace por necesidad. Que si por necesidad lo hiciera, con más razón lo debiera haber hecho en las obras mayores. Pero quien éstas las hacía con autoridad, claro está que en las otras obraba humanándose. Además de que, como había gran muchedumbre, convenía que quedara persuadida de que El había venido conforme a la voluntad de Dios. Y por esta razón, cuando El obra a solas algún milagro, no hace ninguna demostración semejante; pero cuando lo hace ante muchos, para que crean que no es contrario a Dios ni opuesto a quien le engendró, quita toda sospecha con la acción de gracias.

IV

11. *Y dio a los que estaban sentados, y quedaron hartos. ¿Ves aquí cuánta es la diferencia entre los siervos y el Señor? Ellos, como tenían la gracia con medida, obraban los milagros conforme a ella; pero Dios, como quien obraba con potestad absoluta, todo lo llevara a cabo con autoridad.* 12. *Y dijo a sus discípulos: “Recoged los pedazos que han sobrado”.* 13. *Y ellos los recogieron, y llenaron doce canastos.* No era esto una ostentación superflua, sino para que no se tuviera el hecho por pura imaginación: y por este motivo hace también el milagro valiéndose de materia preexistente.

Y ¿por qué razón no se los da a las turbas para que los lleven, sino a los discípulos? Porque a ellos era a quienes principalmente quería instruir, como a maestros que habían de ser de todo el mundo. Pues la multitud no había de sacar gran fruto de los milagros por entonces, y así, en efecto, en seguida se olvidaron y pedían otro milagro; pero ellos habían de sacar provechos nada vulgares. Y era al mismo tiempo para Judas condenación no ordinaria el llevar el canasto.— Y que esto se hiciera puesta la mira en instruirlos, se descubre por lo que más tarde se dijo cuando (Cristo) les trajo a la memoria el suceso, diciéndoles: *¿Aun no paráis mientras en cuántos canastos alzasteis?* (Matth., XVI, 9). Y el ser precisamente los canastos de fragmentos del mismo número que los discípulos obedecía también a la misma causa. Pero más tarde, cuando ya estaban instruidos, ya no sobraron en tanto número, sino siete espuertas (Id., XV, 37). Mas yo no me admiro tan solo de la muchedumbre de los panes; sino también, junto con esto, de la exactitud de las sobras, de suerte que no hizo que sobrara ni más ni menos, sino justamente cuanto quería, previendo cuánto habían de consumir; lo cual era efecto de inefable poder. Confirmaron, pues, el milagro, los fragmentos, haciendo ver dos cosas: que el hecho no era imaginario, y que había sobrado los panes que se habían comido. El milagro de los peces se hizo, valiéndose de los que ya había; pero después de la resurrección se obró sin materia preexistente. ¿Por qué razón? Para que entendieras que también ahora usaba de la materia, no por indigencia ni porque necesitara de ella como base, sino para tapar la boca a los herejes.

V

14. *Y las turbas decían: “Este es verdaderamente el Profeta”.* ¡Oh fuerza excesiva de la gula! Innumerables milagros había hecho más maravillosos, y jamás confesaron esto, sino sólo cuando estuvieron hartos. Por aquí parece claro que esperaban a un Profeta eximio. Porque aquellos decían: *¿Eres tú el Profeta?* Y éstos: *Este es el Profeta.*

15. *Y Jesús, conociendo que había de venir para arrebatarle y hacerle Rey, se retiró al monte.* ¡Cielos, qué tiranía la de la gula! ¡Qué volubilidad de ánimo! Ya no les da cuidado la transgresión del sábado; ya no celan por la honra de Dios, sino que todo lo echaron a un lado, una vez lleno su vientre.

Era, pues, tenido de ellos por Profeta, y le iban a elegir por Rey; pero Cristo huye. ¿Cómo así? Para enseñarnos a despreciar las dignidades del mundo y hacernos ver que no le hace falta cosa alguna de la tierra. Porque quien todo lo escogió humilde, madre, casa, ciudad educación, vestidos, no había de querer luego brillar en la tierra. Lo celestial, todo en El era espléndido y grande: los ángeles y la estrella, el Padre aclamándole, el Espíritu Santo dando testimonio de el, los profetas anunciándole de muy atrás; pero lo de la tierra todo humilde, para que así aparezca mejor su poder. Y era que vino para enseñarnos a despreciar lo de aquí y a no admirar ni atender con pasmo a lo que brilla en esta vida, sino burlarnos de todo ello y amar lo venidero. Que quien admira lo de aquí, no admirará lo del cielo. Por este motivo dijo también a Pilatos: *Mi reino no es de aquí* (Joann., XVIII, 36), para que no creyera que el usaba de temor y poder humanos para persuadir. ¿Cómo es, pues, que el Profeta dijo: *He aquí que tu Rey viene a ti, manso y sentado sobre un jumento?* (Zachh., IX, 9). Porque se refiere al reino de los cielos, no a éste. Y por lo mismo otra vez dice: *No recibo gloria de parte de los hombres.*

VI

Aprendamos, pues, amados (hijos) a despreciar y no desear el honor de los hombres. Hemos sido honrados con una honra tan grande, que, comparada con ella, la humana es verdaderamente afrenta, risa y comedia. Así como la riqueza de aquí enfrente de aquella es pobreza, y esta vida sin aquella es muerte (*Deja, dice, a los muertos sepultar a sus muertos* [Matth., VIII, 22]), pues lo mismo esta gloria ante aquella es vergüenza y ridiculez. No vayamos, pues, en pos de ella. Porque si los mismos que la dan son más despreciables que sombra y sueño, mucho más lo será la gloria misma; como que la *gloria del hombre es como flor de heno* (Is., XL, 6); y ¿qué hay más vil que la flor del heno? Pero aunque fuera algo sólido, ¿qué podría aprovechar al alma? Nada; antes infiere gravísimo daño haciendo esclavos, esclavos peores que los venales, esclavos no sólo de un señor, sino obedientes a dos y tres e infinitos que mandan cosas diferentes. ¿Cuánto mejor no es ser libre que siervo, libre, digo, de humana servidumbre, pero siervo del imperio de Dios? Mas al cabo, si quieres amar la gloria, ama la gloria, pero la inmortal. Porque más glorioso es

el teatro de ella y mayor la ganancia. Estos de aquí te mandan agradecerles a costa tuya; pero Cristo, todo lo contrario. El te da, en efecto, cien veces más de lo que le das tú, y a todo ello añade la vida eterna. ¿Qué es, pues, mejor: ser admirado en la tierra, o en los cielos? ¿por los hombres o por Dios? ¿con daño, o con provecho? ¿ser coronado para un día, o serlo para siglos infinitos?

Da al necesitado y no des al comediante, no sea que con tu dinero pierdas también su alma, pues tú eres causa de su ruina por el intempestivo aprecio que hace de él. Si supieran los que salen a la escena, que de su arte no habían de sacar ganancia, tiempo ha que hubiera cesado de ejercitarlo; pero como te ven aplaudir, concurrir, gastar, agotar todos tus recursos, aunque no quisieran ocuparse en ello, se ven detenidos por la codicia de la ganancia. Si conocieran que nadie había de alabar sus cosas, pronto desistirían de su trabajo por la falta del lucro; mas como ven que lo hacen es objeto de la admiración de muchos, la alabanza se les convierte en cebo. Desistamos, pues, de gastar inútilmente, y aprendamos en qué cosas y cuándo conviene gastar. No vayamos a provocar la ira de Dios por entrambos lados, por acaparar de donde no conviene, y por desparramar en lo que no se debe. ¿Qué ira no merece el que da a la mujer perdida y pasa por alto al pobre? Pues, aún dado caso que lo dieras de tu justo trabajo, ¿no sería culpable dar retribución a la maldad y honrar aquello que se debiera castigar? Pues si despojando a los huérfanos y haciendo injusticia a las viudas fomentadas la lascivia, considera qué fuego estará preparado para los que tales desmanes se atreven a cometer. Oye lo que dice Pablo: *No sólo hacen ellos estas cosas, sino que aprueban a los que las hacen* (Rom., I, 32).

Tal vez os he herido en lo vivo; pero si yo no os hiriera, aguarda el suplicio real y verdadero a los que pecan sin enmendarse. ¿Qué aprovechará el agradar de palabra a los que han de ser atormentados de hecho?

¿Apruebas al bailarín, le alabas, le admiras. Pues has llegado a ser peor que él. Porque a él la pobreza le es alguna excusa, aunque no razonable; pero tú ni aun esa defensa tienes. Si le pregunto a él: “¿Por qué, dejadas las otras artes, escogiste esa, perversa y execrable?”, responderá: “Porque puedo con poco trabajo ganar mucho”. Pero si te pregunto a ti por qué admiras al que vive en la lascivia y corrompiendo a muchos, no puedes acogerte a la misma excusa, sino que te ves precisado a bajar la cabeza y cubrirte de vergüenza y de rubor. Y si

nada podrías decir pidiéndote cuentas yo mismo, dime: cuando esté delante aquel terrible e inexorable tribunal donde hemos de dar cuenta de los pensamientos y de las obras y de todo, ¿cómo estaremos? ¿con qué ojos miraremos al Juez? ¿qué diremos? ¿cómo nos defendéremos? ¿qué excusa alegaremos, razonable o no razonable? ¿la del gasto? ¿la del deleite? ¿la de la ruina de los demás, a quienes perdemos por medio de aquel arte? Nada de esto se puede decir: antes fuerza es ser castigados con suplico que no tiene fin, que no reconoce límite. Pues para que tal no suceda, ya desde ahora seamos cautos en todo, para que, saliendo de aquí con buenas esperanzas, logremos los bienes eternos, que ojalá todos alcancemos por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XLVI

TEXTO DEL EVANGELIO:

Cap. VI, v. 41. Murmuraban, pues, los judíos de él, porque dijo: "Yo soy el pan que bajó del cielo". 42. Y decían: "¿No es éste Jesús, el hijo de José, de quien nosotros conocemos al padre y a la madre? Pues ¿cómo dice: "Del cielo bajé?"

43. Respondió, pues Jesús y les dijo: "No murmuréis unos con otros.

44. "Nadie puede venir a Mí, si el Padre que me envió no le trajere, y Yo le resucitaré en el último día. 45. Está escrito en los profetas: Y serán todos enseñados de Dios. Todo el que oyó del Padre y aprendió, viene a Mí.

46. "No que al Padre le haya visto alguien, sino aquel que procede de Dios, ese ha visto al Padre. 47. En verdad, en verdad os digo: el que cree en Mí tiene vida eterna.

48. "Yo soy el pan de la vida. 49. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. 50. Este es el pan que baja del cielo, para que uno coma de él y no muera.

51. "Yo soy el pan vivo, que bajé del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo". 52. Altercaban, pues, unos con otros los judíos, diciendo: "¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?..."

53. Díjoles, pues, Jesús: "En verdad, en verdad os digo: si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. 54. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día.

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Expónense los vv. 41-43. Bajeza de los judíos.

II. Vv. 44, 45.

III. V. 54.

IV. V. 51. Oportunidad de las palabras de Cristo. Con ellas afianza más en su seguimiento a los discípulos.

V. En cambio, las turbas huyen de Él. Insensatez de los judíos, que en la Eucaristía preguntan *cómo* puede ser, siendo así que en la multiplicación de los panes no preguntaban *cómo* se multiplicaron.

VI. Exhortación a recibir la Eucaristía. Pondéranse elocuentísimamente el amor de Cristo y

VII. Los efectos y excelencias de la Eucaristía.

VIII. Gravísimo crimen de los que indignamente comulgan.

I

Cap. VI, v. 41. Murmuraban, pues, los judíos de Él, porque decía: "Yo soy el pan que bajó del cielo" 42. Y decían: ¿No es éste el hijo

de José, de quien nosotros conocemos al padre y a la madre? ¿Cómo dice, pues, que bajó del cielo?"

Escribiendo a los filipenses, dijo San Pablo de algunos judíos: *Cuyo Dios es el vientre y su gloria está en su ignominia* (Philipp., III, 19). Y que también éstos eran judíos, manifiesto es por lo que precede, y manifiesto no menos por lo que decían acercándose a Cristo. Pues cuando les dio pan y sació su hambre, llamábanle Profeta y trataban de hacerle Rey; pero cuando los instruía sobre el alimento espiritual, sobre la vida eterna; cuando los desviaba de las cosas sensibles, cuando les hablaba de la resurrección y levantaba sus ánimos, cuando más que nunca debieran admirarle, entonces murmuran y se retiran de El. Ahora bien: si éste era el profeta, como antes lo dijeron (*Porque éste es aquel de quien Moisés dijo: "Un Profeta como yo os suscitará Dios de entre vuestros hermanos; a él oíd*) (Deut., XVIII, 15), debieran oírle, cuando decía: *Del cielo bajé*(42). Mas no le oían, antes murmuraban. Todavía le respetaban, por estar reciente el milagro de los panes, por eso no le contradecían abiertamente; pero murmurando manifestaban su disgusto, porque no les dio el alimento que ellos querían. Y murmuraban, diciendo: *¿No es éste el hijo de José?* Por donde es manifiesto que todavía ignoraban su admirable y extraordinaria generación: por eso le llaman hijo de José. Y no los reprende, ni les dice: No soy hijo de José; no porque lo fuese, sino porque aun no estaban en disposición de oír aquella maravillosa concepción. Y si no podían oír la concepción según la carne, ¡cuánto menos aquella otra divina e inefable! Si lo más humilde no se lo descubrió, ¡cuánto menos había de comunicarles aquellas cosas!

Y eso que precisamente les ofendía que fuese de padre despreciable y vulgar; y, sin embargo, no les reveló aquello, no fuera que, por quitar un escándalo, les diera ocasión de otro.

¿Qué es, pues, lo que responde a las murmuraciones de ellos? 44. *Nadie puede venir a Mí, si el Padre que me envió no le trajere.* Con esto se levantan los maniqueos; diciendo, que no está nada en nuestras manos, dado que esta es la prueba de ser dueños de nuestra voluntad. Porque si uno va a El, dicen: ¿qué falta hace llevarle?— Mas esto no quita nuestro albedrío, antes declara que necesitamos de auxilio, porque prueba aquí que no va cualquiera, sino quien tiene grande socorro de la gracia.

A continuación enseña también el modo cómo atrae. Pues para que no sospecharan de nuevo en Dios algo material, añadió: *No que al*

Padre le haya visto alguien, sino el que procede de Dios, ése ha visto al Padre. Pues, ¿cómo atrae? dirás.— Esto lo declaró antes el Profeta, vaticinándolo con estas palabras: 45. *Serán todos enseñados de Dios.* ¿Ves la dignidad de la fe, y cómo han de aprender, no de hombres, sino del mismo Dios? Por esta razón para conciliar crédito a sus palabras, los remitió a los profetas. Pero si está escrito, dirás, que serían todos enseñados de Dios, ¿cómo algunos no creen?— Porque aquello se dijo de la mayor parte. Fuera de que, aun sin eso, la sentencia del Profeta no se refiere a todos simplemente, sino a todos los que quieran. A todos se les propone Maestro, dispuesto a presentar a todos su enseñanza, derramando a todos su doctrina.

III

54. *Y Yo le resucitaré en el último día.* No es poca la dignidad del Hijo que aquí se significa; dado que el Padre atrae, y el Hijo resucita: no porque separe sus obras del Padre, de ningún modo, sino demostrando la igualdad de su poder. Porque así como allí, al decir: *Y el Padre que me envió da testimonio acerca de Mí*¹⁵, a continuación para que algunos no inquiriesen curiosamente sobre las palabras los remitió a las Escrituras, así también aquí, para que no sospechasen lo mismo, los remite a los profetas, alegándolos a cada paso, para probar que no era contrario al Padre.

Pero ¿qué? dirás, ¿y los de antes no fueron también enseñados de Dios? Pues, según eso, ¿qué hay aquí de ventajoso?— Que entonces aprendían las cosas de Dios por medio de hombres; mas ahora por medio del Unigénito Hijo de Dios y del Espíritu Santo.

Inmediatamente añade: *No que al Padre le haya visto alguien, sino el que procede de Dios:* donde no dice proceder de Dios en razón de causa (como efecto), sino según el modo de la substancia (por generación); pues si lo dijera en razón de causa, todos procedemos de Dios; y entonces, ¿en qué estuviera lo eximio y singular del Hijo?

Mas ¿por qué, dirás, no lo expresó con mayor claridad?— Por la debilidad de ellos, ya que si al oír: *Baje del cielo*, de tal modo se escandalizaron, ¿qué les hubiera pasado si también esto hubieses añadido?

Y llámase a sí mismo *Pan de vida*, porque sustenta nuestra vida, tanto la presente como la futura; por lo cual añadió: *¡El que coma de*

este pan vivirá para siempre! Y pan llama aquí, o bien los dogmas saludables y la fe en El, o bien su propio Cuerpo. Pues ambas cosas fortalecen al alma. Pues bien: con ser así que en otra parte, al decir El: *Si alguno oyere mi palabra, no probará la muerte* (Joan., VIII, 52), se escandalizaron; aquí no les sucedió lo mismo, quizá porque todavía le respetaban a causa de los panes.

Mira, además, por dónde establece la diferencia con respecto al maná: por el fin de entrambos alimentos. En efecto: haciendo ver que el maná no trajo ninguna utilidad extraordinaria, añadió: *Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron*. A continuación endereza el discurso a persuadirlos, sobre todo, que ellos recibieron beneficios mucho mayores que sus padres, insinuando a Moisés y a aquellos admirables varones. Por eso, después de haber dicho que los que comieron el maná murieron, añadió: *58. El que come de este pan vivirá para siempre*. Y no en vano dijo las palabras *en el desierto*, sino para insinuar que ni duró mucho tiempo, ni fue con ellos a la tierra de promisión. Mas no así este otro pan.

IV

51. Y de cierto, le pan que Yo daré es mi carne, la cual Yo daré por la vida del mundo. Justamente pudiera alguno dudar y preguntar aquí por qué habló en esta ocasión tales palabras, que nada edificaban ni aprovechaban, sino más bien perjudicaban a lo ya edificado. *66. Desde entonces, dice, muchos de sus discípulos se volvieron atrás, diciendo: 60. “Duro es este razonamiento, y ¿quién puede oírlo?”* Ya que estas cosas se comunicaban sólo a los discípulos, como dijo San Mateo: *Hablábales aparte* (Marc., IV, 34). ¿Qué decir, pues a esto?—Que también ahora era mucha la utilidad y la necesidad de estas palabras. Pues como instaban pidiendo alimento, pero corporal, y ya que recordándole el que había sido dado a sus padres, llamaban excelente al maná; para demostrar que todo aquello no era sino sombra y figura, y que el de ahora era la verdad, les habla del alimento espiritual.

Pero, replicarás, debiera decírseles: Vuestros padres comieron el maná en el desierto, mas Yo os he dado pan.—Pero había gran diferencia. Porque esto parecía menos que aquello; ya que el maná había bajado del cielo, y el milagro de los panes se había hecho en la tierra.

Pues como pidiesen alimento bajado del cielo, por eso continuamente decía: *Del cielo bajé*. Y si alguno investigare por qué motivo habló también acerca de los misterios (de la Eucaristía), responderémosle que esta era una ocasión muy oportuna. Porque la obscuridad de las palabras suele excitar a los oyentes, y hacerlos más atentos; por tanto, no debieran escandalizarse, antes bien preguntar e informarse. Mas ellos se retiraban. Pues si le tenían por Profeta, debieran creer a sus palabras. Así que el escándalo procedía de su necedad, no de la obscuridad de las palabras.

Tú en tanto considera cómo poco a poco estrechó más consigo a los discípulos; pues ellos son los que decían: 68. *Palabras de vida tiene, ¿adónde iremos?*

Por lo demás, a sí mismo se presenta aquí como dador, no al Padre. 51. *E pan*, dice, *que Yo daré, es mi carne*.

No así las turbas, sino al contrario. *Duro es este razonamiento*, dicen, y por eso se retiran.

Ahora bien, no era nueva ni diferente la doctrina; pues ya antes la había insinuado San Juan, al llamarle Cordero.— Pero, dirás, ellos no lo entendieron.— Verdad es, lo confieso; mas tampoco lo sabían los discípulos. Porque si de la resurrección no tenían aún claro conocimiento, y por eso ignoraban el sentido de las palabras: *Destruid este templo, y en tres días lo levutare* (Joan., II, 19); mucho menos entenderían estas otras palabras, que eran más obscuras. Porque (tratándose de la resurrección) sabían que habían resucitado algunos profetas, por más que no lo digan tan claro las Escrituras, pero ninguno de ellos dijo en parte alguna que un hombre comiese la carne de otro hombre ¹⁶. Mas con todo eso, obedecían y le seguían, y confesaban que El tenía palabras de vida eterna. Propio es de un discípulo no examinar curiosamente las palabras del maestro, sino oírlas y obedecer, y esperar el tiempo oportuno de la solución.

Mas ¿qué decir, replicaréis, si aconteció lo contrario, y le volvieron la espalda?— Eso fue por la insensatez de ellos; porque una vez que se introduce la cuestión “cómo”, entra juntamente la incredulidad. Así se turbó también Nicodemus, diciendo: *¿Cómo puede el hombre entrar en el vientre de su madre?* Lo mismo que éstos se turban, diciendo: *¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?*— Pues si preguntas el cómo, ¿por qué acerca de los panes no preguntabas, cómo multiplicó los cinco en tantos otros?— Porque entonces sólo atendían a quedar hartos, no a ver el milagro.

Pero entonces, dirás, los enseñó la experiencia.— Luego por aquella experiencia debieran dar crédito también a lo de ahora. Puesto que por eso hizo de antemano aquel milagro tan extraordinario, para que, aleccionados con él, no fuesen incrédulos a lo que después les dijera.

IV

Pero ellos, al fin, no sacaron fruto de las palabras y nosotros, en cambio, gozamos del beneficio de las obras. Por lo cual es necesario que nos informemos del milagro de los misterios (eucarísticos), a saber, en qué consisten, por qué se dieron y cuál es su utilidad.

Un cuerpo nos hacemos, dice (el Apóstol), *y miembros de su carne y de sus huesos* (Eph., V, 30). Sigán los iniciados este razonamiento.

Pues bien: para que esto lleguemos a ser no solamente por el amor, sino también en realidad, mezclémonos con aquella carne; porque esto se lleva a cabo por medio del manjar que el nos dio, queriendo darnos una muestra del vehemente amor que nos tiene. Por eso se mezcló con nosotros, y metió cual fermento en nosotros su propio cuerpo, para que llegáramos a formar un todo, como el cuerpo unido con su cabeza. Pues esta es prueba de ardientes amadores. Y así Job, para darlo a entender, lo decía de sus siervos, de quienes eran tan excesivamente amado, que deseaban ingerirse en sus carnes; ya que para mostrar su ardiente amor, decían: *!Quién nos diera de sus carnes, para hartarnos!* (Job. XXXI, 31). Pues por eso hizo lo mismo Cristo, induciéndonos a su mayor amistad, y demostrándonos su amor ardentísimo hacia nosotros; ni sólo permitió a quienes le aman verle, sino también tocarle, y comerle y clavar los dientes en su carne, y estrecharse con El, y saciar todas las ansias de amor. Salgamos, pues, de aquella mesa, como leones, respirando fuego, terribles a Satanás, con el pensamiento fijo en nuestro Capitán y en el amor que nos ha mostrado. A la verdad, muchas veces los padres entregan los hijos a otros para que los sustenten; mas Yo, dice, no así, antes os alimento con mi propia carne, a Mí mismo me presento por manjar, deseoso de que todos seáis nobles, y ofreciéndoo buenas esperanzas acerca de los bienes venideros. Porque quien aquí se os dio a sí mismo, mucho más en la vida venidera. Quise hacerme hermano vuestro; por vosotros participé de carne y sangre; de nuevo os entrego la carne y la sangre, por medio de las cuales me hice pariente vuestro.

VII

Esta sangre produce en nosotros floreciente la imagen de nuestro Rey, ella causa inconcebible hermosura, ella no deja que se marchite la nobleza del alma, regándola continuamente y sustentándola. La sangre que en nosotros se forma de los manjares no se forma inmediatamente, sino primero es otra substancia; no así esta otra sangre, antes bien desde luego riega el alma y le infunde grande fuerza. Esta sangre, dignamente recibida, ahuyenta y aleja a los demonios y atrae a los ángeles hacia nosotros y al mismo Señor de los ángeles; pues dondequiera que ven la sangre del Señor, huyen los demonios y concurren los ángeles. Esta sangre derramada lavó todo el mundo. Muchas cosas dijo de esta sangre el bienaventurado San Pablo en la epístola a los hebreos. Esta sangre purificó el santuario y el *Sancta Sanctorum*. Y si la imagen de ella tuvo tanta eficacia, ora en el templo de los hebreos, ora en medio de Egipto, puesta sobre los umbrales, ¡cuánto más podrá la verdadera y real! Esta sangre santificó el altar de oro. Sin esta sangre no se atrevía el sacerdote a entrar en el santuario. Esta sangre ordenaba a los sacerdotes. Esta sangre lavaba los pecados en sus figuras. Y si en las figuras tuvo tanta fuerza, si ante la sombra de ella se estremeció la muerte, dime, ¿cómo no ha de temblar ante la misma realidad? Ella es la salud de nuestras conciencias, con ella se lava el alma, con ella se hermosea, con ella se inflama; ella hace el alma más resplandeciente que el fuego; ella, apenas derramada, hizo accesible el cielo.

¡Tremendos son, en verdad, los misterios de la Iglesia! ¡tremendo es el altar! Brotó del paraíso una fuente que derramaba ríos materiales: de esta mesa brota una fuente, de la que corren ríos espirituales. Junto a esta fuente están plantados, no ya sauces estériles, sino árboles que se yerguen hasta el cielo, y llevan fruto siempre en sazón e inmarcesibles. Si alguno se abrasa, véngase a esta fuente y refrigere el ardor. Pues ella deshace el bochorno y refresca todo lo ardiente, y no sólo lo quemado del sol, sino aun lo inflamado por aquellas saetas de fuego, ya que tiene su principio y origen en el cielo, de donde recibe su riego. Muchos son los arroyos de esta fuente, los cuales envía el Paráclito. Y hácese el Hijo mediador, no ya abriendo camino con la azada, sino disponiendo nuestros ánimos. Esta fuente es fuente de luz, que brota rayos de verdad. Ante ella asisten aun las potestades del cielo, fija la mirada en la hermosura de sus corrientes, ya que ellas

contemplan con mayor claridad la eficacia de la oblación eucarística y sus inaccesibles destellos de luz. Pues así como si uno metiera en el oro derretido, si posible fuese, la mano o la lengua, al punto las transformaría en oro; así también, y aun mucho más, aquí obra la Eucaristía en el alma estos efectos. Bulle hirviendo este río más que fuego; mas no quema, sin que lava tan sólo cuanto a su paso encuentra.

Esta sangre era continuamente prefigurada de antiguo en los altares, en las muertes de los justos. Ella es el precio del mundo; con ella compró Cristo la Iglesia, con ella la hermoseó toda entera. Pues a semejanza de un hombre que para comprar esclavos da oro, y si quiera adornarlos emplea oro, así también Cristo con sangre nos compró y con sangre nos hermoseó. Los que de esta sangre participan asisten a una con los ángeles, con los arcángeles y con las soberanas potestades, vestidos de la misma real estola de Cristo y provistos de las armas espirituales. Mas nada grande he dicho todavía: vestidos están del mismo Rey.

VIII

Pero así como es cosa grande y admirable, así mientras te acerques con pureza, te acercas para salud; pero si con mala conciencia, para suplicio y venganza. *Porque quien come, dice, y bebe indignamente del Señor, su condenación se come y se bebe* (1 Cor., X, 1, 29). Si, pues, los que manchan la púrpura imperial son castigados lo mismo que los que la rasgan, ¿qué hay de extraño en que los que reciben el Cuerpo de Cristo con impura conciencia sufran el mismo suplicio que los que le desgarraron con los clavos? Considera, en efecto, cuán terrible castigo dio a entender San Pablo cuando dijo: *Uno que atropella la ley de Moisés, muere sin misericordia, sobre el testimonio de dos o tres. ¿De cuánto peor castigo pensáis que será juzgado digno quien al Hijo de Dios holló, y reputó inmunda la sangre del testamento, con la que fue santificado!* (Hebr., X, 28, 29).

Miremos, pues, por nosotros mismos, amados (hijos), y a que tales bienes gozamos, y cuando nos viniere al pensamiento decir algo torpe o nos viéremos arrebatar de la ira o de alguna otra pasión, reflexionemos de qué beneficios hemos sido objeto, de qué Espíritu hemos gozado, y este pensamiento será freno de nuestros irracionales

apetitos. ¿Hasta cuándo, si no, hemos de estar enclavados a las cosas de la tierra? ¿Hasta cuándo estaremos sin despertar? ¿Hasta cuándo no hemos de cuidar de nuestra salvación? Consideramos qué beneficios se ha dignado hacernos Dios: démosle gracias, glorifiquémosle, no sólo por la fe, sino también por las obras, para que alcancemos también los bienes venideros, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea al Padre la gloria, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LIV

TEXTO DEL EVANGELIO:

Cap. VIII, v. 31. Decía, pues, Jesús a los judíos que en El habían creído: "Si vosotros perseverareis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos, 32. y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres".

33. Le respondieron: "Hijos somos de Abraham, y de nadie hemos sido jamás siervos: pues ¿cómo dices tú: Seréis libres?"

34. Jesús les respondió: "En verdad, en verdad os digo, que todo aquel que comete el pecado siervo es del pecado. 35. Y el siervo no queda en la casa para siempre, el hijo queda para siempre.

36. "Si, pues, el Hijo os libertare, verdaderamente seréis libres.

37. "Se que sois hijos de Abraham, pero tratáis de matarme, porque mi palabra no cabe en vosotros.

38. "Yo hablo lo que vi en mi Padre, y vosotros hacéis lo que visteis en vuestro padre".

39. Le respondieron y dijeron: "Nuestro padre es Abraham". Díceles Jesús: "Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham. 40. Mas ahora tratáis de matarme; siendo hombre que os he dicho la verdad que oí de Dios. Abraham no hizo eso. 41. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre". Ellos le dijeron: "Nosotros no nacimos de fornicación; un padre tenemos, que es Dios".

42. Díjoles, pues, Jesús: "Si Dios fuese vuestro padre, me amaríais, porque Yo de Dios salí y vengo; ni vine de Mí mismo, sino que El me envió. 43. ¿Por qué no conocéis mi lenguaje? Porque no podéis oír mi palabra. 44. Vosotros sois (hijos) de vuestro padre el diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. El fue homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de lo suyo habla, porque es mentiroso y el padre de ella.

45. "Y porque yo digo la verdad, no me creéis.

46. "¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? Si os digo verdad, ¿porqué no me creéis?

47. El que es de Dios, oye las palabras de Dios. Por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios".

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Jesucristo reprime la soberbia a los judíos (vv. 312, 32).

II. Arrogancia de los judíos (v. 33). Servidumbre del pecado (v. 34).

III. Expone el v. 35. El siervo es Moisés, que se contrapone al Hijo, que es Jesucristo. El Hijo es dueño de la casa, del mismo poder que el Padre (v. 36), pues El puede por propia autoridad librar de la servidumbre del pecado.

IV. Para que no se excusen diciendo que no tienen pecado, les pone delante su injusto deseo de matarle, que procedía de no poder sobrellevar su palabra (v. 37), la cual, sin embargo, no era de invención humana, sino verdad divina (v. 38).

V. Respuesta de los judíos. Nuestro Señor les prueba que por su conducta no son hijos de Abraham (vv. 39, 40), ni tampoco hijos de Dios, sino del diablo (vv. 41-44). El diablo fue homicida y mentiroso, y ellos son también homicidas y (v. 45) enemigos de la verdad.

VI. Los judíos no quieren entender el lenguaje de Cristo (v. 43). El Señor reprende su obstinación. El pecado hace el ánimo vil y le ciega.

VII. Exhortación a arrebatarse el reino de los cielos. Para arrebatarse una cosa es preciso echar primero lo que se tiene entre las manos.

I

Cap. VIII, v. 31. *Decía, pues, Jesús a los judíos que en El habían creído: "Si vosotros perseverais en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos, 32. y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.*

Mucha paciencia necesita nuestra vida, amados (hijos). Y la paciencia se obtiene, cuando la doctrina está arraigada en lo profundo. Así como a una encina que echa raíces en los senos más hondos de la tierra, y se afianza con toda fuerza, no hay viento que con sus acometidas la pueda arrancar; así tampoco al alma enclavada con el temor de Dios, nadie podrá derribarla; pues más que estar arraigado es estar enclavado. Por eso el Profeta, ruega, diciendo: *enclava mis carnes con tu temor* (Ps. CXVIII, 120). Así, pues, clávate y sujétate como con un clavo atornillado. Porque así como estos tales difícilmente se dejan vencer, así los que no están fijos fácilmente son cogidos y deshechos. Esto es lo que en otro tiempo sucedió a los judíos. Después de haber oído y creído, de nuevo fueron derribados. Queriendo, pues, Jesucristo hacer su fe más profunda para que no fuera superficial, socava sus ánimos con palabras más punzantes; pues debían, si creían, sufrir las reprensiones; mas al instante se irritaban. Y ¿cómo lo hacen? En primer lugar los exhorta: *Si vosotros perseverareis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos, y la verdad os hará libres*, que era casi decirles: Os voy a abrir una herida muy honda, mas no os turbéis. Antes bien, con esto reprimió la hinchazón de su soberbia. Y ¿de qué los librará? De los pecados. ¿Y qué responden aquellos arrogantes? 33. *Hijos somos de Abraham, y de nadie hemos sido jamás siervos.* Al punto cayeron de ánimo; y esto no sucedió sino porque los fascinaban las cosas de la tierra.

La sentencia *si permaneciereis en mi palabra*, era propia de quien descubría lo que ellos tenían en el corazón, y sabía que habían creído, pero no perseveraron. Porque *muchos de sus discípulos volvieron atrás, y no andaban ya con el al descubierto* ¹⁷ (Joann., VI, 66).

Conoceréis la verdad (VIII, 32), esto es, a Mí; porque *Yo soy la verdad*. Todo lo de los judíos era figura: la verdad la aprenderéis de Mí, y ella os librará de los pecados. Pues así como a aquellos les decía:” *Moriréis en vuestros pecados*, así a éstos dijo: *La verdad os hará libres*.

II

Y no dijo: Os libraré de la servidumbre; sino que esto se lo dejó a su inteligencia. Y ¿qué responden ellos? *Hijos somos de Abraham, y de nadie jamás hemos sido siervos*. Si enfadarse debieran, más debieran hacerlo por lo primero, por haberles dicho: *Conoceréis la verdad*; y responder:”¿Cómo así? ¿Luego ahora no sabemos la verdad? ¿Luego la ley y nuestro conocimiento son mentira?” Mas de nada de esto se les imploraba; sólo se dolían de lo terreno, y esta era la servidumbre que entendían. Hay también ahora, los hay, que sólo se avergüenzan de las cosas indiferentes y de esta servidumbre (temporal); pero de la servidumbre del pecado, nada de eso: antes preferirían ser llamados mil veces siervos de esta servidumbre, que una sola vez de la otra. Tales eran aquellos; y no conocían otra actividad, y dicen: ¿Esclavos llamas a los del linaje de Abraham, a hombres tan nobles? Nunca debieras llamarlos de ese modo. Porque *nunca jamás*, dicen, *fuimos siervos*. Esta era la jacancia de los judíos: *¡Hijos somos de Abraham, israelitas somos!* Nunca conmemoran sus buenas obras. Por eso clamaba contra ellos San Juan (Bautista): *No digáis: A Abraham tenemos por padre* (Matth., III, 9). Y ¿por qué Cristo no les arguyó, ya que muchas veces fueron siervos de los egipcios, de los babilonios, y de otros muchos?— Porque no trataba de contender con ellos, sino de salvarlos y hacerles bien, y eso pretendía. Pudiérales alegar los cuatrocientos años de servidumbre; pudiera, los setenta; pudiera objetarles en el tiempo de los jueces, ya la de veinte ya la de dos, ya la de siete años; pudiera, en fin, probarles, cómo nunca cesaron de ser siervos. Mas no trataba de probar que habían sido siervos de los hombres, sino del pecado, que es la servidumbre más terrible, y de la que sólo Dios puede librar. Pues a ningún otro pertenece el perdonar pecados; lo cual ellos mismos confesaban. Así es que, como reconocían que esta es obra de Dios, los induce a esto, diciendo: 34. *Todo aquel que comete el pecado, siervo es del pecado*, declarando que se refiere a la libertad de esta servidumbre.

III

35. *Y el siervo no queda en la casa; mas el hijo queda para siempre.* Suavemente también por aquí quita la importancia a la ley, dando a entender los tiempos anteriores. Porque a fin de que no se valieran del recurso de decir: “Tenemos los sacrificios que nos ordenó Moisés; ellos nos pueden librar”; añadió esta cláusula. De lo contrario, ¿qué ilación habría en sus palabras? *Porque todos pecaron, y necesitan de la gloria de Dios, justificados gratuitamente por la gracia de El* (Rom., III, 23, 24), y también los mismos sacerdotes. Por eso San Pablo dice del sacerdote: *Debe ofrecer sacrificio por sí mismo, así como por el pueblo, porque también el está rodeado de flaqueza* (Hebr., V, 3, 2). Y esto es lo que significa con las palabras: *El siervo no queda en la casa.* Y al mismo tiempo declara en este lugar su igualdad con el Padre, y la diferencia que hay entre el siervo y el libre: pues esto quiere decir la parábola, esto es: el siervo no tiene potestad; que esto indica la frase *no queda (en la casa)*.

Y ¿por qué, hablando de los pecados, hizo mención de la casa? Para hacer ver que, como en la casa el señor, así El tiene poder sobre todas las cosas. La cláusula, *No queda*, quiere decir: No tiene poder de dar, como quien no es dueño de la casa; pero el hijo es dueño de la casa. Y esto significa la frase: *queda para siempre*, conforme al modo de hablar de los hombres, para que no le dijeran: ¿Tú quien eres?—*Todo es mío*, porque soy Hijo y permanezco en la casa de mi Padre: llamando casa a la potestad. Como también en otra parte llama casa al dominio del Padre: *En la casa de mi Padre hay muchas mansiones* (Jo., XIV, 2). Pues como hablaba de libertad y esclavitud, muy a propósito usa de esta metáfora, declarando que aquellos no tenían poder de darles libertad.

36. *Si, pues, el Hijo os libertare.* ¿Ves cómo es consubstancial al Padre, y cómo demuestra que tiene el mismo poder que El? *Si el hijo os libertare*, nadie os podrá contradecir, antes tendréis libertad segura. Puesto que *Dios es el que justifica*, y ¿quién hay que condene? (Rom., VIII, 33). Aquí se muestra a sí mismo libre de pecado e insinúa aquella libertad, que lo es sólo de nombre, y la puedan dar también los hombres; mas la otra sólo Dios. Y por eso los persuade a no avergonzarse de aquella esclavitud, sino de la del pecado. Y queriendo hacer ver que, aunque no eran siervos, por haber sacudido aquella esclavitud, todavía llegaron a ser más esclavos (por la del pecado),

añadió: *Seréis de verdad libres*. Y con eso hace ver que aquella otra libertad no lo es de veras.

IV

Además, para que no dijeran: “No tenemos pecado”, pues era probable que se lo habían de decir, mira cómo les entabla la acusación. Dejando a un lado todas las demás cosas de la vida de ellos, les presenta delante lo que estaba a las manos, lo que pretendían hacer, y les dice: 37. *Se que sois hijos de Abraham, pero tratáis de matarme*. Insensiblemente y poco a poco los desvía de aquel parentesco, enseñándoles a no gloriarse de él. Porque así como la esclavitud y la libertad consisten en las obras, así también el verdadero parentesco. Ni les dijo a la primera: No sois de Abraham vosotros (los) homicidas, (no sois del linaje) de aquel justo, sino que en el entretanto conviene con ellos, y dice: “*Se que sois hijos de Abraham*; mas no se trata de eso”; y ya desde ahora hace contra ellos una declaración más vehemente. Pues es de notar en general, que cuando va a hacer alguna cosa grande, después de haberla obrado usa de mayor libertad de hablar, toda vez que ya les cierra la boca el testimonio mismo de los hechos.

Pero tratáis de matarme.— ¿Y qué, si lo hacemos con justicia?— Muy lejos está de ser así. Por eso aduce también el motivo: porque *mi palabra no cabe en vosotros*. Pues, ¿cómo dice que creyeron en El?— Pero, como antes tengo dicho, se mudaron de nuevo. Por eso los reprendió ásperamente. Si os gloriáis del parentesco de él (Abraham), debéis también vivir como él. Y no dijo: *No cogéis mi palabra*, sino *Mi palabra no cabe* (no coge) *en vosotros*, declarando la sublimidad de sus enseñanzas. Ahora bien: esa no era razón para matarle, sino para honrarle y aprender de El.

Mas ¿qué con todo eso, podrían decir, si lo dices de tu cabeza? Por eso (para prevenir esta dificultad) añadió: *Lo que Yo vi en mi Padre, eso hablo: y vosotros hacéis lo que visteis en vuestro padre*. Así como Yo (venía a decir), tanto de palabra como de verdad muestro al Padre, así vosotros descubrís al vuestro por las obras. Porque Yo, no sólo tengo la misma substancia, sino también la misma verdad que el Padre.

39. Dícenle: “*Nosotros tenemos por padre a Abraham*”. Díceles Jesús: “*Si tuvierais por padre a Abraham, haríais sus obras. 40. Mas ahora tratáis de matarme*”. Continuamente les revuelve en este lugar su ánimo homicida y hace mención de Abraham; y hácelo así, queriendo apartarles del pensamiento de tal parentesco y quitarles tan superflua jactancia y persuadirles a no tener la esperanza de su salvación en él, ni en el parentesco de la naturaleza, sino del espíritu. Porque esto era lo que los impedía acercarse a Cristo, el creer que aquel parentesco les bastaba para salvarse. Y ¿qué verdad dice?— Que es igual al Padre. Pues por eso trataban los judíos de quitarle la vida, y les dice: *Tratáis de matarme, porque os he dicho la verdad, que oí de mi Padre*. Demostrando que esto no es contrario al Padre, de nuevo acude a El. 41. Dícenle: “*Nosotros no nacimos de fornicación: un padre tenemos, que es Dios*. ¿Qué decís? ¿Vosotros tenéis por padre a Dios, y acusáis a Cristo que lo dice de sí mismo? ¿No ves por aquí cómo (Cristo) llamaba Padre a Dios de un modo más especial?

Así, pues, ya que los había sacado fuera del parentesco de Abraham, no teniendo ellos que responder, todavía intentan otra cosa mayor, recurriendo a Dios. Más también de este honor los despoja, diciendo: 42. *Si Dios fuese vuestro padre, ciertamente me amaríais, porque Yo salí de Dios y vengo de El; no vine de Mí mismo, sino que El me envió*. 43. *¿Por qué no conocéis mi lenguaje? Porque no podéis oír mi palabra*. 44. *Vosotros sois (hijos) de vuestro padre el diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. El fue homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad. Cuando habla mentira, de suyo habla*. Habíalos excluido del parentesco de Abraham; y porque se atrevieron a más, entonces descarga el golpe, diciendo que no sólo no venían de Abraham, sino que venían del diablo, haciéndoles una herida correspondiente a su desvergüenza; ni se lo dice sin prueba, sino alegando argumentos. Porque el matar, dice, es propio de su malicia; y no les dijo sin más: *Hacéis las obras, sino los deseos de él*, declarando con cuánto ahínco estaban dedicados a matar, tanto él como ellos, y que la causa era la envidia. En efecto: nada tenía el diablo contra Adán, y sólo por envidia le perdió. Esto es, pues, lo que en este lugar se da a entender. *Y no permaneció en la verdad*, esto es, en la vida recta. Como a la continua le estaban acusando que no venía de Dios, díceles que también esta acusación pro-

cede de la misma raíz. Porque el diablo fue el primero que engendró la mentira, al decir: *En el día en que comiereis, se abrirán vuestros ojos* (Gén., III, 5). Y él fue el primero en hacer uso de ella. Los hombres no la usan como cosa propia, sino como ajena: él como propia.

45. *Mas porque Yo digo la verdad, no me creéis.* ¿Qué consecuencia es esa? Sin tener de qué tacharme, queréis quitarme la vida. Porque como sois enemigos de la verdad, por eso me perseguís. Si así no es, alegad la acusación. Por eso continúa: 46. *¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?* De suerte que ellos decían: *Nosotros no nacimos de fornicación*; y aunque muchos habían nacido de fornicación, pues había uniones ilegítimas, nada de eso les reprende, sino que insiste en aquello. Porque había demostrado que no eran hijos de Dios, sino del diablo (pues el matar es diabólico y diabólico el mentir, y ambas cosas hacéis vosotros); por lo mismo declara también que el amar es la señal de ser de Dios.

VI

43. *¿Por qué no conocéis mi lenguaje?* Como siempre estaban dudando, y le decían: *¿Qué significa lo que dice: Adonde Yo voy, vosotros no podéis venir?* por eso les dice: *No conocéis mi lenguaje, porque no conocéis la palabra de Dios.* Y esto os viene de que tenéis el ánimo muy rastrero, y mis cosas son mucho más elevadas. ¿Y qué, si *no podían* entender? Aquí el no poder es no querer, a saber: porque os enseñasteis a ser tan bajos, y no imagináis cosa grande. Pues ya que decían que le perseguían como celosos de la honra de Dios, por eso en todas partes trata de hacer ver que el perseguirle es obra de quienes aborrecen a Dios. Y al contrario, el amarle, de quienes conocen a Dios. *Un padre tenemos, que es Dios.* Por este concepto se glorían, por la honra, no por las buenas obras. No es prueba, les dice, de que yo sea ajeno de Dios el que vosotros no creáis; antes al contrario, vuestra incredulidad es señal de que no conocéis a Dios. Y la causa es el querer ser mentirosos y hacer las obras del diablo. Y esto proviene de la bajeza del alma, como lo dice el Apóstol: *Habiendo ente vosotros contienda y emulación, ¿no es verdad que sois carnales?* ¿Y por qué no podéis? Porque *queréis* cumplir, esto es, ponéis empeño en ello, os esforzáis por hacer los *deseos de vuestro padre.*

¿Ves cómo aquel *no podéis* significa el no querer?

Abraham no hizo eso. Pues ¿cuáles son las obras de Abraham? La mansedumbre, la modestia, la servicialidad. Vosotros (dice) estáis en el extremo contrario pues sois inhumanos y crueles. Mas ¿de dónde les vino la idea de acudir a Dios? De que había probado que eran indignos de Abraham. Y así queriendo evitar esto, subieron a otra cosa mayor. Pues como les había echado en cara el homicidio, dicen esto como para defenderse, alegando que lo hacen por vengar a Dios. Así, pues, El les prueba que esa misma era obra en que contrariaban a Dios. Y aquella palabra *salí* (v. 42) declara que El provenía de Dios. Y dice *salí*, dando a entender su venida a nosotros. Y como era natural que le dijeran: “Cosas extrañas y peregrinas nos estás diciéndolo”, les asegura que viene de Dios. Así pues, con razón no las oís vosotros, les dice, pues venís del diablo. En efecto, ¿por qué me queréis matar? ¿Qué tenéis que reprenderme? Y si nada tenéis, ¿por qué no me creéis? Probado, pues, de esta manera, por la mentira y por el homicidio, que venían del diablo, probó también que eran ajenos de Abraham y de Dios, ya porque aborrecían a quien no había cometido culpa alguna, ya porque no oían su palabra. Porque el que no había cometido pecado; el que decía que venía de Dios, y era enviado por El; el que decía la verdad y de tal manera la decía, que a todos desafiaba a argüirle de mentira, este tal, si no era creído, claro es que no lo era sino por ser ellos hombres carnales. Sabía El, bien sabía que los pecados hacen el ánimo ruin. Por eso dice (la Escritura): *Habéis llegado a ser débiles para oír* (Hebr., V, 11). Y, en efecto, si no puede uno despreciar las cosas de la tierra, ¿cómo podrá filosofar sobre las del cielo?

VII

Ruégoos, por lo tanto, que no dejemos cosa por hacer a fin de enderezar nuestra vida, de purificar nuestra alma, de remover toda mancha que nos pueda ser de estorbo. Encended en vosotros la luz del conocimiento, y no sembréis sobre espinas. Porque quien no entiende que es mala la avaricia, ¿cómo verá lo que es más? ¿El que de estas cosas no se desposee, cómo se adherirá a las otras? Bueno es arrebatar, mas no lo que parece, sino el reino de los cielos. *Los violentos, dice, le arrebatan* (Matth., XCI, 12). No es, pues, posible alcanzarlo

con pereza, sino con esfuerzo. ¿Qué significa *violentos*? Que hace falta mucha violencia —pues el camino es estrecho— y alma juvenil y generosa. Los que arrebatan quieren adelantarse a todos, a nada atienden, ni a la condena, ni a la acusación, ni al suplicio; no tienen más que una idea que los domina, apoderarse de lo que quieren arrebatar, y dejan atrás a los que tienen delante. Arrebatemos, pues, el reino de los cielos. Que aquí el arrebatar no es vituperio, sino alabanza; antes el oprobio está en no arrebatar. Aquí nuestra riqueza no se hace a costa del daño ajeno. Esforcémonos, pues, en arrebatarlo. Si nos molesta la ira, si nos aprieta la concupiscencia, violentemos la naturaleza; hagámonos más mansos; fatiguémonos un poco, para que reposemos para siempre. No arrebatemos el oro; arrebatamos aquellas riquezas que hacen tener el oro por barro. Porque dime: si tuvieras delante plomo y oro, ¿qué arrebatarías? ¿no es claro que el oro? ¿De manera que donde el arrebatar se castiga, das preferencia a lo mejor; y allí donde el arrebatar se premia, desprecias lo más precioso? Si en ambos casos se castigara, ¿no obrarías de este modo? Mas aquí nada de eso sucede, sino que se da la bienaventuranza.

Y ¿cómo, dirás, se puede arrebatar?— Arroja lo que tienes en las manos. Que mientras tengas esas cosas (temporales) no podrás arrebatar aquellas otras (las eternas). Figúrate a un hombre con las manos llenas de plata: ¿podrá, mientras la retenga en ellas, arrebatar el oro, si primero no lo arroja y queda desembarazado? El que arrebatamos conviene que esté bien ceñido y expedito para que no sea apresado. Porque alrededor de nosotros corren las potestades contrarias, para hacernos su presa. Huyamos de ellas, huyamos; no les dejemos ningún asidero por de fuera. Cortemos las cuerdas, quedemos desnudos de las cosas temporales. ¿Qué falta nos hacen los vestidos de seda? ¿Hasta cuándo hemos de estar envueltos en cosas tan ridículas? ¿Hasta cuándo hemos de estar desenterrando oro? Bien quisiera acabar de una vez esta mi perpetua queja. Pero no me dejáis vosotros, dándome siempre ocasión y materia de hablar. Siquiera ahora desistamos, para que, enseñando a otros por medio de nuestra vida, obtengamos los bienes prometidos, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LV

TEXTO DEL EVANGELIO:

Cap. VIII, v. 48. Respondieron, pues, los judíos y le dijeron: "¿No decimos bien nosotros que tú eres samaritano y tienes demonio?" 49. Respondió Jesús: "Yo no tengo demonio, mas honro a mi Padre, y vosotros me deshonráis. 50. Mas Yo no busco mi gloria; hay quien la busque y juzgue.

51. "En verdad, en verdad os digo: si alguno guardare mi palabra, no verá la muerte para siempre".

52. Dijéronle, pues, los judíos: "Ahora conocemos que tienes demonio. ¿Abraham murió y también los profetas, y tú dices: Si alguno guardare mi palabra, no gustará la muerte para siempre? 53. ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió, y los profetas también murieron? ¿Quién te haces a ti mismo?"

54. Respondió Jesús: "Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios, 55. y no le conocéis: mas Yo le conozco, y si dijere que no le conozco, seré como vosotros mentiroso, mas le conozco y guardo su palabra.

56. "Abraham, vuestro padre, saltó de gozo, por ver mi día; le vio y se regocijó". 57. Y los judíos le dijeron: "¿Aún no tienes cincuenta años, y has visto a Abraham? 58. Díjoles Jesús: "En verdad, en verdad os digo: Antes de que Abraham fuese, Yo soy".

59. Tomaron entonces piedras para tirárselas; mas Jesús se escondió y salió del templo.

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Desvergüenza de los judíos (v. 48). Mansedumbre de Jesucristo, en que nos enseña a no irritarnos por nuestros ultrajes, sin sólo por los inferidos a Dios, como El lo hizo (v. 49).

II. Expone los vv. 50-54. Jesucristo descubre su dignidad. Invoca el testimonio del Padre.

III. Objeción contra el v. 54, que se deshace con la misma explicación de su sentido. Las obras dan testimonio de Cristo (vv. 54, 55).

IV. Diferencia de los judíos y de Abraham (v. 56). Cristo afirma su divinidad.

V. Cristo huye, y sana a un ciego, dando con las obras nuevas pruebas de su divinidad. ¿Por qué no destruyó a aquellos judíos? Porque ni aun así se hubieran rendido sus corazones. El alma en pecado se hace insensible.

VI. Trabajemos por nuestra salvación y evitemos la envidia. Maldad de este vicio.

I

Cap. VIII, v. 48. Respondieron, pues, los judíos y le dijeron: "¿No decimos bien nosotros que tú eres samaritano y tienes demo-

nio?" 49. Respondió Jesús: "Yo no tengo demonio, mas honro a mi Padre".

Desvergonzada y petulante es la malicia, y cuando debiera cubrirse de vergüenza, entonces se embravece más; y así sucedió con los judíos. Cuando debieran compungirse por las cosas dichas (por el Salvador) y admirar su libertad y la consecuencia de sus palabras, le afrentan llamándole samaritano y endemoniado, y dicen: *¿No decíamos bien nosotros que tú eres samaritano y tienes demonio?* Porque cuando había dicho algo sublime, ellos en el colmo de su insensatez lo tenían por locura. Aunque en ninguna otra parte dice antes el Evangelista que le llamaran samaritano, mas por este lugar se echa de ver que muchas veces le habían apellidado de este modo. *Demonio tienes*, dicen. Pero ¿quién es el que tiene demonio, el que honra a Dios o el que afrenta a quien le honra? Así, pues, ¿qué responde Cristo, la misma mansedumbre, la misma modestia? *Yo no tengo demonio, sino que honro a mi Padre*, que me envió. Allí donde convenía enseñarles y abatir su mucha arrogancia, y darles una lección para que no se jactaran de venir de Abraham, se mostraba terrible; allí donde convenía tolerar los ultrajes, usaba de mucha mansedumbre.

Así es que, cuando decían: "Tenemos por padre a Dios y a Abraham", duramente los reprendía; mas cuando le llamaban endemoniado, responde con indulgencia; enseñándonos a castigar las cosas que son contra Dios, y a no hacer caso de las que son contra nosotros.

II

50. *Yo no busco mi gloria*. Yo, dice, os he dicho estas cosas, demostrando que no os pertenece llamar a Dios vuestro Padre, siendo como sois homicidas. De suerte que he hablado de este modo sólo en atención a su honra, y por causa de El oigo estas cosas, y por causa de El me deshonráis. Pero nada me importa de este ultraje: pues habéis de dar cuenta de lo que habéis dicho a Aquel por quien estas cosas oigo ahora. *Yo no busco mi gloria*. Por eso, dejando a un lado la venganza, me vuelvo a la exhortación, y os aconsejo que hagáis aquellas cosas por las cuales no sólo evitaréis el suplicio, sino que alcanzaréis también la vida eterna. 51. *En verdad, en verdad os digo: si alguno guardare mi palabra, no verá la muerte para siempre*. Aquí no habla sólo de la fe, sino también de la vida pura. Arriba decía: *Tendrá vida eterna*, aquí dice: *No verá la muerte*; y al mismo tiempo

da a entender, que nada puede hacer contra El. Porque si el que guarda su palabra no morirá, mucho menos El mismo. Así, en efecto, lo comprendieron ellos, y le dicen: 52. *Ahora conocemos que tienes demonio. Abraham murió, y los profetas también murieron*; esto es, ¿lo que oyeron la palabra de Dios, murieron, y los que hubieren oído la tuya no morirán? 53. *¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Abraham?* ¡Oh, jactancia! De nuevo se acogen a su parentesco. Pues lo consecuente era decir: *¿Por ventura eres tú mayor que Dios?* ¿o los que te oyeren a ti, mayores que Abraham? Mas no hablan así, porque le tenían aún por menor que Abraham. Así, pues, en primer lugar demostró que eran homicidas, con lo cual los separó del parentesco; pero como persistieran, intenta lo mismo por otro camino, haciendo ver que trabajan en vano; y si bien nada les dijo ni descubrió de la muerte, ni les manifestó de qué muerte hablaba, entretanto les persuade que es mayor que Abraham, para avergonzarlos también de este modo. Aunque fuera yo un cualquiera, viene a decirles, no debería morir, no habiendo cometido injusticia alguna; pero toda vez que digo la verdad, y no tengo pecado alguno, y soy enviado de Dios, y mayor que Abraham, ¿cómo no ha de ser locura y empeño insensato el vuestro de maquinara para quitarme de en medio? ¿Y qué responden ellos? *Ahora conocemos que tiene demonio.*

Bien de otro modo respondió la samaritana; pues no le dijo: *Tienes demonio*, sino tan sólo: *¿Eres tú acaso mayor que nuestro padre Jacob?* Estos eran ultrajadores arrogantes; aquella quería aprender, y por eso dudó, y respondió con la conveniente modestia, y le llamó Señor. A quien anunciaba cosas mucho mayores y era tan fidedigno, no era razón ultrajarle, sino más bien admirarle; pero ellos le llaman endemoniado. La samaritana hablaba como quien dudaba; éstos, como incrédulos y perversos. *¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Abraham?* De suerte que esto le hace mayor que Abraham. Y cuando le viereis levantado en alto, confesaréis que es mayor. Por eso decía: *Cuando me hubiereis levantado en alto, entonces conoceréis que Yo soy.* Considera su prudencia. En primer lugar, después de haberlos separado del parentesco (de Abraham), se muestra a sí mismo mayor que él, para que con mucho exceso apareciera también mayor que los profetas. Pues como siempre le apellidaban profeta, por eso les decía: *Mi palabra no cabe en vosotros* (v. 37). Allí decía que sí que resucita los muertos; aquí dice que el que cree no verá la muerte; lo cual era mucho más que el no permitir fueran retenidos por la muerte: por eso ellos se enfurecían más. Y ¿qué le dicen? *¿Quién te hace a tí mismo?*

Palabras, pro cierto, afrentosas; pues era decir: Tú te vendes por lo que no eres. A lo cual responde Cristo: *54. Si Yo me glorifico a Mí mismo, mi gloria nada es.*

III

¿Qué dicen aquí los herejes?— “Oyó: *¿Eres por ventura mayor que nuestro padre Abraham?* Y no se atrevió a decirles con claridad: Sí, lo soy, sino que lo hizo con obscuridad”. ¿Cómo así? Luego, *¿su gloria nada es?*— *Para ellos nada es.* Así como también dice: *Mi testimonio no es verdadero*, es, decir, en la opinión de ellos, así también aquí dice: *Hay quien me glorifica.* Y ¿por qué no dijo, como arriba, *el Padre que me envió, sino el que vosotros decís que es vuestro Dios, y no le conocéis?* Porque quería hacer ver que no sólo no le conocían como a Padre, pero ni aun como a Dios. *Mas Yo le conozco.* De manera que no es en Mí arrogancia el decir *Yo le conozco*, antes el decir lo contrario sería mentira; y , en cambio, vosotros mentís cuando decís que le conocéis. De la manera, pues que vosotros sois mentirosos diciendo que le conocéis, así lo sería Yo si dijera que no le conozco.

Si yo me glorifico a Mí mismo. Como le decían: *¿Quién te haces a ti mismo?*, responde: *Si Yo me hago, mi gloria nada es.* De la manera, pues, que Yo le conozco perfectamente, así vosotros le desconocéis. Y así como tratando de Abraham no les quitó todo, sino que les dijo: “Bien se que sois del linaje de Abraham”, para agravar de este modo la acusación contra ellos: así aquí tampoco les quitó absolutamente todo, sino ¿qué? *El que vosotros decís.* Concediéndoles la jactancia de sus palabras, hizo mayor la acusación. Y ¿cómo es verdad que no lo conocéis? Porque ultrajáis al que, en calidad de Enviado suyo, todo lo que dice y hace lo encamina a que El sea glorificado. Y si de esto no hay testimonio, a mano está para probarlo lo que sigue: *55. Y guardo su palabra.* Aquí es donde pudieran echárselo en cara, si algo tuvieran: pues esta era la mayor prueba de que había sido enviado por El.

IV

56. Abraham, vuestro padre, saltó de gozo por ver mi día; le vio y se regocijó. De nuevo demuestra que son ajenos de él, pues de lo que

él se alegró ellos se entristecen. *El día* me parece a mí que se refiere al día de la Cruz, que él había prefigurado en el sacrificio del carnero y de Isaac. Y ellos ¿qué responden? 57. *¿Aún no tienes cuarenta* ¹⁸ *años y has visto a Abraham?* De suerte que ya Cristo estaba cerca de los cuarenta años. Díceles: *Antes de que Abraham fuese hecho, Yo soy.* 59. *Y cogieron piedras para arrojarlas.* ¿Ves cómo probó que era mayor que Abraham? Porque quien se regocijaba por ver el día, y lo tenía por cosa tan deseable, es claro que lo hacía por considerarlo como un beneficio, y como cosa de quien era mayor. Y es que como ellos le llamaban *el hijo del artesano* (Matth., XIII, 55), y no se imaginaban de El cosa mayor, poco a poco los va llevando a una idea más levantada. Y así fue que, cuando oyeron *No conocéis a Dios*, no lo llevaron a mal; mas cuando oyeron: *Antes de que Abraham fuera hecho, Yo soy*; como si quedara humillada su nobleza, se enfurecieron y tiraron piedras. *Vio mi día y se regocijó.* con esto da a entender que no va involuntariamente a la pasión, pues alaba al que se gozó en la cruz. Pues ella era la salvación del mundo. Mas ellos tiraron piedras (v. 59); tan dispuestos estaban al asesinato; y lo hacían por sí mismos, sin pararse a examinar nada.

Y ¿por qué no dijo: *Antes de que Abraham fuera hecho, Yo era*, sino *Yo soy*? Así como el Padre usó de esta misma expresión *Soy*, así la usa también El. Porque ella significa el ser perpetuamente, libre de todo tiempo; y por eso a ellos les pareció palabra blasfema. Y si no toleraron su comparación con Abraham, con ser tan poco; si se hubiera constantemente mostrado igual al Padre, ¿acaso hubieran desistido de impugnarle?

V

Después de esto huye y se esconde a lo humano, después de haberles dado suficiente doctrina; y una vez cumplido lo que era de su parte, salióse del templo (v. 59), y retiróse a curar al ciego, dando con las obras testimonio de que era más que Abraham.

Pero quizás dirá alguno: ¿Por qué no destruyó la fuerza de ellos, y quizá entonces le hubieran creído?— Curó al paralítico, y no le creyeron; hizo mil otros milagros, en la misma Pasión los derribó de espaldas, y entenebreció sus ojos, y no le creyeron: ¿cómo habían de creer ahora, si les hubiera enervado las fuerzas? No hay cosa peor que un

alma obstinada y sin esperanza; aunque vea milagros, aunque vea prodigios, persiste inmóvil en su descaro. Así Faraón, por innumerables plagas que vinieron sobre él, sólo entraba dentro de sí cuando era castigado, y hasta el último día permaneció el mismo, persiguiendo a los que había dejado libres. Por eso de una y mil maneras repite San Pablo: *No se endurezca alguno de vosotros con el engaño del pecado* (Hebr., III, 8). Porque así como los nervios del cuerpo llegan a extinguirse y pierden toda la sensibilidad, así también el alma, cuando se ve aprisionada por muchas pasiones, muere para la virtud. Cualquiera cosa que la apliques, no la siente; aunque la amenaces con castigos u otra pena, permanece insensible.

VI

Suplícoos, por tanto, que mientras tenemos esperanzas de salvación, mientras nos podemos convertir, nada dejemos de hacer. Porque los que se hacen insensibles, a manera de pilotos desesperados que, dejando la nave a merced de los vientos, nada trabajan de su parte, no hacen tampoco ellos otra cosa sino dejarse llevar. El envidioso no tiene otra mira sino la de hartar su pasión; aunque haya de ser castigado, aunque haya de ser muerto, es sólo siervo de la pasión; lo mismo es el impuro y el avaro. Pero si tanta es la violencia de las pasiones, mayor debe ser la de la virtud. Si por aquellas despreciamos la muerte, mucho más por éstas. Si ellos desprecian su propia vida, mucho más debemos nosotros hacerlo por nuestra salvación. ¿Qué defensa tendremos si, mientras los que se pierden tanto se empeñan en su misma perdición, nosotros no mostramos ni siquiera el mismo empeño por nuestra salvación, sino que siempre permanecemos consumidos por la envidia? No hay cosa peor que la envidia; por perder a otro, el envidioso se pierde a sí mismo. El ojo del envidioso se pudre de tristeza, vive en muerte continua, a todos tiene por enemigos, aunque no le hayan hecho daño alguno. Se entristece de que Dios es honrado, se alegra de lo que se alegra Satanás. ¿Es uno honrado de los hombres?— Esa no es honra, no lo envidies. ¿Es honrado por Dios?— Imítale, y hazte igual a él. ¿No quieres hacerlo?— Pero entonces, ¿por qué te has de perder a ti mismo? ¿Por qué arrojas de ti aun lo que tienes? ¿Que no puedes hacerte igual a él, ni abrazar lo bueno?— ¿Pero por qué abrazas lo malo? Lo que debieras hacer es alegrarte con él,

para que, ya que no puedes tener parte en sus trabajos, a lo menos por alegrarte con él saques provecho. Pues ello es así, que muchas veces basta el propósito sólo para hacer una obra muy buena. Y, en efecto, Ezequiel (XXXV, 15) dice que los moabitas fueron castigados por alegrarse de los males de los israelitas; y que otros fueron salvos por llorar los males ajenos. Y si los que lloran por los males de otros tienen algún consuelo, mucho más lo tendrán los que se regocijan en las honras ajenas. Reprendía a los moabitas porque se alegraban del castigo de los israelitas; y eso que Dios era quien los castigaba; mas aunque sea El quien castiga, no quiere que nos gocemos del castigo ajeno; pues tampoco El quiere de suyo castigarlos. Y si conviene entristecernos con los que son castigados, mucho más conviene no envidiar a los que son honrados. Así es como perecieron Coré y Datán con los suyos, haciendo más ilustres a aquellos a quienes envidiaron, y acarreando el suplicio sobre sus propias cabezas. Fiera venenosa es la envidia; fiera impura, malicia de la voluntad que no tiene perdón, perversidad que no tiene excusa, causa y madre de todos los males. Por lo cual, arranquémosla de raíz, para que nos libremos de los males de esta vida y obtengamos los bienes de la venidera, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LX

TEXTO DEL EVANGELIO:

Cap. X, v. 14. *Yo soy el buen Pastor, y conozco las (ovejas) mías, y las mías me conocen a Mí. 15. Como el Padre me conoce a Mí, también Yo conozco al Padre, y doy mi vida por las ovejas.*

16. *Tengo también otras ovejas, que no son de este aprisco, y también ellas es menester que Yo las traiga, y oirán mi voz, y se hará una sola manada, un sólo pastor.*

17. *Por eso me ama el Padre, porque Yo doy mi vida, para volverla a tomar. 18. Ninguno me la quita: sino que Yo la doy de Mí mismo; potestad tengo para darla, y potestad tengo para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre.*

19. *Surgió de nuevo disensión entre los judíos a causa de estas razones. 20. Así que muchos de ellos decían: "Demonio tiene y está loco: ¿a qué le oís?" 21. Otros decían: "Estas palabras no son de endemoniado. ¿Puede acaso un demonio abrir los ojos de los ciegos?"*

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

- I. Diferencia del buen Pastor y del mercenario: v. 14, 15.
 - II. Expónese el v. 10: Dar la vida por las ovejas es el mejor distintivo del buen Pastor.
 - III. Explicación de los vv. 16, 17. Jesucristo va voluntariamente a la muerte. Su potestad de morir o no morir, v. 18.
 - IV. Disensión de los judíos después de las palabras de Cristo: vv. 19, 20, 21. Mansedumbre del Señor.
 - V. Parte moral. Exhortación a ser mansos y misericordiosos. La mansedumbre nacerá en nosotros de considerar los propios pecados y el castigo que nos amenaza. El Señor nos amenaza también, si no tenemos misericordia.
 - VI. Debemos ejercitar la misericordia, no un día o dos, sino toda la vida. Las vírgenes necias tuvieron aceite en sus lámparas, mas no el suficiente.
 - VII. Pondera las palabras: *Enfermo estaba, y no me visitasteis; encarcelado, y no vinisteis a Mí*, y exhorta a visitar los presos. Utilidades que se siguen de este ejercicio de caridad.
 - VIII. No vale la excusa de no poderlos socorrer; basta que los consolemos de palabra.— Ni hace al caso que no sean buenos; pues no se nos manda hacer misericordia a los buenos tan sólo. Además entre los presos fácilmente se hallan algunos buenos y aún muy buenos.— Jesucristo recibía bien a los pecadores.
 - IX. ¿Son acaso buenos todos los que andan por la ciudad? ¿Somos buenos nosotros?— Y ¿qué fuimos antes?— Dios vino a nosotros viéndonos encarcelados; hagamos que el prójimo lo que Dios hizo por nosotros. Más meritorio es hacer bien a los abyectos y despreciables.
- Conclusión, exhortando a esta obra de caridad.

I

Cap. X, v. 14. *Yo soy el buen Pastor, y conozco las (ovejas) mías y las mías me conocen a Mí. 15. Como el Padre me conoce a Mí, también Yo conozco al Padre, y doy mi vida por las ovejas.*

Grave, amados hijos, grave cosa es la prelación en la Iglesia, y exige mucha virtud y tal fortaleza, cual Cristo dijo, que ponga la vida por las ovejas, que nunca las abandone solas e indefensas, que haga frente al lobo con valor. En esto se diferencia el pastor del mercenario. El uno busca dondequiera su propio bien, descuidando el de sus ovejas; el otro busca siempre el bien de sus ovejas, sin hacer caso del propio.

Declaradas, pues, las señales del buen Pastor, designa dos destructores: uno, el ladrón que mata y roba; otro, que nada de esto hace, pero que, cuando está sucediendo, no aparta al ladrón ni le impide; aludiendo en lo primero a Teudas, y sacando a la vergüenza en lo segundo a los doctores de los judíos, que para nada se cuidaban de las ovejas a ellos encomendadas. Ya antes se lo echaba en cara Ezequiel, diciendo: *¡Oh!, los pastores de Israel! ¿Acaso no se apacientan a sí mismos? ¿Pues no suelen los pastores apacentar a las ovejas?*” (Ezech., XXXIV, 2). Mas ellos hacían lo contrario, que es especie de maldad suma y causa de todas las demás. Por eso dice: “Ni volvían a la grey la oveja errante, ni buscaban la perdida, ni ligaban la quebrada, ni curaban la enferma, ya que se apacentaban a sí mismos, y no a las ovejas (Ib., v. 4). Lo mismo dijo también con otras palabras San Pablo: *Todos buscan lo suyo, no lo de Jesucristo* (Philip., II, 21). Y de nuevo: *Nadie busque lo suyo, sino cada uno lo del prójimo* (1 Cor., X, 24).

De entrambas clases de hombres se muestra diferente Cristo: de los que vienen a destruir, cuando dice: *Para eso vine, para que tengan vida, y la tengan abundante* (Joan., X, 10); de los que no hacen caso de ver a las ovejas arrebatadas del lobo, con no abandonarlas, antes dar su vida por ellas para que no perezcan. Pues como tratasen de matarle, ni mudó de doctrina ni hizo traición a los creyentes, antes persistió y escogió la muerte. Por eso una vez y muchas decía: *Yo soy el buen Pastor*.

II

A continuación, como las palabras parecían carecer de testimonio que las confirmase, pues lo que dijo: *Doy mi vida*, quedó confirmado poco después, y aquello otro: *Para que tengan vida y la tengan pujante*, había de suceder después de su partida de este mundo, en el siglo

venidero, ¿qué hace?— Confirma lo uno por lo otro: sufriendo la muerte, confirma que les da la vida. Lo cual decía también San Pablo: *Si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por medio de la muerte de su Hijo, ¡cuánto más, una vez de reconciliados, seremos salvos!* (Rom., V, 10). Y de nuevo en otra parte: *Por cierto, quien al propio Hijo no perdonó, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo con El no nos dará graciosamente todas las cosas?* (Rom., VIII, 32).

Pero ¿por qué ahora no le echan en cara lo que antes, diciendo: *tú das testimonio acerca de ti mismo, tu testimonio no es verdadero?* (Joan., VIII, 13).— Porque muchas veces los había obligado a enmudecer, y tenía mayor libertad contra ellos a causa de los milagros. Además, como había dicho más arriba: *Y las ovejas oyen su voz y le siguen* (Joan., X, 3, 4); para que nadie dijese: ¿Y qué a los que no creyeron?, oye lo que añadió: *Y conozco a las mías, y las mías me conocen a Mí*. Lo cual daba a entender San Pablo, cuando decía: *No rechazó Dios al pueblo suyo, que en su presencia conoció* (Rom., XI, 2); y Moisés: *Conoció el Señor a los que son suyos* (2 Tim., II, 19), a saber, aquellos a quienes conoció en su presciencia.

Después, para que no creyeras que la medida del conocimiento era la misma (en El y en las ovejas), se corrige tal error con lo que añade: *Conozco*, dice, *a las mías y las mías me conocen a Mí*; mas no es igual el conocimiento: pues, ¿dónde es igual?— En el Padre y en Mí. Allí sí: *Como el Padre me conoce a Mí, así Yo conozco al Padre*. Dado que, si no tratase de probar esto, ¿a qué propósito añadió esta cláusula? En efecto; como muchas veces se colocaba entre los demás, como uno de ellos, para que nadie pensase que conocía al Padre como mero hombre, añadió: *Como el Padre me conoce a Mí, así Yo conozco al Padre*. Tan perfectamente le conozco, como El a Mí. Por eso también decía: *Nadie conoce al Hijo, sino el Padre; ni al Padre, sino el Hijo* (Luc., X, 22); donde habla de un conocimiento aparte, y de tal naturaleza, que ningún otro le puede tener.

Yo doy mi vida. Continuamente lo dice, para probar que no es seductor. Y a la verdad, también el Apóstol, cuando quería demostrar que era genuino maestro, y enderezaba el discurso contra los falsos apóstoles, recomienda su persona por los peligros de muerte, diciendo: *En heridas con mucho exceso, en muertas muchas veces* (2 Cor., XI, 23). Puesto que el decir: “Luz soy”, “Via soy”, parecía a los necios arrogancia; pero el decir: “Morir quiero”, no era ocasión de envidia ni malquerencia alguna. Por eso tampoco le dicen aquí: *Tú das testimo-*

nio de ti mismo; tu testimonio no es verdadero. Puesto que estas palabras mostraban grande solicitud, toda vez que deseaba entregarse a sí mismo por aquellos que le apedreaban.

III

Por lo mismo introduce también oportunamente la conversación acerca de los gentiles. 16. *Porque tengo además otras ovejas*, dice, *que no son de este redil: también aquellas tengo que traerlas*. Ved cómo otra vez el término “tengo que” no significa necesidad, sino que el suceso tendrá lugar sin duda alguna. Como si dijera: ¿Qué? ¿os admiráis de que éstos me hayan de seguir, y las ovejas oír mi voz? Cuando veáis que también otras me siguen y me oyen, entonces os llenaréis de mayor asombro. Y si dice: *Las cuales no son de este redil*, no te turbes. Porque la diferencia no está sino en la ley; como también lo dice San Pablo: *Ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión* (Gal., V, 6).

También aquellas tengo que traerlas. Declara que unos y otros (judíos y gentiles) andaban dispersos y en confusión, y desprovistos de pastores, por no haber aún venido el buen Pastor. A continuación predice la unión futura de ambos: *Y será una sola manada*. También esto lo declaró San Pablo, diciendo: *Para crear en sí mismo a entrambos en un solo hombre nuevo* (Ephes., II, 15).

17. *Por eso me ama el Padre, porque Yo doy mi vida, para tomarla otra vez*. ¿Qué puede hacer más humilde que estas palabras, dado que el Señor nuestro ha de ser amado por nuestra causa, porque muere por nosotros? Pues, ¿cómo así? dime: ¿no era amado en el tiempo anterior, sino que ahora comenzó el Padre a amarle, y fuimos nosotros la causa de tal amor? ¿Ves cuánto se humana?— ¿Cuál es, según eso, el intento que aquí tiene?— Como le llamaban extraño al Padre y seductor, y afirmaban que había venido a perderlos y arruinarlos, dice: Aunque más no hubiera, a lo menos me movió a amaros el ver que, como Yo, sois amados del Padre, y que lo sois precisamente porque Yo muero por vosotros.

Juntamente con esto quiere también demostrar que no va contra su voluntad a la muerte —ya que si fuese cosa involuntaria, ¿cómo habría de ser causa de amor?—, y además que en ello se complacía sobremanera el Padre. Y si esto lo dice como hombre, no te admires; pues

muchas veces hemos dado la razón de ello, y repetir lo mismo sería superfluo y enojoso.

Yo doy mi vida para tomarla otra vez. 18. Y ninguno me la quita; Yo la doy de Mí mismo. Potestad tengo que darla, y potestad tengo para tomarla. Ya que muchas veces habían deliberado matarle, dícelos: No queriéndolo Yo, necio es vuestro conato. Y por lo primero prueba lo segundo; por la muerte la resurrección¹⁹. Pues esto es lo maravilloso y estupendo. Ya que ambas cosas eran completamente nuevas y fuera de toda costumbre.

Atendamos, pues, con diligencia lo que dice: *Potestad tengo de dar mi vida.*— Y ¿quién no tiene potestad de dar su propia vida, puesto que en manos de todos está el darse la muerte?— Mas no habla de ese modo —Pues, ¿cómo?— De tal manera tengo potestad de darla, que nadie puede, si Yo no quiero, quitármela; lo cual no está en las manos del hombre. Porque nosotros no tenemos potestad de darla, si no es causándonos la muerte. Pero si caemos en manos de quienes nos acechan y son dueños de matarnos, ya no tenemos potestad de dar la vida o no, sino que, aun contra nuestra voluntad, ellos nos la quitan. No así El; antes, aunque otros tratasen de quitársela, era dueño de no darla. Así es que, después que hubo dicho: *Nadie me la quita*, fue cuando añadió: *Potestad tengo de dar mi vida*; esto es: Yo solo soy dueño de darla; lo cual no tiene lugar en vosotros, ya que también otros muchos son dueños de quitároslo.

Mas esto no lo dijo al principio, pues no hubiera parecido digno de crédito, sino cuando tenía la prueba de los hechos, y habiéndolo pretendido muchas veces, no pudieron haberle a las manos —ya que se les huyó de ellas innumerables veces—, entonces fue cuando dijo: *Y ninguno me la quita*. Y si esto es verdad, síguese también que El por su voluntad va a la muerte. Y a su vez, si esto es verdadero, consta asimismo que puede cuando quiera volver a tomar la vida. Porque si el morir de aquella manera es más que humano, no dudes ya tampoco de los demás. Pues el ser el solo dueño de dar la vida prueba también que es dueño de tomarla por la misma potestad. ¿Ves cómo por lo primero estableció lo segundo, y por su muerte hizo indubitable la resurrección?

Este mandamiento recibí del Padre. ¿Qué mandamiento?— El de morir por el mundo. ¿Por ventura, según eso, estuvo aguardando a oírlo primero y entonces lo quiso, y tuvo necesidad de enterarse?— Pero ¿quién que tenga entendimiento puede decir tal cosa?— Antes

bien, así como arriba, al decir: *Por eso me ama el Padre*, declaró su libre voluntad, y quitó la sospecha de oposición; así también aquí, al decir que recibió un mandamiento del Padre, no indica otra cosa sino: “a El le complace lo que Yo hago”, para que cuando le den muerte no crean habérsela dado como a desamparado y abandonado del Padre, ni le escarnezcan, como le escarnecieron: *A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse; y Si es Hijo de Dios, baje de la cruz* (Matth., XXVII, 42, 40). Pues precisamente por eso no baja, porque es Hijo de Dios.

Inmediatamente, para que al oír: *Mandamiento recibí del Padre*, no tuvieras aquella obra por ajena de el, de antemano dijo: *El buen pastor da la vida por sus ovejas*, demostrando con esto que las ovejas eran suyas y toda aquella obra es también suya, y no necesitaba de precepto. Porque si necesitaba mandamiento, ¿cómo dijo: *Yo doy la vida de Mí mismo?* Porque quien de suyo la da, no necesita precepto. Juntamente añade la causa por la que esto hace. Y ¿cuál es? Que El es Pastor, y buen Pastor, y el buen pastor no ha menester que otro le incite a esto. Y si en los hombres así es, mucho más en Dios. Por eso también San Pablo decía que *se anonadó a sí mismo* (Philip., II, 7). Así, pues, en este lugar la palabra mandamiento no tiene otro objeto que el de significar su conformidad con el Padre. Y si la frase es humilde y humana, la causa está en la debilidad de los oyentes.

IV

19. *Nació, pues, división entre los judíos. 20. Y unos decían: “Demonio tiene y está loco. ¿A qué le oís?” 21. Otros decían: “Estas palabras no son de endemoniado. ¿Puede acaso un demonio abrir los ojos de los ciegos?”* Como las palabras que decía eran más que de hombre, y sobre todo lo acostumbrado, llamábanle endemoniado, dándole ya este nombre por cuarta vez. En efecto, antes decían: *Demonio tienes; ¿quién te busca para darte muerte?* Y de nuevo: *¿No decíamos bien que tú eres samaritano y tienes demonio?* Y aquí: *Demonio tiene y está loco. ¿A qué le oís?* Y por mejor decir, oyó eso no cuatro, sino aún muchas veces. Porque el decir: *¿No decíamos bien que tienes demonio?*, es señal que dijeron esto no dos o tres, sino aún muchas veces. Y otros decían: *“Estas palabras no son de endemoniado. ¿Puede acaso un demonio abrir los ojos de los ciegos?”* Como no podían hacerle enmudecer por las palabras, valíanse de la prueba de las obras. “Porque, a la verdad, ni aun las palabras de endemoniado;

pero si por las palabras no os persuadís, a lo menos respetad las obras. Y si no son de endemoniado, y por otra parte, son más que humanas, claro es que son efecto de algún poder divino". ¿Ves el silogismo? Que eran más que humanas es manifiesto, porque decían: *Demonio tiene*; pero que no tenía demonio lo demostró El por las obras que hizo. Y ¿qué hace Cristo? Nada responde. Antes había respondido: *Yo no tengo demonio*; mas no así ahora. Una vez que había dado la prueba de las obras, prefirió callar. Ya que ni respuesta merecían los que le llamaban endemoniados por aquellas obras, por las cuales debieran admirarle y tenerle por Dios. Por otro lado, ¿qué necesidad había de argumentos los unos contra los otros? Por eso callaban, y sufríalo todo con mansedumbre. Ni sólo por este motivo, sino también por enseñarnos toda mansedumbre y magnanimidad.

V

Imitémosle, pues; porque no sólo calló, sino que de nuevo insiste, y preguntado, responde y da pruebas de su providencia; y apellidado endemoniado y loco por hombres a quienes había hecho innumerables beneficios, y esto no una ni dos, sino muchas veces, no sólo no se vengó, sino que cesó de hacerles beneficios. Y ¿qué digo hacerles beneficios? Por ellos dio aun su vida, y al ser crucificado, habla en su favor al Padre. Imitemos, pues, estos ejemplos también nosotros. Que esto es ser discípulo de Cristo: ser manso y benigno. Y ¿de dónde nos podrá venir esta mansedumbre? De recapacitar continuamente nuestros pecados, de llorar y derramar lágrimas por ellos. El alma que con este dolor viva es incapaz de irritarse y airarse. Pues donde hay dolor, imposible que haya ira; donde hay tristeza, la ira se ve desterrada; donde hay contrición del alma, la indignación no tiene lugar. Porque al espíritu, bajo el azote del dolor, no le queda espacio para levantarse en ira; antes amargamente gime y más amargamente se lamenta.

Bien se que muchos se ríen al oírlo; mas yo no cesaré de llorar a los que sé ríen. De llanto, de lágrimas y de gemidos es el tiempo presente. Porque mucho pecamos de palabras y de obra. Y a los que tales culpas cometen les aguarda el infierno, y el río que hierve en impetuosas ondas de fuego, y la pérdida del reino de los cielos, que es lo más terrible de todo. Pues con tales amenazas, dime, ¿te ríes y te entregas al placer? Y mientras tu Señor está irritado y te amenaza, ¿permaneces tendido en tu desidia? Y ¿no temes inflamar con eso

más y más el horno? ¿No oyes lo que cada día está clamando? *Me visteis hambriento, y no me disteis de comer; sediento, y no me disteis de beber. Id al fuego preparado para el diablo y sus ángeles* (Matth., XXV, 42, 41). Y esto está amenazando cada día.

VI

Pero le he alimentado, replicas. ¿Cuándo y cuántos días, diez o veinte? Mas no quiere solamente ese tiempo, sino mientras vives sobre la tierra. Que también las vírgenes tenían aceite, mas no el suficiente para su salvación. También ellas encendieron sus lámparas, mas fueron excluidas del tálamo. Y con mucha razón, porque se les apagaron antes de la venida del Esposo. Por tanto, gran cantidad de óleo, abundante misericordia hemos menester. Oye, en efecto, lo que dice el Profeta: *Ten misericordia de mí, Señor, según tu grande misericordia* (Ps, L, 1). Así, pues, también nosotros debemos complacernos del prójimo, según la grande misericordia de que seamos capaces. Pues cuales fuéremos para los consiervos, tal hallaremos al Señor. Y ¿cuál es grande misericordia? Cuando damos, no de lo superfluo, sino de lo necesario. Pues si ni aun lo superfluo diéremos, ¿qué esperanza nos quedará? ¿Cómo nos libraremos de aquellos males? ¿Adónde podremos acogernos, que hallemos salvación? Si las vírgenes, después de tantos y tales trabajos y sudores, no recibieron consuelo alguno de ningún género, ¿quién nos asistirá a nosotros cuando oigamos aquellas tremendas palabras del mismo Juez, que nos dirá y echará en cara: *¡Tuve hambre, y no me disteis de comer! y Lo que no hicisteis a uno de estos pequeñuelos, también a Mí me lo dejasteis de hacer!* (Matth., XXV, 42). Donde no habla sólo de los discípulos, ni de los que escogieron vida solitaria, sino de todo fiel. Porque el tal, aunque sea siervo, aunque mendigue por las plazas, con tal que crea en Dios, es acreedor a toda benevolencia. Y si desnudo y hambriento le despreciamos, oiremos estas palabras. Y muy bien merecido.

VII

Porque, en efecto: ¿Qué hay de pesado ni enojoso en lo que nos pide? ¿Qué hay, por el contrario, que no sea muy fácil y hacedero? Ya

que no dijo: *Enfermo estaba*, y “no me curasteis”, sino: *No me visitasteis*. No, dijo: *En la cárcel estaba*, y “no me sacasteis”, sino: *No vinisteis a Mí*. Pues bien: cuanto son más ligeros los preceptos, tanto será más grave el castigo de los transgresores. ¿Qué cosa más fácil, dime, que el ir a visitar la cárcel? ¿Qué cosa más dulce? Cuando veas a unos atados, a otros escuálidos, a éstos con larga cabellera y cubiertos de andrajos, a aquellos consumidos de hambre, y acudiendo cual perros a tus pies; quiénes desgarrados los costados, quiénes que vuelven ahora de la plaza atados, los cuales mendigando cada día no reúnen ni el necesario sustento, y al caer de la tarde son obligados por los alcaides a aquel trabajo malhadado y cruel; aunque seas una piedra, sin duda te harás más humano, y aunque lleves una vida muelle y relajada, sin duda te harás más morigerado, contemplando la condición de las cosas humanas en las calamidades ajenas. No podrás menos de pensar en aquel terrible día y sus variados suplicios. Y revolviendo y meditando estos pensamientos, arrojarás de ti la ira y el placer y el amor de las cosas de esta vida, y proporcionarás a tu alma mayor tranquilidad que la del puerto más tranquilo, y reflexionarás sobre aquel tribunal, considerando que si entre los hombres hay tanta previsión y tanto orden, terror y amenazas, cuánto más lo habrá en Dios. Porque *no hay potestad alguna, sino (derivada) de Dios* (Rom., XIII, 1). Por tanto, quien a los príncipes dio facultad de ordenar esas cosas, mucho más las ejecutará por sí mismo.

En efecto: si no fuese por este temor, todo estaría perdido; ya que aun ahora con amenazarse tantos castigos, son muchos los que se lanzan sin freno a la maldad.

Si reflexionas estas verdades será más presto para la limosna y recogerás por fruto gran placer, mucho mayor que los que bajan de los espectáculos. Porque los que se levantan de allí arden inflamados por la concupiscencia. Pues una vez de haber visto aquellas aladas mujeres de la escena y recibido heridas sin número, han de sentirse cual un mar embravecido, cuando la figura, las miradas, los trajes, las palabras, el andar y todo lo demás de aquellas mujeres se les vengan delante de los ojos y ponga en asedio sus almas. Mas a los que salgan de aquí (de la cárcel) nada semejante les sucederá, antes tendrán por fruto mucha paz y calma imperturbable. Porque la compunción que se produce con la vista de los presos apaga todo aquel fuego. Y aunque se presente una fornicaria y lasciva delante de quien sale de la cárcel, no le causará daño alguno. Pues cual si se hubiera convertido en

inaccesible a todo, no se dejará prender en las redes de aquella vista, teniendo ante los ojos, en vez del impuro rostro, el temor del juicio. Por eso aquel que había gozado toda especie de placer decía: *Mejor es ir a la casa del llanto que a la casa de la risa* (Eccle., VII, 3). Y así en esta vida será virtuoso y en la otra oír palabras de felicidad sobre toda ponderación.

VIII

¡No descuidemos, pues, esta obra y ejercicio! Pues aunque no podamos llevar alimento ni socorrerlos con dinero, podremos a lo menos consolarlos de palabra y levantar los ánimos abatidos y ayudarlos de otras muchas maneras, ora hablando con los que los encarcelaron, ora amansando a los alcaides, y mucho o poco, siempre los aprovecharemos.

Y si me dices que no son hombres de buena condición, ni probos ni honrados, sino homicidas, profanadores de sepulcros, rateros, adúlteros, lascivos y llenos de muchas maldades, de nuevo alegas una excusa que prueba la necesidad de acudir allá. Porque, a la verdad, no se nos manda tener misericordia de los buenos y castigar a los malos, sino mostrar esta piedad con todos. *Haceos dice semejantes a vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace salir su sol sobre malos y buenos, y llueve sobre justos e injustos* (Matth., V, 45). Por tanto, no reprendas con acerbidad a los prójimos, ni seas terrible juez, sino llegando a ser adúlteros, ni profanadores de sepulcros, ni ladrones, tenemos otros delitos dignos de gravísimo suplicio. Hemos llamado muchas veces a nuestro hermano “necio”, lo cual nos hace reo del infierno, y mirado a mujeres con ojos impuros, lo cual constituye adulterio consumado, y lo que es terrible sobre todo lo demás, hemos recibido no dignamente los misterios (eucarísticos), lo cual nos hace reos del cuerpo y de la sangre de Cristo. No seamos, pues, acerbos inquisidores de los demás, antes consideremos nuestras propias culpas, y así nos despojaremos de esta inhumanidad y crueldad.

Mas fuera de esto se ha de añadir; que hallaremos allí muchos hombres buenos, y muchas veces comparables con toda la ciudad. Como también aquella cárcel donde estaba José tenía dentro muchos malvados; y, sin embargo, de todos tenía cuenta aquel justo, y estaba oculto entre los demás. Era, en efecto, comparable con todo el Egip-

to, y a pesar de eso, habitaba en la cárcel, y no lo sabía nadie de los que estaban dentro. Pues bien: también ahora es verosímil que haya muchos buenos y modestos, aunque no sean de todos conocidos, y el cuidado que de ellos tengas te proporciona la retribución del cuidado empleado en todos. Pero aun cuando ninguno hubiera de esa condición, siempre es grande la recompensa. Que también tu Señor no hablaba tan sólo a los justos y rechazaba a los injustos, antes bien, a la cananea recibió con suma benevolencia, y a la samaritana execrable e impura, y no menos a otra fornicaria, recibió y tomó a su cuidado, y se lo reprocharon los judíos, y consintió en que sus pies fueran regados por las lágrimas de la execrable mujer, enseñándonos a ser condescendientes con los pecadores. En esto principalmente consiste la benignidad.

IX

¿Qué dices? ¿que son ladrones y profanadores de sepulturas los que habitan la cárcel? Y ¿acaso, díme, son justos todos los que habitan la ciudad? antes ¿no hay muchos peores que aquellos, y que roban con mayor desvergüenza? Porque aquellos, si otra cosa no, a lo menos buscan el refugio de la soledad y las tinieblas, y el poderlo hacer a ocultas; pero éstos arrojan la máscara y hacen el mal a cara descubierta, violentos, ladrones, avaros. Difícil es hallar un hombre exento de injusticia.

Y si no arrebatamos oro, ni tantas o tantas yugadas de tierra, al fin en cosas menores y en lo que podemos hacemos lo mismo con ciertos fraudes y robos. Cuando en el comercio y en las compras y ventas disputamos y hacemos violencia por dar menos de lo justo, y todo lo revolvemos a este fin, ¿no es eso latrocinio? ¿no es robo y avaricia? Y no me vengas a decir que no robaste una casa ni un esclavo. Que la injusticia no se discierne por la medida de lo robado, sino por la voluntad de los que roban. Lo justo y lo injusto tiene la misma razón de ser en lo grande que en lo pequeño; y lo mismo llamo ladrón (cortabolsas) al que rompe la bolsa ajena y roba oro, que al que haciendo una compra defrauda algo del justo precio; y lo mismo llamo salteador (perforador de paredes) al que atraviesa un muro y sustrae algo de lo interior, que al que viola el derecho y quita algo al prójimo. No nos hagamos, pues, jueces de lo ajeno, pasando por alto

lo nuestro; ni cuando es tiempo de benignidad, andemos inquiriendo la maldad: antes acordémonos en qué estado nos hallábamos antes también nosotros, y seamos alguna vez, por fin, mansos y misericordiosos. Y ¿en qué estado nos hallábamos? Oye a San Pablo, que dice: *Porque éramos también nosotros un tiempo contumaces, insensatos, extraviados, siervos de pasiones y placeres varios, aborrecibles y odiadores los unos de los otros* (Tit., III, 3); y otra vez: *Eramos por naturaleza hijos de la ira* (Eph., II, 3). Pero Dios, viéndonos cual encarcelados y sujetos con terribles cadenas, mucho peores que las forjadas de hierro, no se avergonzó de nosotros, antes vino y se presentó en la cárcel, y a los que eran dignos de infinitos suplicios los sacó de allí y los llevó al reino, y los hizo más resplandecientes que el cielo, a fin de que también nosotros, según nuestra posibilidad, hagamos lo mismo. Puesto que, cuando dijo a los discípulos: *Si Yo os he lavado los pies, el Señor y el Maestro, también vosotros debéis lavar los pies unos a otros; porque ejemplo os he dado, para que como Yo lo he hecho, así lo hagáis vosotros* (Jo., XIII, 14); no estableció esta ley tan sólo acerca de lavar los pies, sino también de todo lo demás que El hizo por nosotros. ¿Es homicida el que está en la cárcel? No nos cansemos nosotros de hacer bien. ¿Es profanador de sepulcros y adúltero? No miremos la maldad, sino compadezcamos la desgracia. Y muchas veces, como he dicho, hallaremos allí algún hombre que valga por otros innumerables; y si continuamente acudes a los encarcelados, no perderás tan buena presa. Así como Abraham, dado hospedaje a todos, se encontró una vez con ángeles; así nosotros, si nos ejercitamos en esta obra, hallaremos a veces grandes hombres. Y si algo maravilloso he de decir, no es tan digno de alabanza el que hospeda a un hombre ilustre, como el que recibe a un abyecto y miserable. Ya que el primero en su propia vida ofrece motivo de ser bien tratado, mas el abyecto y despreciado de todos no tiene más puerto de refugio que la misericordia del bienhechor; de suerte que esta es principalmente pura clemencia. Además de que quien trata bien a un hombre ilustre y admirable, hácelo muchas veces por ostentación; pero quien cuida del abyecto y desconocido, solamente lo hace por el mandamiento de Dios. Por eso, si damos un convite, se nos manda recibir a los cojos y mutilados; si damos limosna, se nos ordena compadecernos de los más pequeños y viles. Porque *En cuanto lo hicisteis*, dice, *con uno de estos hermanos míos más pequeños, conmigo lo hicisteis* (Matth., XXV, 40).

Conocido, pues, el tesoro que allí se esconde, entremos con frecuencia y negociemos, y volvamos allá la afición a los espectáculos; y si nada puedes llevar, lleva a lo menos el consuelo de las palabras: porque Dios no solamente galardona al que da sustento, sino simplemente al que entra a visitar. Cuando, entrado allí, hubieres levantado un ánimo lleno de temor y temblor, exhortándole, ayudándole, prometiéndole socorro, enseñándole la virtud cristiana, no será poco el premio que de aquí percibas. Muchos de los de fuera, es verdad, se reirán mientras tú hables de ese modo, relajados a fuerza de placeres; pero en tanto los desgraciados, oprimido el ánimo, atenderán con grande modestia a tus palabras, te alabarán y mejorarán de conducta. También cuando Pablo predicaba se burlaban muchas veces los judíos, pero los presos le escuchaban con gran reposo. Porque nada hay que en tanto grado prepare el alma para la virtud que le es necesaria, como la desgracia, la tentación y la tribulación.

Por tanto, considerando todas estas cosas, y cuánto bien haremos a los encarcelados y cuánto a nosotros mismos, si muchas veces tratamos con ellos; empleemos allí nuestras conversaciones de la calle y nuestros inútiles ocios, para que a ellos los ganemos, a nosotros nos proporcionemos satisfacción y alegría, glorifiquemos a Dios, y obtenemos los bienes sempiternos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea al Padre la gloria, juntamente con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LXXVII

TEXTO DEL EVANGELIO:

Cap. XV, v. 11. Estas cosas os he dicho para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido. 12. Este es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros, como Yo os amé. (13. Ninguno tiene mayor amor que éste, que es dar la vida por sus amigos).

14. Vosotros sois mis amigos, si hiciereis las cosas que Yo os mando. 15. No os llamaré ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Mas a vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre.

16. No me elegisteis vosotros a Mí, sino que Yo os elegí a vosotros, y os puse para que vayáis, y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo cuanto pidiereis a mí Padre en mi nombre, os lo de.

17. Esto os encomiendo, que os améis los unos a los otros.

18. Si el mundo os aborrece, sabed que me aborrió a Mí antes que a vosotros. 19. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo; mas porque no sois del mundo, antes Yo os escogí del mundo, por eso os aborrece el mundo. 20. Acordados de mi palabra, que Yo os he dicho: No es el siervo mayor que su señor. Si a Mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros: si han observado (=acechado a) mi palabra, también observarán (=acecharán a) la vuestra.

21. Mas todas estas cosas os harán por causa de mi nombre, porque no conocen a Aquel que me envió. 22. Si Yo no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado; mas ahora no tienen excusa de su pecado.

23. El que a Mí me aborrece, también aborrece a mi Padre.

24. Si no hubiese hecho entre ellos obras, que ningún otro hizo, no tendrían pecado: mas ahora las han visto, y me aborrecen a Mí y a mi Padre.

25. Mas para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Me aborrecieron de grado (Ps. XXIV, 19; LXVIII, 5).

26. Pero cuando viniere el Consolador, que Yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, El dará testimonio de Mí.

27. Y vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio.

Cap. XVI, v. 1. Esto os he dicho, para que no os escandalicéis. 2. Os echarán de las sinagogas; mas viene la hora en que cualquiera que os mate juzgará que hace un servicio a Dios. 3. Y os harán esto porque no conocieron al Padre ni a Mí.

4. Mas estas cosas os he dicho, para que, cuando viniere la hora, os acordéis de ellas, que Yo os las dije.

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Necesidad de la perseverancia en el bien (XV, v. 11).

II. Excelencia de la caridad (vv. 12, 13).

III. Amor de Cristo a los suyos (vv. 14-16).

IV. Expone los vv. 17 y sigs. y el enlace que los une. Cómo consuela el Señor a los discípulos y los previene para los trabajos con su propio ejemplo (vv. 17-25).

V. Para quitarles toda turbación les promete el Espíritu Santo (v. 26).

VI. Predice el Señor las persecuciones de los Apóstoles, consolándolos al mismo tiempo, y les manda tener presente la predicción, en testimonio de su divinidad (XVI, 1-4).

VII. Exhortación práctica. Cuando sufrimos de parte de los malos debe consolarnos la idea de que sufrimos por Cristo. Además, miremos, no al trabajo, sino a la corona que nos espera.— Aplicación de esta doctrina a la limosna. Elocuente amplificación. Motivos. 1. *Con la medida que midiereis seréis medidos.* 2. *Todo lo que no hicisteis a cualquiera de éstos, ni a Mí me lo hicisteis.*

VIII. 3. Liberalidad de Cristo con los hombres. Cortedad de los hombres con Cristo, siendo así que lo mismo que dan de limosna no es suyo. Repréndese la inhumanidad de muchos. 4. Brevedad de esta vida, y cuánto importa para la venidera hacer limosna. El limosnero más que a los pobres se favorece a sí mismo.

I

Cap. XV, v. 11. *Estas cosas os he dicho, para que mi gozo permanezca en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.* 12. *Este es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros, como Yo os amé.*

Todos los bienes tienen su premio, cuando llegan a su término conveniente; pero interrumpirlos en el intermedio es padecer naufragio. Y así como una nave cargada de infinitas mercancías, si no arriba al puerto, sino que se hunde en medio del mar, nada gana de su larga navegación, antes sufre tanto mayor desastre cuanto eran mayores los trabajos tolerados; así también lo mismo sucede a las almas que decaen antes del término de sus fatigas y se deshacen en medio de los combates. Por eso San Pablo dice que los que consiguen gloria, honor y paz son aquellos que corren perseverando en hacer buenas obras (Rom., II, 7). Y es lo que Cristo intenta ahora en sus discípulos. Porque como El los había recibido y se alegraban por ello, y, por otra parte, a pasión y las palabras de tristeza, les habían de interrumpir el gozo; después de haberles dicho muchas otras cosas y haberlos consolado, dice: 11. *Estas cosas os he dicho, para que mi gozo permanezca en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido;* esto es, para que no os apartéis de Mí, para que no interrumpáis la carrera. Os habéis regocijado en Mí, y con gran regocijo; pero ha sobrevenido la tristeza. Por eso os la quito, para que vuestro gozo llegue al término; dándoos a entender que las cosas presentes no merecen tristeza, sino alegría. He visto vuestro escándalo: no os he despreciado, ni os he dicho: “¿Por qué no perseveráis con esfuerzo?”, antes os he hablado palabras de consuelo. Así quiero consiervos siempre en este mismo amor. Habéis oído hablar del reino, y os habéis alegrado: pues bien, para que vuestro gozo llegue a su colmo, para eso os he dicho estas cosas.

II

12. *Y este es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros como Yo os amé.* ¿Ves la claridad de Dios entrelazada con la nuestra y como unificada y encadenada con ella? Por esta razón unas veces le llama dos mandamientos y otras veces uno: porque no es posible que quien tenga el uno, no tenga también el otro. En una ocasión dice: *De aquí depende toda la ley y los Profetas* (Matth., XXII, 40); y en otra: *Lo que quisiereis que os hagan a vosotros los hombres, hacédselo a ellos vosotros. Porque esta es la ley y los Profetas* (Matth., VII, 12). Y además: *Plenitud de la ley es la caridad* (Rom., XIII, 10); que es lo que también aquí dice. Porque si el *permanecer* depende de la caridad, y la caridad de la observancia de los mandamientos, y el mandamiento es que nos amemos los unos a los otros, el permanecer en Dios depende de la caridad mutua.

Y no sólo encarga el amor, sino que enseña también el modo: *como Yo os amé.* De nuevo hace ver que aquella su retirada (a la muerte) no procedía de odio, sino de amor: de suerte que por ella me debierais admirar más: pues por vosotros dejo mi vida (v. 13). Mas en ninguna parte les habla en estos términos, sino que arriba lo hace describiendo al buen pastor, y aquí exhortándolos y mostrándoles la grandeza del amor, y declarándoles quién era. ¿Y por qué siempre ensalza la caridad? Porque ella es el distintivo de los discípulos, ella la que da consistencia y enlace a la virtud. Por eso afirma esto mismo de ella San Pablo, a fuer de genuino discípulo de Cristo, y que la conocía por experiencia.

III

14. *Vosotros sois mis amigos.* 15. *No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Vosotros sois mis amigos, porque todas las cosas que he oído de mi Padre os la he dado a conocer.* Pues ¿cómo dice: *Muchas cosas tengo que deciros, mas no las podéis llevar ahora?* (Jo., XVI, 12). Por las palabras *Todas las cosas y Oído*, significa tan sólo que no dice otra cosa sino lo oído del Padre. Y como se tiene por especialísima señal de amistad el decir los secretos, por eso, dice, os he hecho también la gracia de esta comunicación. A continuación pone además otra señal, nada vulgar, de

amistad. Y ¿cuál es? 16. *No me elegisteis vosotros a Mí*, dice, *sino que Yo os elegí a vosotros*: esto es, yo corrí tras vuestra amistad. Ni se contentó con esto, sino que les dice: *Yo os puse*, eso es, os planté, *para que vayáis* (todavía continúa la metáfora de la viña), esto es, para que os extendáis, *y llevéis fruto*, y *vuestro fruto permanezca*. Y si permanece el fruto, mucho más vosotros mismos. Porque “no me contenté, dice, con teneros afecto de amor, sino que os hice grandes beneficios, extendiendo vuestros sarmientos por toda la tierra”.

¿Ves de cuántas maneras muestra el amor? Descubriéndoles los secretos, siendo el primero en buscar su amistad, haciéndoles grandes beneficios, padeciendo por ellos lo que entonces padeció. Y por aquí les hace ver que estará siempre con ellos, para que den fruto. Porque necesario es que tengan su auxilio, para poder fructificar.

Para que cuanto pudiereis a mi Padre en mi nombre, os lo de ²⁰. El otorgar la petición es propio de aquel a quien se pide: sí, pues, se pide al Padre, ¿cómo la otorga el Hijo?— Para que entiendas que el Hijo no es menor.

IV

17. *Estas cosas os he dicho, para que os améis los unos a los otros*: esto es, el deciros estas cosas, que Yo doy la vida, que he sido el primero en buscar vuestra amistad, no ha sido para daros en rostro con ellas, sino para induciros al amor mutuo.

Después, como el ser perseguidos y afrentados era cosa dura e intolerable, y suficiente para abatir aunque fuese a un ánimo excelso; por eso no descende a hablar de ello, sino después de muchos preliminares: porque primero suavizó los ánimos, y entonces les habló de este asunto, haciéndoles ver que aún eso cedía en bien de ellos, como se lo había también probado de todo lo demás.

En efecto: así como les dijo que no sólo no debían entristecerse, antes alegrarse, de que iba al Padre, pues no lo hacía por dejarlos, sino con mucho amor, así también en este asunto les hace ver que deben regocijarse, y no dolerse. Y mira cómo lo obtiene. No les dijo: “Bien se que la cosa es dura, pero toleradla por Mí, ya que por Mí la sufrís”. Esta razón no hubiera sido todavía suficiente para consolarlos: así es que, dejándola a un lado, les pone delante otra. Y ¿cuál es? Que aquello (el padecer persecución) sería señal de la pasada virtud

de ellos, y, por el contrario, deberíais entristeceros, no de que sois ahora aborrecidos (del mundo), sino si hubierais de ser amados. Esto es, en efecto, lo que se insinúa en las palabras: 19. *Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo*. Y así, si fuerais amados de él, es claro que daríais prueba de vuestra maldad. Y a continuación, una vez que estas palabras no bastaron para el objeto, continúa en su razonamiento: 20. *No es el siervo mayor que su señor. Si a Mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros*. Dio a entender que en esto principalmente le habían de imitar. Puesto que mientras Jesucristo vivía en la carne, contra él se enderezaba la guerra; mas una vez que murió, la lucha se volvió contra ellos. además, como por ser tan pocos para combatir contra tan grande muchedumbre, se turbaban, levanta sus ánimos, diciéndoles: “Esto es más que nada lo que os debe causar alegría, el ser aborrecidos por ellos; porque así seréis participantes de mis padecimientos. No debéis, por tanto, turbaros, pues no sois mejores que Yo: que, como antes he dicho, *No es el siervo mayor que su señor*”. Fuera de esto, la tercera razón de consuelo es, que el Padre es injuriado juntamente con ellos. 21. *Pues todas estas cosas, dice, os harán por causa de mi nombre, porque no conocen a Aquel que me envió*: esto es, también a El le ultrajan. Y además, privándolo de perdón (a los perseguidores) y añadiendo otra razón de consuelo, dice: 22. *Si Yo no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado*; dando a entender que obrarían inicuaamente contra El y contra los discípulos.— ¿Por qué, pues, nos ha traído a estos males? ¿No preveías tú las guerras y el odio? Por eso añade: 23. *El que a Mí me aborrece, también aborrece a mi Padre*, denunciándoles por este motivo no leve suplicio. Porque como se excusaban continuamente que les perseguían por la honra del Padre, dijo estas palabras, cerrándoles todo camino de defensa: “No tienen ya excusa alguna: les he dado la enseñanza de mis palabras, les he puesto delante la de las obras según la ley de Moisés, el cual manda que todos obedezcan a quien tales cosas hace y dice, siempre que encamine a la piedad y presente milagros estupendos”. Pues no fueron milagros comoquiera, sino cuales no los hizo otro ninguno (v. 24). Testigos eran ellos mismos, que decían: *Jamás apareció otro hombre como éste en Israel* (Matth., IX, 33); y *No se oyó desde que hay mundo, que abriese nadie los ojos de un ciego de nacimiento* (Jo., IX, 32); y así fue la resurrección de Lázaro; y así todo lo demás: y también el modo de hacer los milagros: todo era extraordinario y admirable. Pues ¿por qué, podían decir, te

persiguen a ti y a nosotros? *Porque no sois del mundo. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo.* Les trae a la memoria las palabras que había dicho a sus hermanos (o parientes más próximos): sólo que allí las dijo con más disimulo, para no ofenderlos, y aquí, por el contrario, lo descubrió todo.— Y ¿por dónde consta que somos aborrecidos por esta causa?— Por lo acontecido conmigo. Porque, dime ¿a qué se pudieron asir, o en mis palabras, o en mis obras, para no recibirme?— Después como el hecho era tan estupendo, añadió también la razón: que no era sino la maldad de ellos. Y ni aun esto le basta, sino que alega al Profeta, haciendo ver que ya él de antemano lo había vaticinado, al decir: 25. *Me aborrecieron de grado* (Ps. LXVIII, 5). Lo mismo hace también San Pablo, cuando, admirándose mucho de que los judíos no hubieran creído, aduce los Profetas que mucho antes lo predijeron, y descubrieron la causa, que era la maldad y soberbia de aquellos.

V

“¿Luego qué? (podían objetarle): Si no guardaron tu palabra, tampoco guardarán la nuestra; si a ti te persiguieron, por lo mismo también nos perseguirán a nosotros, si vieron milagros, cuales ningún otro lo hizo; si oyeron palabras, cuales ninguno las oyó, y nada aprovecharon, si aborrecen a tu Padre y a ti mismo con El, ¿para qué nos echas en medio del peligro? ¿Cómo se nos podrá dar crédito? ¿Quién de los de nuestra nación nos prestará oído?”— Pues bien para que no se turbaran con tales pensamientos, mira qué consuelo les pone delante. 26. *Cuando viniere el Consolador, que Yo enviaré, el Espíritu de verdad que procede del Padre, El dará testimonio de Mí.* 27. *Y vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio.* “El será fidedigno, porque es Espíritu de verdad”. Por eso no le llama Espíritu Santo, sino Espíritu de verdad. Las palabras: *Que procede del Padre*, significan que todo lo sabe con perfección, como también El había dicho de sí mismo: *Se de dónde vengo y adónde voy* (VIII, 14), hablando también allí acerca de la verdad. *A quien Yo enviaré.* Ved cómo no le envía solamente el Padre, sino también el Hijo. Y (v. 27) también vosotros tenéis motivo de que se os crea, pues habéis estado conmigo, y no lo habéis oído de otros extraños. Y los mismos Apóstoles se apoyan en esto, al decir: *Nosotros los que comimos y bebimos*

con El (Act., X, 41). Y que esto no lo decían vanamente, daba testimonio el Espíritu Santo.

VI

Cap. XVI, v. 1. *Esto os he dicho, para que no os escandalicéis:* esto es, cuando viereis a muchos que no crean, y a vosotros mismos padeciendo graves trabajos. 2. *Os echarán de las sinagogas.* Porque ya habían decretado que si alguno confesara a Cristo, fuera echado de la sinagoga. *Y aun viene la hora en que cualquiera que os mate juzgará que hace un servicio a Dios:* de tal manera buscan vuestra muerte, como si ella fuera cosa piadosa y agradable a Dios. A continuación los consuela, diciendo: 3. *Y harán esto porque no conocieron al Padre ni a Mí.* Bástaos, por todo consuelo, el padecer estas cosas por Mí y por el Padre. Aquí les recuerda de nuevo la bienaventuranza que al principio había pronunciado: *bienaventurados sois, cuando os injuriasen, y persiguieren, y dijeren contra vosotros con mentira todo mal por causa de Mí. Alegraos y regocijaos, porque vuestro galardón es grande en los cielos* (Matth., V, 11, 12).

4. *Estas cosas os he dicho, para que cuando viniera la hora os acordéis de ellas,* “de suerte que por ellas creáis también las demás. Pues no podréis decir que, por adularos, solamente os dije lo agradable, ni que las mías eran palabras de engaño: que quien os quisiera engañar no había de deciros estas cosas que os podían apartar de sí. Os las he dicho, pues, de antemano, para que cuando sucedan no os turben cogiéndoo desprevénidos, y además, para que no digáis que Yo no las había previsto. Acordaos, pues, *que Yo os las dije*”.

Siempre, en efecto (los judíos), ponían al perseguirlos por pretexto el decir que los expulsaban como a falsarios. Mas esto no turbaba a los discípulos, que habían oído de antemano y sabían por qué padecían: pues bastaba para animarlos la causa de lo que les pasaba. Por esto (Cristo) se la repite en todas partes diciendo: *No me conocieron, y por Mí lo harán, y por mi nombre y por mi Padre* (Jo., XVI, 3; XV, 21). Yo padecí el primero. No se lanzan a eso por motivo justo.

VII

Esto pensemos también nosotros en las tentaciones, cuando sufriéremos algo de parte de los malos, poniendo la mirada en el capitán

y consumidor de nuestra fe (Hebr., XII, 2), y en que padecemos de parte de hombres perversos, y por la virtud, y por causa de El. Que si esto consideramos, todo nos será fácil y tolerable. Si padeciendo uno por personas amadas se complace en ello; si se padece algo por Dios, ¿qué impresión harán los trabajos? Porque si El llamaba gloria por nosotros a lo más ignominioso, como era la cruz, ¡cuánto más debemos nosotros estar en esta disposición de ánimo! Y si de este modo podemos despreciar los padecimientos, mucho más las riquezas y la avaricia de ellas. Conviene, pues, que cuando hayamos de sufrir algo desagradable, no pensemos en los trabajos, sino en las coronas. Así como los mercaderes no tienen en cuenta solamente los mares, sino también las ganancias de la navegación, así nosotros debemos pensar en el cielo y en la intimidad con Dios. Y si te parece sabroso el tener mucho, considera que Cristo no lo quiere, y al punto te parecerá desabrido. A su vez, si el dar a los pobres se te hace molesto, no pares la atención solamente en el gasto, antes inmediatamente traslada el pensamiento de la siembra a la siega. Y cuando te sea pesado el despreciar la concupiscencia de la mujer ajena, considera la corona del trabajo, y le vencerás con facilidad. Si el temor de los hombres aparte de las obras inconvenientes, ¡cuánto más lo hará el amor de Cristo!

Dura es la virtud, pero mirémosla como envuelta en la grandeza de las promesas de los bienes futuros. Los que son virtuosos, aun sin esto, la miran de frente como hermosa en sí misma, y por eso la ejercitan, y obran bien por agradar a Dios y no por premio: y tienen en grande estima la continencia, no para no ser castigados, sino porque Dios la mandó guardar. Pero si alguno es más débil, piense también en los premios.

Hagamos lo mismo tratándose de la limosna, y tengamos compasión de nuestros prójimos, y no despreciemos a los que se consumen de hambre. ¿Cómo no ha de ser absurdo que nosotros estemos sentados a la mesa en risa y placeres, y que al oír a otros gemir en las encrucijadas, ni aun siquiera nos volvamos a sus lamentos, antes no enfademos y los llamemos engañadores? ¿Qué dices, hombre? ¿Por un pan va uno a ponerse a engañar?— Si, responde.— Pues razón de más para compadecerte de él: razón de más para que le saques de su necesidad. Pero si no le quieres dar, tampoco le ultrajes: si no le quieres sacar del naufragio, a lo menos no le empujes al abismo. Porque considera, cuando hubieres arrojado de ti al pobre que se te

acercaba, quién será delante de Dios, qué fuerza tendrás cuando le pidas. Pues *con la medida con que midiereis*, dice, *se os medirá también a vosotros* (Matth., VII, 2). Considera cuán atribulado se va el pobre, cabizbajo, sollozando, después de recibir, además de la pobreza, la herida del ultraje. Que si el mendigar tenéis por maldición, no recibir mendigando, y salir tras eso ultrajado, mirad qué tempestad tiene que levantar. ¿Hasta cuándo hemos de ser semejantes a las fieras, y desconocer por la avaricia nuestra misma naturaleza? Muchos sollozan al oír estas cosas; mas no quiero que sólo ahora, sino siempre tengáis esta compasión. Considera aquel día en que nos hemos de presentar en el tribunal de Cristo: cuando pediremos que se nos tenga compasión, y sacándolos Cristo al medio, nos diga: “Por un pan y por un óbolo suscitasteis en estas almas tan grave tormenta”. ¿Qué diremos entonces? ¿Cómo nos defenderemos? Y que los ha de presentar allí, oye cómo lo dice: *Todo lo que no hicisteis a uno de éstos, ni a Mí me lo hicisteis* (Matth., XXV, 45). No han de ser ellos entonces los que nos hablen, sino Dios el que nos ha de reprender por ellos. Como también a Lázaro le vió el rico, mas Lázaro nada le habló, sino que Abraham tomó a su cuenta el defenderle. Así sucederá también a los pobres, que son ahora despreciados por nosotros. No los veremos ya tendiendo las manos, de aspecto miserable, sino en descanso y refrigerio; mas nosotros tomaremos entonces su aspecto, y ¡ojalá solamente el aspecto, y no, lo que es mucho más terrible, el suplicio! Que el rico allí no deseaba hartarse de las migas; sino que se sentía quemar vivo, y atormentar terriblemente, y oyó las palabras: *Recibiste los bienes en tu vida, y Lázaro los males* (Luc., XVI, 25). No creamos, pues, que son algo grande las riquezas: que no serán para nosotros sino camino del suplicio, si no ponemos atención: como, al revés, si atendemos, la pobreza se nos convierte en aumento de felicidad y descanso. Pues si con acción de gracias la sufrimos, dejamos los pecados, y alcanzamos grande confianza para con Dios.

VIII

No busquemos, pues, siempre el placer, para que allí gocemos placer: antes abracemos los trabajos de la virtud, cercenemos lo superfluo, y no busquemos otra cosa, sino gastemos toda nuestra hacienda con los necesitados. ¿Qué excusa tendremos, siendo así que el

nos promete el cielo, y nosotros ni siquiera le damos pan? ¿Cuando El hace salir por ti el sol y te presenta todo el servicio de la creación, y tú ni siquiera le das un vestido, ni le haces participar de tu techo? Y ¿qué digo el sol y la creación? Su propio cuerpo te puso delante, y te dió su sangre preciosa: ¿y tú no le das siquiera de beber? ¿Es que se lo diste ya una vez? Eso no es misericordia: siempre que, teniendo, no le socorras, no llenas todo tu deber. Así también las vírgenes tenían aceite en sus lámparas, pero no en abundancia. Porque razonable era, que aunque dieras de lo tuyo, no fueras tan parco: pero ahora una vez que das las cosas de tu Señor, ¿por qué eres mezquino? ¿Queréis que os diga la causa de tal inhumanidad? No es sino que los tales hacen su hacienda por medio de la avaricia, y son luego duros para la limosna: pues quien de esa manera gana, no entiende de gastar. ¿Cómo ha de ser, que quien así está dispuesto a robar, se incline a hacer lo contrario? El que lo ajeno coge, ¿cómo podrá dar a otro lo propio? Pero que se haya acostumbrado a gustar la carne, no sabrá guardar el rebaño: por eso a los tales los matan los pastores. Para que no nos suceda a nosotros lo mismo, abstengámonos de semejante manjar. Porque carne comen también esos tales que causan la muerte (de los pobres) por medio del hambre. ¿No ves con cuánta razón el Señor a todos nos dio las cosas comunes y de primera necesidad? Si permitió que entre los ricos hubiera pobres, hízolo así para consuelo de los ricos, para que por medio de la misericordia con aquellos pudieran despojarse de los pecados. Mas tú aun en esto eres cruel e inhumano. Por donde se echa de ver que si en las cosas mayores y de primer necesidad tuvieras la misma facultad, causaría innumerables muertes, y privarías aún de la luz y de la vida. Para que así no fuese, cerró la entrada por fuerza a la insaciabilidad de tales hombres. Si os duele oír estas cosas, mucho más me duele a mí el verlas.

¿Hasta cuándo (crees que) serás tu rico, y el otro pobre?— Hasta el caer de la tarde y nada más. Tan corta como eso es la vida y todo (lo venidero) está a las puertas, de suerte que todo lo de acá se puede reputar por una breve hora. ¿Para qué quieres despensas que rebosen, y muchedumbre de esclavos y sirvientes? ¿Por qué no tienes más bien, a millares, pregoneros de tus limosnas? Las despensas no dejan oír su voz, antes excitan la codicia de muchos ladrones; pero las limosnas depositadas en los pobres subirán hasta el mismo Dios, te harán dulce la presente vida, anularán todos tus pecados y te acarrearán gloria ante Dios y honor ante los hombres. ¿Por qué, pues, te has

de escatimar a ti mismo tantos bienes? Pues no son ellos, sino tú, principalmente, quien saldrá ganando cuando les hagas beneficios: a ellos los remediarás en las cosas presentes, pero depositarás de antemano para ti mismo la gloria venidera y la confianza con Dios: la cual ojalá todos nosotros alcancemos, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, al cual sea la gloria y el poder por todos los siglos. Amén.

HOMILIA LXXVIII

TEXTO DEL EVANGELIO:

Cap. XVI, v. 4. Estas cosas no os las dije al principio, porque estaba con vosotros. 5. mas ahora voy a Aquel que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿Adónde vas? 6. Antes porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha llenado vuestro corazón.

7. Mas Yo os digo la verdad: os conviene que Yo me vaya: porque si Yo no me fuere, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me fuere, os le enviaré.

8. Y cuando El viniere, argüirá de pecado, y de justicia, y de juicio. 9. De pecado, porque no creen en Mí. 10. de justicia, porque voy al Padre, y ya no me veréis. 11, y de juicio, porque el príncipe de este mundo queda ya juzgado.

12. Todavía tengo muchas cosas que deciros, mas no las podéis llevar ahora. 13. Mas cuando viniere El, que es el Espíritu de la verdad, os conducirá a toda verdad: porque no hablará de sí mismo, sino que cuanto oyere eso hablará, y os anunciará las cosas por venir. 14. El me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo anunciará. 15. Todas cuantas cosas tiene el Padre, mías son. Por eso os dije que de lo mío tomará, y os lo anunciará.

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. La tristeza es útil tan sólo para quitar el pecado. Cristo corrige la de sus discípulos. Expónense los vv. 4, 5, 6.

II. Consuela el Señor a los discípulos, poniéndoles delante la utilidad de su partida para que viniera a ellos el Espíritu Santo. De aquí se infiere la divinidad del Espíritu Santo, pues de lo contrario no podrían consolarlos en la ausencia del Hijo (v. 7). Expónense los versículos siguientes 8-11.

III. Igualdad del Hijo y del Espíritu Santo. Expónense los vv. 12-15.

IV. El Espíritu Santo requería preparación para venir al mundo. El Hijo quiere hacer por el Espíritu Santo lo que podía hacer por sí mismo, como el Padre hace las cosas por medio del Hijo. La Santísima Trinidad: distinción de tres Personas y unidad de naturaleza. Otras pruebas de la divinidad del Espíritu Santo. Las tres divinas Personas tienen una misma y única voluntad.

V. Cristo Nuestro Señor quiere que también nosotros tengamos unidad moral de caridad. Fuerza que da la concordia. Responde a una objeción contra los solitarios. Los cristianos se abrazaban en la celebración del Santo Sacrificio en prueba de caridad. Oraciones de la Iglesia por todos.

I

Cap. 16, v. 4. Estas cosas no os las dije al principio, porque estaba con vosotros. 5 Mas ahora voy a Aquel que me envió; y ningun-

no de vosotros me pregunta: ¿Adónde vas? 6. Antes porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha llenado vuestro corazón.

Grande es la fuerza de la tristeza, y mucha fortaleza nos es necesaria para que podamos resistir a esta pasión generosamente, y aprovechando lo bueno de ella, dejemos lo inútil: porque tiene también su parte de utilidad. Cuando pecamos, o nosotros u otros cualesquiera, entonces, y sólo entonces, es bueno entristecerse: cuando incurrimos en infortunios humanos, entonces la tristeza es inútil.

Ya, pues, que los discípulos, todavía imperfectos, eran vencidos de ella, mira cómo Cristo los corrige reprendiéndolos. Ellos, que antes de ahora le preguntaban mil cosas —como cuando le decía Pedro: *¿Adónde vas?*, y Tomás: *No sabemos a dónde va*, y *¿cómo podemos saber el camino* (Joann., XIII, 36; XIV, 5), y Felipe: *Muéstranos a tu Padre* (Joann., XIV, 8),— ahora los mismos, después de oír: *Os echarán de las sinagogas, y os aborrecerán, y quien os de muerte, pensará hacer un servicio a Dios* (Joann., XIV, 15-19; XVI, 2), quedaron tan abatidos, que estaban mudos, sin dirigirle una palabra. Y el, echándose en cara, les decía: 4. *Estas cosas no os las dije al principio, porque estaba con vosotros. 5. Mas ahora voy a Aquel que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿Adónde vas? 6. Antes porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha llenado vuestro corazón.* Porque pesada cosa es el exceso de tristeza, pesada y precursora de la muerte. Por eso decía San Pablo: *No suceda que él (el fornicario) sea absorbido por el exceso de la tristeza* (2 Cor., II, 7).

Estas cosas, dice (Cristo), *no os las dije al principio*. Y ¿por qué no las dijo al principio? Para que nadie diga que hablaba por conjeturas de lo que muchas veces sucede. Y ¿por qué emprende un asunto de tan grave dificultad? “Yo, dice, bien sabía estas cosas también al principio, y el no decírlas no fue porque no las sabía, sino *porque estaba con vosotros*”. Habla así a lo humano, como si dijera: Porque estabais seguros, y podíais preguntarme cuanto queríais, y toda la guerra se revolvía contra Mí, y así era inútil deciros estas cosas desde el principio.— Pero ¿es así que no se las dijo? ¿No llamó a los doce y les habló de este modo: *Seréis llevados a la presencia de presidentes y reyes, y os azotarán en las sinagogas?* (Matth., X, 18, 17). ¿Cómo, pues, dice ahora *no os la dije al principio?* Porque si bien les predijo azotes y arrestos, mas no que su muerte sería tan deseada que se tuviera por un obsequio hecho a Dios; lo cual era más que nada suficiente para llenarlos de terror, dado que habían de ser juzgados

como impíos y corruptores. Además se ha de añadir que allí les dijo lo que habían de sufrir de parte de los gentiles, más aquí agregó también lo que les vendría de los judíos, y con mayor ponderación, y como cosa que estaba a las puertas.

5. *Mas ahora voy a Aquel que me envió, y ninguno de vosotros dice: ¿Adónde vas?* 6. *Antes porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha llenado vuestro corazón.* No era poco consuelo para ellos aun este de saber que El conocía el exceso de su tristeza. Porque la fuerza del dolor por la soledad de su ausencia y por los males que les habían de sobrevenir (pues ni aun sabían si podrían llevarlos varonilmente), los había sacado de sí mismo.— Pero ¿por qué motivo no se lo dijo más tarde, cuando se dignó bajar a ellos el Espíritu Santo?— Para que entiendas que eran firmes en la virtud. Puesto que si aun antes de recibir el Espíritu Santo no le abandonaron por completo, aunque abrumados de tristeza, considera qué llegarían a ser recibida aquella gracia...

II

7. *Mas Yo os digo la verdad.* Mira cómo de nuevo los consuela. No os hablo, dice, para daros gusto, sino que, por mucho que os duela, debéis oír lo que os conviene. Vosotros deseáis que permanezca con vosotros; mas otra cosa os conviene. Y propio es de quien tiene solicitud de otros, no perdonar a los amigos, tratándose de su bien, ni apartarlos de lo que les aprovecha.

Porque si Yo no me fuere, dice, no vendrá el Paráclito. ¿Qué dicen a esto los que no sienten bien del Espíritu Santo? ¿Es útil que se vaya el Señor y que venga el siervo (sí, según ellos, el Espíritu Santo es siervo, por ser criatura)? ¿Ves cuán grande es la dignidad del Espíritu Santo? *Pero si me fuere, os le enviaré.*— Y ¿qué utilidad se seguirá de aquí?— 8. *Cuando El viniere, argüirá al mundo;* esto es, no harán impunemente las cosas dichas, cuando El haya venido. Porque bastaba lo hecho hasta ahora para taparles la boca; pero cuando también por el Espíritu Santo se obre lo mismo y tengan lugar las enseñanzas más perfectas y milagros mayores, serán con mucho mayor motivo condenados, al ver tales maravillas hechas en mi nombre; todo lo cual hace más evidente la prueba de mi resurrección. Porque ahora pueden decir: Es el hijo del artesano, y nosotros conocemos a su

padre y a su madre; pero cuando vean la muerte destruida, la maldad desterrada, la torcida naturaleza enderezada, los demonios expulsados y la inefable largueza de dones hechas por el Espíritu Santo, y todo ello a la invocación de mi nombre, ¿qué dirán? Testimonio dio acerca de mí el Padre, y testimonio dará también el Espíritu. Y si bien es cierto que dio testimonio también al principio, mas lo dará también ahora.

Y aquellas palabras *argüirá de pecado*, significan: Les quitará toda excusa y hará ver que su culpa no merecía perdón. 10. *Y de justicia, porque voy al Padre, y ya no me veréis*: quiere decir (argüirá) de que hice vida intachable, y prueba de ello es que voy al Padre. Puesto que como siempre le acusaban de que no era de Dios, y por eso le llamaban pecador e inicuo, dice que les quitará también este pretexto. Porque si el creer ellos que no soy de Dios me hace (en su opinión) inicuo; cuando el Espíritu Santo haga ver que fui allá, y no para un instante, sino para permanecer allí (pues esto da a entender con las palabras (*ya no me veréis*) ¿¿qué podrán decir? Mira la per-versa opinión destruida por estas dos cosas: porque ni el hacer milagros es propio de un pecador (pues no puede un pecador hacerlos), ni el estar con Dios ²¹ por siempre es tampoco de pecadores. Luego ya no podéis decir: Este es pecador y no es (o viene) de Dios.

11. *Y de juicio, porque el príncipe de este mundo queda ya juzgado*. Aquí habla otra vez de la justicia, porque derrotó al adversario; y no le hubiera derrotado si fuera pecador, pues ni aun un justo de entre los hombres lo hubiera podido hacer. Y que por Mí fue condenado, lo verán los que le han de pisotear en adelante, y han de ver manifiestamente mi resurrección; lo cual es condenarle, porque (se evidencia que) no pudo detenerme en su poder. Pues como ellos decían que estoy endemoniado y soy seductor, se demostrará después de esto que tales acusaciones eran fútiles. Porque no le hubiera Yo expulsado (al demonio), si fuera reo de pecado; mas ahora ha sido condenado y echado fuera.

III

12. *Todavía tengo muchas cosas que deciros, mas no las podéis llevar ahora*. Así, pues, conviene que Yo me vaya, porque entonces las podréis llevar, cuando Yo me haya marchado. Pues ¿cómo? ¿Es

acaso el Espíritu Santo mayor que tú, dado que ahora no las llevamos, y El nos dispondrá para llevarlas?¿Es acaso mayor su eficacia y más perfecta?— No es así: y la prueba es que El dirá lo mío. Por eso dice: *13. Nada hablará de sí mismo, sino que cuanto oyere, eso hablará, y anunciará las cosas por venir. 14. El me glorificará, porque tomará de lo mío, y os lo anunciará. 15. Todas cuantas cosas tiene el Padre, mías son.* Como habían dicho: El os enseñará y os hará recordar, y os consolará en las tribulaciones, lo cual no había hecho por sí mismo; y *os conviene que Yo me vaya* y que venga El, y: *Ahora no lo podéis llevar, pero entonces lo podréis, y: El os conducirá a toda verdad;*— para que al oír estas cosas no juzgaran que el Espíritu Santo era mayor que El y cayeran en la mayor impiedad, por eso dijo: *De lo mío tomará:* esto es: Lo que Yo dije, eso dirá también El. Y cuando dice: *Nada hablará de sí mismo*, (o de su cosecha), significa, nada dirá ni contrario a lo mío, ni particular, que no sea mío. Por consiguiente, así como al decir (Cristo) acerca de sí mismo: *No hablo de mí mismo* [de mi impulso] (Joann, XIV, 10), quiere decir: Nada hablo fuera de lo del Padre, ni peculiar que no sea de El, ni ajeno a El;— así también se ha de entender lo mismo del Espíritu Santo. Y las palabras *De lo mío*, quieren decir, de lo que Yo se, de mi saber. Porque uno mismo es mi saber y el del Espíritu Santo. *Y os anunciará lo por venir.* Con esto levantó sus ánimos: pues de nada tiene tanta codicia la naturaleza humana como de saber lo venidero. Así es que continuamente le preguntaban: *¿Adónde vas?* *¿Cuál es el camino?* Para librarlos, pues, de este cuidado les dice: Todo os lo anunciará, para que no deis en ello desprevenidos.

14. El me glorificará. ¿Cómo? En mi nombre hará milagros. Porque como habían de hacer mayores milagros después de la venida del Espíritu Santo, por eso de nuevo, para hacer ver la igualdad, dice: *El me glorificará.* Y cuando dice *toda verdad*, ¿de cuál habla? (pues da también testimonio de que nos conducirá a toda verdad). Era que el, por estar revestido de carne, y por no parecer que hablaba acerca de sí mismo, y porque todavía ellos no entendían claramente la resurrección y eran más imperfectos, y por causa de los judíos, para que no pareciera que les castigaban como a transgresor, a menudo nada grande decía de sí mismo, ni se desviaba abiertamente de la ley. Y como los discípulos estaban separados de ellos, y ellos ya fuera (de la Iglesia), y muchos habían de creer y recibir el perdón de los pecados, y

había otros que hablaran de él, con razón no decía El todavía grandes cosas de sí mismo. De suerte que no era, dice, por mi ignorancia el no decir lo que convendría, sino por debilidad de los oyentes. Y esta es la razón por la cual, después de decir: *Os conducirá a toda verdad*, añadió: *No hablará de sí mismo*. Porque, en efecto, que el Espíritu Santo no necesite de enseñanza, oye cómo lo dice San Pablo: *Así también las cosas de Dios nadie las sabe sino el Espíritu Santo de Dios* (1 Cor., II, 11). Así, pues, como el espíritu del hombre sin aprender de otro sabe (sus cosas), así también al Espíritu Santo *tomará de lo mío*, esto es, dirá lo que esté en consonancia con lo mío. 15. *Todas las cosas que tiene el Padre, mías son*. Y como son mías, y El hablará de lo del Padre, hablará también de lo mío ²².

IV

Pero ¿por qué no vino (el Espíritu Santo), antes de que el se fuera?— Porque no había de venir, cuando aún no se había quitado la maldición ni destruido el pecado, cuando todavía eran todos reos acreedores al suplico. Así, pues, conviene, dice que se destruya la enemistad y os reconciliéis con Dios, y entonces recibáis aquel don. Y ¿por qué dice: *Le enviaré?* (v. 7).— Es como decir, os prepararé para que le recibáis: pues ¿cómo puede ser enviado el que está en todas partes? Y además, hacer ver así la distinción de las Personas. Por ambas razones habla así. Y ya que ellos estaban inseparablemente unidos, los persuade a estar adheridos al Espíritu Santo y rendirle adoración. Bien podía el obrar estos efectos por sí mismo; pero deja que los haga el Espíritu Santo para que entiendan su dignidad. Porque así como el Padre pudo producir todo lo que existe, pero lo hace el Hijo, para que entendamos su poder, así también el Espíritu Santo (hace lo mismo respecto del Hijo). Por eso encarnó El, dejando la ejecución al Espíritu Santo, cerrando así las bocas de los que habían de abusar para su impiedad de aquella obra de benignidad inefable. Porque si dijeren que la causa de encarnar el Hijo fue por ser inferior al Padre, les responderemos: Y ¿qué diréis del Espíritu Santo? Pues no tomó carne, y no por eso le llamaréis mayor que el Hijo, ni tampoco al Hijo inferior a El. Por eso en el bautismo se nombra la Trinidad: porque bien puede también el Padre obrarlo todo, y lo mismo el Hijo, y también el Espíritu Santo; pero como del Padre nadie duda, y sólo

se podría dudar del Hijo y del Espíritu Santo, se nombra la Trinidad en la iniciación bautismal, para que por la donación común (hecha por las tres Personas) de aquellos inefables beneficios, entendamos la unidad de su dignidad. Porque que el Hijo puede hacer por sí mismo lo que en el bautismo hace con el Padre, y lo mismo el Espíritu Santo, óyelo expresamente. A los judíos decía: *Para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad sobre la tierra para perdonar pecados* (Marc., II, 10); y además *para que seáis hijos de la luz* (creed en la luz): y también: *Yo les doy vida eterna*. Y todavía después de esto: (Yo he venido) *para que tengan vida, y la tengan más abundantemente* (Joan., XII, 36; X, 28, 10). Veamos ahora cómo también el Espíritu Santo hace lo mismo. *A cada uno*, dice (la Escritura), *es dada la manifestación del Espíritu* (por sus dones admirables) *para utilidad* (1 Cor., XII, 7). ¿Ahora bien, quien esto da, mucho más dará el perdón de los pecados. Y en otra parte: *El Espíritu es el que vivifica* (Joan., VI, 64); y además: *Vivificará por el Espíritu Santo que habita en vosotros* (Rom., VIII, 11); y además: *El espíritu es vida por la justicia* (Ib., v. 10); y de nuevo: *Y si sois guiados por el Espíritu, no estáis debajo de la ley* (Gal., V, 18). *Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez con temor, sino el Espíritu de adopción de hijos* (Rom., VIII, 15). Y todos los milagros que entonces obraban, los obraban por el Espíritu Santo que había venido a ellos. Y escribiendo a los corintios, decía San Pablo: *Pero fuisteis lavados, pero fuisteis santificados en el nombre del Señor nuestro Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios* (1 Cor., VI, 11). Ya que habían oído muchas cosas acerca del Padre, y habían visto al Hijo haciendo muchos prodigios, pero del Espíritu no tenían aún conocimiento claro; hace milagros e introduce así el conocimiento perfecto de sí mismo. Pero a fin de que no fuera por eso tenido por mayor, según antes he dicho, por este motivo dice: *Cuanto oyere, eso hablará y anunciará las cosas por venir*. Que si no fuera esta la razón, ¿no sería absurdo decir que lo había de oír entonces, y eso por causa de los discípulos? Pues aun entonces, según vosotros, no lo había de saber sino por causa de los que lo habían de oír. Y ¿qué puede haber más impío que tal modo de hablar? Por otra parte, ¿qué había de oír? ¿No había El anunciado todas estas cosas por los Profetas? Porque bien se trataba de la abrogación de la ley (de Moisés) bien de Cristo, de su divinidad, de su encarnación, todo estaba dicho. En efecto: ¿qué podía decir después con más claridad?

Y anunciará las cosas por venir. Aquí sobre todo manifiesta su dignidad, porque es cosa muy especialmente peculiar de Dios el decir lo venidero. Y si esto lo aprendiera de otros, no se aventajaría en ello a los Profetas; pero aquí hace ver el conocimiento exactísimo propio de Dios, porque es imposible que diga otra cosa (sino lo que oye del Hijo). Y las palabras *De lo mío tomará* significan, o bien de la gracia que vino a mi carne (=de la divinidad), o bien de la ciencia que yo tengo, no como quien tiene necesidad y aprende de otro, sino por ser en ambos una misma. Y ¿por qué habló así y no de otro modo? Porque aun no tenían conocimiento del Espíritu Santo. Y así una sola cosa pretende, que crean en El y le reciban y no se escandalicen. Pues como les había dicho: *Uno es vuestro Maestro, Cristo* (Matth., XXIII, 8), para que no juzgaran que desobedecían a Cristo, si creían en el Espíritu Santo, les dice: Una misma es mi doctrina y la suya: de lo que Yo habría de enseñar, de eso mismo hablará también El. No creáis pues, que son distintas las cosas de El: porque también ellas más son, y celebran mi gloria. Pues una misma es la voluntad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

V

Así quiere también que seamos nosotros, cuando dice: *Para que sean uno, como Yo y Tú somos uno* (Joann., XVII, 11). Nada hay como la concordia y consonancia de unos con otros: porque así uno vale por muchos. Si están concordes dos o diez, ya cada uno no es uno, sino que se duplica, y hallarás en los diez uno solo, y en uno solo los diez. Si tienen un enemigo, queda vencido como quien acomete no a uno, sin a diez: pues se ve impugnado, no por una sino por diez bocas. ¿Tiene uno de ellos necesidad?— No se verá en indigencia, pues abunda por la parte mayor, que son los nueve; y la parte necesitada queda cubierta, por ser la menor, con la abundancia de la mayor. Cada uno de ellos tiene veinte manos, y veinte ojos, y veinte pies: pues no ve sólo con sus propios ojos, ni sólo anda con sus propios pies, ni sólo trabaja con sus propias manos, sino también con los ojos y pies y manos de los demás. Tiene diez almas: pues no cuida el solo de sí mismo, sino también los demás. Y lo mismo sucediera si fueran ciento, y se multiplicaría la fuerza.

¿Ves la soberana excelencia de la caridad y cómo a uno solo le hace inexpugnable y múltiple? ¿cómo uno puede estar a la vez en

muchas partes, uno mismo en Persia y en Roma? ¿cómo puede la caridad lo que no puede la naturaleza? Parte del hombre está aquí, y parte allí: o mejor, todo entero aquí y todo entero allí. Pues ya, si tuviere mil o dos mil amigos, considera adonde llegará su fuerza. ¿Ves qué virtud de aumento tiene la caridad? Porque verdaderamente es admirable que uno se multiplique en mil. ¿Por qué, pues, no adquirimos esta fuerza, y nos ponemos en seguridad? Mejor es esto que todo poder y toda riqueza; mejor que la salud; mejor que la misma luz: es fundamento de alegría. ¿Hasta cuándo hemos de limitar el amor a uno o a dos? Entiende lo que digo aun por lo contrario. Sea uno que no tenga ningún amigo —lo cual es extrema locura, según aquello de: El tonto dirá: no tengo amigos,— este tal, ¿qué vida vivirá? Aunque sea rico por demás, aunque tenga opulencia y delicias, aunque posea bienes sin cuento, se halla desprovisto de todo y desnudo. Pero si hay amigos, ya no es así, antes, aunque sean pobres, son más opulentos que los ricos: y lo que uno no se atreve a decir en su defensa, se lo dirá el amigo: y una cosa que no puede uno procurarse a sí mismo, la podrá por otro, y aún muchas más, y, en fin, esta será para nosotros causa de todo placer y seguridad. Pues no puede recibir daño quien es guardado por tantos colaterales. Ni tiene el emperador tan diligentes guardias como lo son los amigos. Pues aquellos le custodian por necesidad y temor, y éstos lo hacen de grado y con amor: y el amor es con mucho más fuerte que el temor. El emperador teme a sus propios guardas, y el amigo confía en los suyos más que en sí mismos, y por ellos no teme a ninguno de los acechadores.

Negociémonos, pues, esta mercancía: el pobre, para tener consuelo en su pobreza; el rico, para tener su riqueza en seguridad; el que manda, para mandar con confianza, el que obedece, para tener benévolo a los que mandan. Ella es ocasión de benevolencia, ella es causa de la mansedumbre. Como que aun en las fieras las más rebeldes e indomables son las que no se congregan. Para estar unos con otros edificamos ciudades y tenemos plaza. Y a la misma unión exhortaba San Pablo: *No dejando nuestra congregación* (Hebr., X, 25). No hay mal como la soledad, y el ser insociable e inaccesible.

Entonces, dirás, ¿qué decir de los monjes y de los que habitan en las cumbres de las montañas?— Tampoco ellos están sin amigos; sino que huyeron del tumulto de la calle, y tienen muchos compañeros unánimes y fuertemente enlazados entre sí; y para este fin se retiraron. Porque como la contienda en los negocios crea muchas disensiones,

por eso, salidos del bullicio, cultivan la caridad con mucha diligencia.— Pero , y si uno está solo, ¿también ése tendrá innumerables amigos?— Yo por mi quisiera, a ser posible, que se traten unos con otros; pero en tanto, si así no es, quede firme la amistad: porque no es el lugar el que hace los amigos. El hecho es que tienen muchos que lo alaban: y no los alabarían si no los amaran. Ellos, en cambio, ruegan por todo el mundo, que es el mayor testimonio de amistad.— Por la misma causa nos abrazamos también en los misterios (en la celebración del Santo Sacrificio), para que muchos seamos uno: y hacemos también oración en común por los no iniciados, rezando letanías por los enfermos, por los frutos de todo el mundo, por la tierra y por el mar. ¿Ves toda la fuerza de la caridad, en las oraciones, en los misterios, en las exhortaciones? esta es la causa de todos los bienes. Si con diligencia nos estrechamos con ella, administraremos bien las cosas presentes y lograremos el reino, que ojalá todos alcancemos, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LXXXVI

TEXTO DEL EVANGELIO:

Cap. XX, v. 10. Y volvieron otra vez los discípulos a su casa. 11. Pero María estaba fuera, llorando junto al sepulcro; y estando así llorando, se abajó y miró hacia el sepulcro. Y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, el uno a la cabecera y el otro a los pies, en donde había sido puesto el cuerpo de Jesús.

13. Y le dicen ellos: "Mujer, ¿por qué lloras?" Díceles: "Porque han llevado a mi Señor y no se donde le han puesto".

14. Y cuando esto hubo dicho, se volvió a mirar atrás, y vio a Jesús que estaba en pie: mas no sabía que era Jesús.

15. Dícele Jesús: "Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?" Ella, creyendo que es el hortelano, le dice: "Señor, si tú lo has llevado, dime en dónde lo has puesto y yo lo llevaré".

16. Jesús le dice: "María". Vuelta ella le dice: "Rabboni" (que quiere decir Maestro).

17. Dícele Jesús: "No me toques, porque aún no he subido a mi Padre. Mas ve a mis hermanos y díles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios".

18. Y fue María Magdalena a dar las nuevas a los discípulos: "He visto al Señor y esto me ha dicho".

19. Y siendo la tarde de aquel día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas en donde se hallaban juntos los discípulos por miedo de los judíos, vino Jesús y se puso en medio y les dijo: "Paz a vosotros". 20. Y cuando esto hubo dicho, les mostró las manos y el costado. Y se gozaron los discípulos viendo al Señor.

21. Y otra vez les dijo: "Paz a vosotros. Como el Padre me envió, así Yo también os envío".

22. Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos, y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo. 23. A los que perdonareis los pecados, perdonados les son; y a los que se los retuviereis, le son retenidos".

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Expone los vv. 10-13.

II. Expone los vv. 14-17.

III. Jesucristo resucitado exige de María Magdalena mayor reverencia que antes de la resurrección.

IV. Expone el v. 18. Aparécese el Señor a los discípulos (v. 19).

V. Alegría de los discípulos. Jesucristo les da la paz como fruto de su pasión (v. 21). Luego les confiere el Espíritu Santo en orden a perdonar pecados. Las tres divinas Personas son iguales en dignidad.

VI. Recomienda la reverencia a los sacerdotes, por su facultad de perdonar pecados, por la responsabilidad de su cargo, por la persona de Cristo, a quien representan, por ser elegidos de Dios para este oficio; aun suponiendo que sean indignos de él, deben ser respetados.

Cap. XX, v. 10. *Y volvieron otra vez los discípulos a su casa. 11. Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro.*

Compasiva es e inclinada a misericordia la naturaleza de la mujer. Dígolo, para que no te admires de que María llorase acerbamente en el sepulcro, y Pedro no hiciese lo mismo. *Los discípulos*, dice (el Evangelista) *volvieron otra vez a sus casas, pero María permanecía llorando*. Porque tenía naturaleza sensible, y no conocía con claridad todavía la resurrección; mientras que ellos al ver los lienzos creyeron, y se fueron a sus casas llenos de estupor.

Y ¿por qué no fueron en seguida a Galilea, como se les había mandado antes de la pasión? Quizás esperaban a los otros; y sobre todo, que estaban todavía en lo más vivo y reciente de su asombro. Es, pues, el hecho que ellos se fueron, y ella se quedó en el mismo lugar. Porque, como antes dije, mucho la consolaba aun la vista del sepulcro. ¿Ves cómo ella, para saciarse más, se inclina, y quiere mirar el sitio donde había estado el cuerpo? Esto fue causa de que recibiera un premio nada ordinario por su mucha diligencia. Ella, en efecto, fue la primera en ver lo que los discípulos no vieron, los ángeles que estaban sentados uno a los pies, otro a la cabecera, vestidos de blanco y con todo el aspecto lleno de resplandor y de alegría. Pues como la mujer no tenía (entonces) el alma suficientemente elevada para poder deducir la resurrección de la vista de los sudarios, se le concede algo más, y ve a los ángeles sentados con resplandecientes vestiduras, de suerte que se recobrara entretanto de su dolor y se consolara con este medio. Pero nada le dicen de la resurrección, sino que suavemente se la va llevando a este dogma. Vio aquellos rostros alegres, superiores a lo ordinario; vio la vestidura resplandeciente; oyó la voz compasiva.

¿Y qué le dijo? *Mujer, ¿por qué lloras?* Por todas estas cosas, como que se le abría la puerta, y poco a poco se la conducía a pensar en la resurrección. Aun el mismo modo como estaban ellos sentados la inducía a preguntar: porque aparecían sabedores de lo ocurrido. Por lo cual no estaban sentados juntos, sino separados el uno del otro. Porque como no era probable que ella se atreviera sin más a preguntárselo, con la pregunta que la hacen y con la manera de estar sentados la invitan a hablar. ¿Y qué dice ella? Con ardor y amor a un tiempo: *Han llevado a mi Señor*, dice, *y no se dónde le han puesto*. ¿Qué dices? ¿Todavía no sabes nada de la resurrección; antes le ima-

ginas depositado? ¿Veis cómo todavía no había pensado en el sublime dogma.

II

14. *Y esto dicho, volvióse a mirar atrás.*— ¿Qué conexión hay aquí, en que hablando con ellos, y sin oír de ellos nada, se volviera atrás? Paréceme a mí que, mientras ella así decía, de súbito se apareció Jesucristo por su espalda y llenó de estupor a los ángeles, los cuales al punto al ver a su Señor, en su porte, en su mirada y en su actitud dieron muestras de que le veían, y esto hizo a la mujer volverse y mirar a su espalda. De este modo (con esta majestad) se manifestó a los ángeles; mas no así a la mujer, para no atemorizarla con su primera vista, sino en hábito más ordinario y común. Lo cual es manifiesto, porque le tuvo por hortelano. Y era que a la que aun sentía tan bajamente no convenía llevarla de repente a lo alto, sino con suavidad. Pregúntala, pues a su vez: *Mujer, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas?* Así dio a entender que sabía lo que ella quería preguntarle, y la indujo a responder. Y entendiéndolo así ella, no dijo el nombre de Jesús, sino que hablando como si él estuviera al cabo de lo que le preguntaba, dice: *Si tú lo has llevado, dime en dónde lo has puesto, y yo lo llevaré.* Otra vez usa los términos *depositar* y *levantar* y *llevar*, como quien habla de un muerto. Lo que quiere decir es: Si por miedo de los judíos le llevasteis de aquí, decídmelo y yo lo cogeré. Grande era la benevolencia y amor de aquella mujer; pero todavía no hay en ella ninguna idea levantada. Por eso se le pone ya delante, no por el aspecto, sino por la voz. Así como a los judíos unas veces se les daba a conocer, otras se les ocultaba aun estando presente; así también ahora, cuando quiso, se manifestó así mismo por la voz. Cuando a los judíos dijo: *¿A quién buscáis?* no le reconocieron ni por el aspecto ni por la voz, mientras El quiso; lo mismo sucedió aquí. Y solamente la llamó por su nombre, echándola en cara y reconviniéndola porque tales cosas imaginaba de quien estaba vivo. *¿Y cómo habla., volviéndose atrás,* si El estaba ya hablando con ella? Paréceme a mí que ella, después de decir *dónde le has puesto*, se volvería a los ángeles como para preguntarles de qué estaban asombrados; y que a continuación Cristo, llamándola, la volvió a sí apartándola de ellos, y se le descubrió por medio de la voz. Porque cuando la llamó “*María*”, entonces

fue cuando le reconoció. Por donde es manifiesto que el reconocimiento se debió no al aspecto, sino a la voz. Y si algunos dijeran: ¿Por dónde consta que los ángeles se llenaron de estupor, y que esta fue la causa de que se volviera la mujer? también aquí dirán: ¿Y de dónde consta que le tocó y se derribó a sus pies? Pues bien; como esto último consta porque El la dijo: *No me toques (no estés asida)*, así lo primero consta porque se dice que se volvió.

III

¿Y por qué razón dijo: *No me toques*? Dicen algunos que pedía la gracia del Espíritu Santo, por haberle oído decir a los discípulos: *Si patiere para mi Padre, le rogaré, y os dará otro Consolador* (Joann., XIV, 3, 16). ¿Pero cómo pudo oír tal cosa la que no estaba con los discípulos? Fuera de que semejante imaginación estaba muy lejos de aquella alma. ¿Y cómo se lo pide, cuando aun no había ido al Padre? ¿Qué hay, pues con ello? ²³. Lo que a mí me parece es que ella quería estar con El como en otro tiempo, y que en fuerza de la alegría, aun no pensaba de El cosa grande (la resurrección), por más que le veía tan mejorado en cuanto al cuerpo. Así fue que, apartándola de tal modo de pensar y de la demasiada confianza con que le hablaba (pues ni con los discípulos aparece conversando de aquel modo), levanta su pensamiento para que le atendiese con mayor reverencia. Ahora bien, el decir: *No le acerques a mí, como de antes*, porque no estoy en las mismas condiciones, ni he de estar con vosotros lo mismo que solía, hubiera sabido a fausto y arrogancia; pero el decir *Aun no he subido a mi Padre*, manifestaba lo mismo sin aspereza. Porque diciendo: *Aun no he subido*, da a entender que allá tiende y se apresura; y a uno que iba a ir allá y no conversar más con los hombres, no era razón mirarle con la misma disposición de ánimo que antes.

Y que esto es así, se manifiesta por lo que sigue: *Ve y di a mis hermanos: Voy a mi Padre y vuestro Padre, y a mi Dios y vuestro Dios*. Ahora bien, esto no lo había de hacer inmediatamente, sino después de cuarenta días; ¿cómo, pues, dice estas palabras? Porque quería elevar su mente, y persuadirla que se iba a los cielos.

Las palabras *mi Padre y vuestro Padre, y mi Dios y vuestro Dios*, pertenecen a la encarnación (a Jesucristo en cuanto hombre), así como también el *subir* es propio del cuerpo. Porque dirigía estas palabras a la que todavía no imaginaba nada grande.

¿Luego de una manera es Padre de El, y de otra manera lo es nuestro? Claro es que sí. Porque si de diverso modo es dios de los justos y Dios de los demás hombres, con más razón lo será del Hijo y de nosotros. Y era que, como había dicho: *Di a mí s hermanos*, para que no se imaginaran ser iguales a El, da a entender la diferencia. Puesto que El había de sentarse sobre el trono de su Padre, y ellos asistirle. De suerte que aunque, según la naturaleza corporal; se hizo hermano nuestro, pero sin embargo en cuanto a la dignidad se diferenciaba mucho, y no es posible decir cuánto.

IV

Así, pues, ella se fue a anunciar esto a los discípulos (Joan., XX, 18). Tan grande bien es la asiduidad y perseverancia. Y ellos, ¿cómo se entristecieron de que había de irse (Cristo), si hablaron como antes lo habían hecho? Era que antes se apenaba como de quien había de morir; pero ahora, resucitado ya, ¿por qué se habían de entristecer?

Ella les contó la visión y las palabras, las cuales eran muy suficientes para consolarlos. Pero como era natural que los discípulos, al oír esto, o bien no dieran crédito a la mujer, o si se lo daban, sintieran que no los hubiera tenido a ellos dignos de la visión, a pesar de haberles anunciado que se les aparecería en Galilea; para que no estuvieran revolviendo esta idea y lo llevaran a mal, (Jesucristo) no dejó pasar ni un día, sino que después de haberles excitado el deseo, ya porque sabían que había resucitado, ya porque se lo oyeron a la mujer, cuando estaban sedientos de verle y muy temerosos (circunstancia que todavía aumentaba mucho el deseo), entonces, atardecido ya, se les presentó delante con modo maravilloso.

Y ¿por qué se les apareció, atardecido ya? Porque entonces era natural que estuvieran más llenos de miedo. Pero, y esto es admirable, ¿cómo no le tuvieron por fantasma, ya que entró cerradas las puertas y de repente? Mucho contribuyó que la mujer de antemano les infundió mucha fe; pero sobre todo que El les mostró su rostro sereno y apacible. Durante el día no se les presentó, para que todos estuvieran reunidos, pues era mucho su estupor. Porque ni siquiera tocó la puerta, sino que de improviso se presentó en medio, y les mostró el costado y las manos. Y al mismo tiempo con su voz calmó las oleadas de sus pensamientos, diciendo: *Paz a vosotros*; esto es: No os turbéis; y

recordándoles así la palabra que les había dicho antes de la cruz: *Mi paz os doy*, y de nuevo: *Tened paz en Mí, que en el mundo tenéis tribulación*.

V

20. *Y se regocijaron los discípulos viendo al Señor*. ¿Ves cómo sus palabras se cumplen en la obra? Lo que antes de la cruz les dijo: *De nuevo os veré, y se regocijará vuestro corazón, y vuestro regocijo nadie os le quitará* (Joann., XVI, 22), ahora lo llevo a cumplimiento. Y todas estas cosas los indujeron a una fe certísima. Porque como tenían una guerra sin treguas con los judíos, continuamente les repite: *Paz a vosotros*, dándoles el consuelo como contrapeso de la guerra.

Y esta fue la primera palabra que dijo después de la resurrección (por lo cual también San Pablo continuamente dice: *Gracia y paz sea con vosotros*); y a las mujeres les anuncia alegría, porque la naturaleza de ellas vivía en dolor, y esta fue la primera *alegría*²⁴ que recibió. Oportunamente, pues a los hombres, por la guerra, les anuncia paz; y a las mujeres, por la tristeza, alegría.

Desvanecido así todo objeto de tristeza, añade los efectos de la cruz; y éstos eran la paz.

Ya, pues, que había removido todos los obstáculos, y logrado espléndida victoria, y llevándolo todo a su justo cumplimiento, continúa después: 21. *Como me envió el Padre, así Yo también os envío*. “Ninguna dificultad tendréis, ya por lo que se ha llevado a cabo, ya por la dignidad de mi persona que os envía: Aquí levanta sus ánimos, y les hace ver cuán creíbles son sus palabras, si quieren encargarse de su obra. Y ya no ruega al Padre, sino que con autoridad les da su poder. Porque: 22. *Sopló sobre ellos, y dijo: Recibid el Espíritu Santo*. 23. *A los que perdonareis los pecados, perdonados les son, y a los que se los retubiereis, les son retenidos*. Así como un emperador enviando sus príncipes les da potestad de echar en la cárcel y librar de ella, así también El, al enviarlos, los pertrecha con esta autoridad.

¿Cómo es, pues, que dijo: *Si yo no me fuere, El (el Espíritu Santo) no vendrá*, y ahora da el Espíritu Santo? Dicen aquí algunos que no dio el Espíritu Santo, sino que, soplando, los hizo aptos para recibirle. Porque si Daniel, al ver a un ángel, perdió los sentidos (Dan., VIII, 17), ¿qué no les hubiera sucedido a ellos al recibir aquella gracia

inefable, si no los hubiera primero preparado como discípulos? Por eso, dicen ellos, no dijo *Habéis recibido el Espíritu Santo*, sino *Recibid el Espíritu Santo*. Acaso no irá descaminado quien diga que entonces recibieron ellos cierta potestad y gracia propia del Espíritu Santo; pero no para resucitar muertos y hacer milagros, sino para perdonar pecados; porque son diferentes los carismas del Espíritu Santo. Por eso añadió: *A los que perdonareis, perdonados les son*, dando a entender qué clase de virtud les comunicaba. Y allí mismo, después de cuarenta días, recibieron la virtud de hacer milagros; por lo cual dice: *Recibiréis la potestad del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén y en toda la Judea* (Act., I, 8); y eran testigos por medio de los milagros. Porque inefable es la gracia del Espíritu Santo, y múltiples sus dones. Todo esto tiene lugar, para que veas que es uno mismo el don y la potestad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. ¿Cómo es, pues, que dice (la Escritura) que nadie viene al Hijo, *si el Padre no le lleva?* (Joann., VI, 44). Pero también esto se prueba ser asimismo propio del Hijo. Porque *Yo*, dice, *soy el camino; nadie viene al Padre sino por Mí* (Ibid., XIV, 16). Ve ahora cómo es también propio del Espíritu Santo: *Nadie*, dice, *puede decir Señor Jesucristo, si no es en el Espíritu Santo* (1 Cor., XII, 3). Y a su vez de los Apóstoles se dice unas veces que fueron dados a la Iglesia por el Padre, otras por el Hijo, otras por el Espíritu Santo, y vemos que las divisiones de las gracias son del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

VI

Hagamos, pues, todo lo posible para tener en nosotros al Espíritu Santo, y reverenciemos con todo honor a aquellos a quienes se ha encomendado su virtud. Grande es, en efecto, la dignidad de los sacerdotes. *a los que perdonareis*, dice *perdonados les son lo pecados*. Por esta razón decía también San Pablo: *Obedece a vuestros prepósitos, y estadles sumisos* (Hebr., XIII, 17), y tenedles sobremañera estimación. Porque tú cuida de tus cosas, y si ellas van bien, no tienes que dar razón de los otros; pero el sacerdote, aunque ordene bien su propia vida, si no cuida también de la tuya y de todos los demás que están a su cargo, se va al infierno con los malvados; y muchas veces, aunque no le pierdan sus pecados propios, le pierden

los vuestros, si no cumple bien todo lo que le tocaba hacer. Sabiendo, pues, la grandeza de su peligro, mostradles mucho afecto: como lo dio a entender San Pablo, al decir: *Ellos velan por vuestras almas*, y no comoquiera sino *como quienes han de dar cuenta de ellas* (Hebr., XIII, 17). Por lo cual justo es que gocen de grande estimación. Y si los insultáis, como a los demás, también vosotros; tampoco vuestras cosas andarán bien ordenadas. Que mientras el piloto va con buen ánimo, andará bien lo que toca a los marineros; pero si, por insultarlos éstos y estar con él desavenidos, se apoca y amilana, no podrá estar alerta, ni ejercitar bien su oficio, y aun sin quererlo, los lanzará a males sin número. Pues lo mismo el sacerdote, si goza de vuestra estimación, podrá enderezar perfectamente también vuestras cosas; pero si les causáis desaliento, perderán sus manos el vigor y los expondréis a ser con vosotros víctimas de las olas, por más que sean de ánimo muy esforzado.

Considera lo que dice Cristo de los judíos: *Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y los fariseos. Haced, pues, todo cuanto os dijeren que hagáis* (Matth., XXIII, 2, 3). Pues ahora no se ha de decir ya: “Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los sacerdotes”, sino “sobre la cátedra de Cristo”. Puesto que su doctrina es la que ellos recibieron. Por lo cual dice también San Pablo: *En nombre de Cristo somos embajadores, como que Dios os exhorta por nosotros* (2 Cor., V, 20).

¿Y no veis cómo a los príncipes temporales todos les están sumisos, por más que muchas veces (los súbditos) se aventajen por su linaje, vida y prudencia a los que los mandan? Y, sin embargo, en atención a quien les dio el poder, a nada de esto miran, sino que respetan la voluntad del emperador, sea quien sea el que recibe la autoridad. Ahora bien, tanto temor cuando elige un hombre; y cuando Dios elige, ¿hemos de despreciar al elegido, injuriarle, cargarle de mil oprobios, y mandándonos no juzgar a nuestros hermanos, afilamos la lengua contra los sacerdotes? ¿Qué defensa merece tal conducta, ya que, no viendo la viga que llevamos en nuestros ojos, examinamos con acrimonia la pajita del prójimo? ¿No sabes que cuando así juzgas te preparas un juicio más terrible contra ti? Y no digo esto para defender a los que indignamente administran el sacerdocio: antes grandemente los compadezco y los lloro; pero no por eso concedo que sea justo ser juzgado por los súbditos, y menos aún por los más simples e ignorantes. Pues aun suponiendo que la vida de aquellos sea la más indigna,

tú, con tal que atiendas al sacerdote, ningún año recibirás con respecto a aquello que Dios le encomendó. Que si El hizo que hablara una asna, y concedió por medio del adivino bendiciones espirituales, obrando en la boca de un irracional y en la lengua impura de Balalam, en favor de los judíos que le habían ofendido, ¿cuánto más lo llevará todo a efecto en favor de vosotros los buenos, por perversos que sean los sacerdotes y enviará el Espíritu Santo? Porque no es el alma pura la que por su propia pureza le atrae; sino que todo ello es obra de la gracia, *Todas las cosas son por vosotros*, dice (el Apóstol), *bien sea Pablo, bien Apolo, bien Cefas* (1 Cor., III, 22). Lo encomendado al sacerdote, a Dios sólo pertenece darlo, y por mucho que avance la virtud humana, siempre será menor que aquella gracia. Esto lo digo, no para que llevemos la vida perezosamente, sino para que no suceda, que si son perezosos algunos de los que os rigen, vayáis por eso vosotros los súbditos a acarrearos males.— ¿Qué digo de los sacerdotes? Ni un ángel ni un arcángel puede nada en los dones de Dios, sino que sólo los administran todos el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo: el sacerdote sólo pone a contribución su lengua y ofrece su mano. Pues no era justo que los que se reuniesen en la fe, recibieran daño por la maldad de otro en lo tocante a los símbolos (o sacramentos) de nuestra salud.

Sabiendo, pues, toda esta doctrina, temamos a Dios, y tengamos estima de sus sacerdotes, mostrándoles todo honor, a fin de que, tanto por nuestras propias buenas obras como por el obsequio a ellos exhibido, recibamos de Dios grande recompensa, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, gloria, potestad y honor ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LXXXVII

TEXTO DEL EVANGELIO:

Cap. XX, v. 24. *Pero Tomás, uno de los doce, llamado Didimo, no estaba con ellos, cuando vino Jesús. 25. Decíanle, pues, los otros discípulos: "Hemos visto al Señor". Mas él les dijo: "Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré".*

26. *Y al cabo de ocho días estaban otras vez sus discípulos dentro, y Tomás con ellos. Llega Jesús, cerradas las puertas, y púsose en medio y dijo: "Paz a vosotros". 27. Enseguida dice a Tomás: "Trae acá tu dedo, y mira mis manos, y da acá tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel". 28. Respondió Tomás y le dijo: "¡Señor mío y Dios mío!" . 29. Dícele Jesús: "Porque me has visto, Tomás, ha creído. ¡Bienaventurados los que no vieron y creyeron!" .*

30. *Otros muchos milagros hizo también Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. 31. Mas éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.*

Cap. XXI, v. 1. *Después de esto se mostró Jesús a sus discípulos en el mar de Tiberíades. Y se mostró así:*

2. *Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, el llamado Dídimo, y Natanael, el de Caná de Galilea, y los hijos del Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. 3. Díceles Simón Pedro: "Voy a pescar". Le dicen: "Vamos también nosotros contigo". Y salieron y subieron al barco, y en aquella noche no cogieron nada. 4. Y llegada ya la mañana, se puso Jesús a la ribera; mas no conocieron los discípulos que era Jesús. 5. Y Jesús dijo: "Hijos, ¿tenéis algo de comer". Respondiéronle: "No". 6. Les dice: "Echad la red a la derecha del barco, y hallaréis". Echarónla, pues, y ya no la podían arrastrar por la multitud de los peces. 7. Dice, pues, a Pedro el discípulo aquel a quien amaba Jesús: "El Señor es". Así pues, Simón Pedro, al oír que es el Señor, ciñó la túnica exterior, pues estaba desnudo (=con sólo la ropa interior), y se lanzó al mar. 8. Y los otros discípulos vinieron con el barco (porque no estaban lejos de tierra, sino como a doscientos codos), tirando de la red con los peces. 9. Y luego que saltaron en tierra, vieron brasas puestas, y un pececillo sobre ellas, y pan. 10. Díceles Jesús: "Traed de los peces que cogisteis ahora". 11. Subió Simón Pedro y arrastró a tierra la red llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres: y con ser tantos, no se rompió la red.*

12. *Díceles Jesús: "Venid, comed". Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: Tú, ¿quién res? Sabiendo que era el Señor.*

13. *Llega Jesús, y toma el pan y se lo da, y asimismo el pez.*

14. *Esta fue ya la tercera vez que se manifestó Jesús a sus discípulos, resucitado de entre los muertos.*

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Obstinación de Santo Tomás; benignidad de Cristo. Veracidad de los Evangelistas (XX, 24, 25).

II. Aparécese el Señor. Reprende a Tomás. Recomienda la fe. Conservó las señales de las llagas para más claro testimonio de la resurrección (v. 26, 29).

III. Expónense los vv. 30 y 31.

IV. Aparición junto al mar de Tiberíades. Cómo los discípulos habían ya perdido el miedo. Cómo Jesucristo se humana con ellos. Diferencia del carácter de Pedro y Juan. Reverencia de los discípulos delante de Jesucristo (XXI, 1-12).

V. Excita el deseo de ver a Cristo, y para ello sufrir con generosidad todos los trabajos de la vida. El amor a Cristo suavizará todas nuestras amarguras. San Pablo: su ardiente amor de Cristo.— Cuánto daña el amor de Cristo el amor del dinero. 1) El amor del dinero trae consigo odio al prójimo

VI. 2) El amor del dinero hace abusar aun de los amigos.

VIII. 3) El amor del dinero hace a sus víctimas esclavos y guardas del mismo dinero: por eso no gozan lo que poseen y siempre recelan. ¡Cuán distinta es la tranquilidad y gozo de los buenos!

I

Cap. XX, v. 24. *Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. 25. Decíanle, pues, los otros discípulos. “Hemos visto al Señor”. Mas él dijo: “Si no viere, no creeré: y lo que sigue.*

Así como el creer simplemente y sin más arguye ligereza, así el inquirir e investigar fuera de los límites es de muy craso entendimiento. Por este motivo se acusa a Santo Tomás. Pues diciéndole los Apóstoles: *Hemos visto al Señor*, no les creyó, no tanto porque desconfiara de ellos, como porque juzgaba imposible la cosa, esto es, la resurrección de entre los muertos. Y así no dijo: No os creo a vosotros, antes bien: *Si no metiere mi mano, no creeré*. Pero ¿cómo estando los demás reunidos, falta él solo? Creíble es que después de la dispersión que tuvo lugar, él todavía no había vuelto.

Tú, en tanto, al ver al discípulo incrédulo, considera la benignidad del Señor, y cómo aun por una sola alma se muestra a sí mismo con las heridas, y se presenta para salvar a uno solo, aunque fuera más rudo que los demás. Puesto que buscaba la fe por el más craso de los sentidos (el tacto) y ni aun a los ojos daba crédito. Porque no dijo: *Si no viere*, antes bien: *Si no palpare*, no fuera que lo que veía fuese mera imaginación. Y eso que los discípulos que se lo anunciaban eran entonces dignos de crédito, y el (Señor) que lo había prometido; pero con todo, como él exigió más, ni aun de eso le privó Cristo.

Y ¿por qué no se le aparece, en seguida, sino después de ocho días? Para que en el entretanto, instruido por los discípulos y oyendo lo mismo, se inflamara con mayor deseo y se hiciera más crédulo para

lo futuro.— Y ¿de dónde sabía que (a Cristo) le fue abierto el costado? Por habérselo oído a los discípulos. ¿Cómo es, pues, que creyó lo uno y no creyó lo otro?— Porque esto (de la resurrección) eran muy extraño y maravilloso. Considera de paso el amor a la verdad de los Apóstoles, como no ocultan las debilidades, sean propias, sean de los demás (compañeros,), sino que las escriben con toda verdad.

II

Preséntase, pues, de nuevo Jesús, y no espera a ser rogado de él, ni a oír algo parecido, sino que, sin decirle el Apóstol una palabra, El mismo se le adelanta a cumplir lo que deseaba, dándoles a entender que cuando aquellas cosas decía (Tomás) a los discípulos, El estaba presente. Porque se valió de las mismas palabras, y con firme acento de reprensión y de enseñanza para lo venidero. Puesto que después de decir: 27. *Trae acá tu dedo, y mira mis manos, y mete tu mano en mi costado*, añadió: *Y no seas incrédulo, sino fiel*. ¿Ves cómo su duda provenía de incredulidad? Mas esto era antes de recibir el Espíritu Santo; pero después ya no, antes eran perfectos. Y así después que él respiró satisfecho y exclamó: 28. *¡Señor mío y Dios mío!*, le dijo: *Porque me has visto, has creído; bienaventurados los que no vieron y creyeron*. Ya que esto es propio de la fe, admitir las cosas que no se ven. Puesto que *la fe es subsistencia de las cosas que se esperan, argumento de las que no se ven* (Hebr., XI, 1). Y aquí llama bienaventurados no sólo a los discípulos, sino también a los que después de ellos han de creer.

Ahora bien, dirás, los discípulos vieron y creyeron.— Nada de esto pretendieron ellos, sino que inmediatamente por los lienzos concluyeron la resurrección, y ya antes de ver el cuerpo tuvieron fe completa. Así, pues, cuando alguno dice ahora: “Quisiera vivir en aquellos tiempos y ver a Cristo haciendo milagros”, considere la sentencia: *Bienaventurados los que no vieron y creyeron*.

Justo es también inquirir, cómo un cuerpo incorruptible mostraba las señales de los clavos, y era palabra a una mano mortal. Mas no te turbes, porque todo ello era condescendencia (de Dios). Aquel cuerpo tan ligero y tenue, que entró cerradas las puertas, estaba exento de toda erasitud: mas se muestra de aquel modo para que no se creyera la resurrección, y para que se viera que era el mismo que había sido

crucificado, y que no había resucitado otro en lugar de El. Por esto resucita con las señales de la cruz, y por esto también come. Y en efecto, los Apóstoles aducían a la continua ésta, por señal de su resurrección, diciendo: *Nosotros que con él comimos y bebimos* (Act., X, 4). Así, pues, como viéndole antes de la cruz andar sobre las olas, no por eso decimos que aquel cuerpo es de otra naturaleza, sino de la nuestra; así también al verle después de la resurrección con las cicatrices, no hemos de decir que es corruptible. Puesto que esto lo hacía por el discípulo.

III

30. *Otros muchos milagros hizo también Jesús.* Como este Evangelista (San Juan), había narrado menos que los otros, dice que tampoco los demás los dijeron todos, sino cuanto bastaba para atraer a la fe a los creyentes. Porque *si se escribieran*, dice, *todos, me parece que ni aun en el mundo cabrían los libros* (Joann., XXI, 25). Por donde es claro que lo que escribieron no lo escribieron por vanidad, sino por sola utilidad. Los que omitieron lo más, ¿cómo habían de escribir por vanidad lo que escribieron?

Pues ¿por qué razón no lo contaron todo?— Principalmente en atención a la mayoría del vulgo; y además porque pensaban que quien no creyera a lo dicho, tampoco había de creer si se contara más; y al revés, el que admitiera aquello, no necesitaría de más para la fe.

Por lo demás me parece a mí que habla aquí de los milagros de después de la resurrección: por lo cual dice: *En presencia de sus discípulos* (v. 30). Porque así como antes de la resurrección convenía que se hicieran muchos milagros para que creyeran que era Hijo de Dios; así después de la resurrección, para que creyeran que había resucitado. Por esta razón añadió: *En presencia de sus discípulos*, porque sólo con ellos conversaba después de la resurrección. Por la misma razón decía también: *El mundo ya no me ve* (Jo., XIV, 19). Y a continuación, para que veas que sólo en atención a los discípulos sucedían aquellos hechos, añadió: *Para que creyendo tengáis vida eterna en su nombre* (v. 31), hablando en general con la naturaleza, y dando a entender que no se hace beneficio a aquel en quien se cree, sino a nosotros los creyentes.— *En su nombre*, esto es, por medio de El. Pues El es la vida.

Cap. XXI, v. 1. *Después de esto, se mostró (Jesús) a sus discípulos junto al mar de Tiberíades.* ¿Ves cómo no conversa con ellos continuamente como antes? Se les apareció, en efecto, al anochecer, y se fue; luego, después de ocho días, y se fue de nuevo; luego después de esto junto al mar, y de nuevo con mucho temor.— Y ¿qué quiere decir *se mostró*?— Por aquí se echa de ver que no se le vería si no se atemperase (= si no se abajase, condescendiendo con su debilidad), porque ya su cuerpo era inmortal e incorruptible.— Y ¿por qué hizo mención de lugar? Para dar a entender que les había quitado la mayor parte del miedo, de suerte que ya salían de casa, y andaban por todas partes: pues ya no estaban en casa encerrados, sino que habían ido a Galilea, para evitar el peligro de parte de los judíos.

Sale, pues Simón a pescar. Y era natural; como ni El (Jesucristo) estaba continuamente con ellos, ni se les había dado el Espíritu Santo, ni todavía se les había encomendado nada; no teniendo otra cosas que hacer, volvieron a su oficio.

2. *Y estaban juntos Simón y Tomás y Natanael, el llamado por Felipe, y los hijos de Zebedeo, y otros dos.* No teniendo, pues, otra ocupación, fuéronse a pescar, y hacían de noche porque tenían miedo. Esto dice también San Lucas; pero no se refiere a este hecho, sino a otro. Los demás discípulos los iban siguiendo, porque estaban ya todos unidos entre sí, y porque querían ver la pesca y gozar de este recreo. Estando, pues, ellos trabajando y fatigados, preséntaselos Jesús, mas no se les manifiesta de repente, a fin de trabar conversación con ellos. Díceles, pues: 5. *¿Tenéis algo de comer?* Habla todavía a lo humano, como si quisiera comprarles algo. Como le respondieron moviendo la cabeza, que no, mandóles echar la red a la derecha; y cuando la hubieron echado, hallaron pesca. Y una vez que le reconocieron, muestran lo peculiar de su carácter los discípulos Pedro y Juan. Aquél más ardiente, éste más levantado; aquél más pronto, éste más perspicaz. Por esto Juan fue el primero en conocer a Jesús; mas Pedro el primero en llegar a El. Puesto que no eran comoquiera aquellas señales. ¿Pues qué era lo que había sucedido?— En primer lugar, el haber cogido tantos peces; después, el no haberse rasgado la red; además, el haber, antes de desembarcar, hallado las brasas preparadas, y el pez sobre ellas, y el pan. Pues no las hizo (Jesucristo) de alguna materia preexistente, como solía hacerlo antes de la cruz por dispen-

sación. Luego, pues que Pedro le reconoció, todo lo abandonó, los peces y la red, y se ciñó. ¿Ves su reverencia y su deseo? Y eso que había doscientos codos de distancia; pero ni así pudo aguantar ir en el barco a El, sino que se presentó nadando (vv. 6, 7, 8).

Y ¿qué hace Jesús? 12. *Venid*, les dice, *comed*. Y *nadie se atrevía a preguntarle*. Porque ya no tenían la misma libertad de hablar, ni la misma franqueza, ni le hacían ya preguntas, sino que con silencio y gran temor y reverencia estaban sentados atendiéndoles. *Porque sabían que “el Señor es”*. Y por eso no le preguntaban: ¿Quién eres? Y sí, por una parte, al ver la figura transformada y llena de grande majestad, estaban en gran manera atónitos y querían preguntarle algo acerca de ella; por otra, el temor, y el saber que no era otro, sino El, reprimía la pregunta, y comían silenciosos lo que El con mayor potestad había criado. Y aquí (al criar las brasas, etc.) no mira al cielo ni hace aquellas otras demostraciones humanas, dando a entender así que aun aquellas las hacía por condescendencia (no por necesidad).

Y para hacer ver que no conversaba con ellos continuamente ni lo mismo que antes, dice (el Evangelista): 14. *Esta fue la tercera vez que se les apareció, cuando resucitó de entre los muertos*. Y manda que le lleven de la comida, haciendo patente que lo que veían no era fantasma. Pero aquí no dice que comió con ellos; en cambio San Lucas dice en otra parte que *Estuvo comiendo con ellos* (Act., I, 4). El cómo no es nuestro exponerlo; pues sucedía esto de una manera muy maravillosa, no porque la naturaleza necesitara ya de alimento, sino por condescendencia, para prueba de la resurrección.

V

Quizás, al oír estas cosas, os habéis enfervorizado y habéis llamado felices a los que con El estuvieron entonces y a los que han de estar después del día de la resurrección general. Por eso hagamos cuanto podamos a fin de ver aquel rostro tan maravilloso. Que si ahora, con sólo oírlo, tanto nos enardecemos y deseamos estar en aquellos días en que vivió sobre la tierra, y oír su voz, y ver su rostro, y acercarnos a El, y tocarle, y servirle, considera qué será verle, no ya en cuerpo mortal, ni haciendo obras humanas, sino escoltado de los ángeles, inmortales también ellos, y que le están mirando y gozando de una felicidad que supera a todo discurso. Por tanto, os ruego,

hagamos todo lo posible para no perder tan grande gloria. Nada hay en ello difícil, si lo queremos: nada pesado, si ponemos atención. Porque *si sufrimos, reinaremos también con El* (2 Tim., II, 12). ¿Qué significa *si sufrimos*? Si llevamos las tribulaciones, las persecuciones, si andamos por el camino estrecho. Pues el camino estrecho es trabajoso a la naturaleza, pero se hace más suave a nuestra voluntad con la esperanza de lo futuro. *Ya que lo que aquí es para nosotros tribulación de un momento y ligera, obra en nosotros sobre todo encarecimiento y ponderación eterno peso de gloria, no atendiendo nosotros a las cosas que se ven, sino a las que no se ven* (2 Cor., IV, 17). Volvamos, pues, los ojos a los cielos, y allí tengamos siempre la fantasía, y allá miremos. Si allí vivimos siempre, no nos hará mella alguna lo dulce de esta vida, no llevaremos pesadamente lo amargo de ella: sino que de estas y de todas las demás cosas nos burlaremos, y nada habrá que nos pueda ni esclavizar ni levantar sobre nosotros, con sólo que allá dirijamos nuestros deseos, con sólo que miremos a aquel amor. Y ¿qué digo no nos entristecemos con los males presentes? Aun nos parecerá que no los vemos. Tanto como esto puede el amor. Así es que a los que amamos, aunque no estén presentes, sino ausentes, todos los días los llevamos en la imaginación. Grande es la tiranía del amor: arranca el alma de todo lo demás y la encadena con el amado. Si de este modo amáremos a Cristo, lo de esta vida nos parecerá todo sombra, todo imagen y sueño. Diremos también nosotros: *¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿La tribulación o la angustia?* (Rom., VIII, 35). No dijo la hacienda, o la riqueza, o la hermosura (que tales cosas le parecían viles y ridículas), sino que puso delante las que parecían difíciles, el hambre, las persecuciones y las muertes. Conque él aun estas cosas las despreció y escupió, como nada, y ¡nosotros por el dinero nos apartamos de nuestra Vida y nos separamos de nuestra Luz! Y mientras Pablo ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo venidero, ni otra criatura alguna antepone al amor a Cristo, nosotros, en viendo un poco de oro, nos inflamamos y pisoteamos sus leyes. Y si esto es intolerable para dicho, mucho más lo es para hecho. Ahí está lo malo, que nos horrorizamos de oírlo, y no nos horrorizamos de hacerlo, sino que fácilmente juramos y perjuramos, y robamos, y exigimos usura, y descuidamos la continencia, y dejamos la oración fervorosa, y traspasamos los más de los mandamientos, y a cuenta de lograr dinero, no hacemos caso de los que son miembros nuestros. Que quien ama el dinero, hará males sin número al prójimo,

y con él a sí mismo: pues se airará fácilmente, le insultará, le llamará loco, jurará y perjurará, y ni aun siquiera se contendrá en los límites de la antigua ley; no amará al prójimo quien ama el oro. Pero el caso es que a nosotros se nos manda amar aun a los enemigos por el reino de los cielos. Y si cumpliendo los preceptos de la antigua ley, no podremos subir al reino de los cielos, si nuestra justicia no sobreabundare sobre la de ellos (los del Antiguo Testamento) (Matth., V, 20), ¿qué defensa tendremos, si aun aquellos preceptos los traspasamos?

VI

El que ama el dinero, no sólo no amará a los enemigos, sino que aun de los amigos abusará como de enemigos. ¿Qué digo de los amigos? Aun la misma naturaleza desconocen muchas veces los amadores del dinero. El hombre de tal condición no conoce parentesco, no se acuerda de amistad, no respeta la edad, no tiene amigo alguno, con todos está en enemistad, y más que con nadie consigo mismo; no sólo porque pierde su alma, sino además porque la tiene en tensión con innumerables cuidados, trabajos y tristezas. Pues arrastrará viajes, malquerencias, peligros, asechanzas y cuanto se quiera, sólo para tener consigo la raíz de todos los males y poder contar mucho oro. ¿Qué puede haber, pues, más terrible que esta enfermedad? Porque se ve privado de todo deleite y placer —por lo que tanto pecan los hombres— y de toda gloria y honor. Pues quien ama el dinero sospecha de innumerables hombres, y tiene muchos que le acusan, le envidian, le calumnian, le acechan. Los que padecen la injusticia le aborrecen, como víctimas que son; los que no la padecen, temiendo padecerla y compadeciéndose de los que la sufren, le hacen la misma guerra, y los que son más ricos y poderosos, escociéndose y embraveciéndose a favor de los más humildes, y aun también por envidia, son enemigos de él y le aborrecen. Y ¿a qué hablar de los hombres? Si Dios mismo está con él en guerra, ¿qué esperanza le queda ya? ¿qué consuelo? ¿qué refrigerio?

VII

El que ama el dinero, nunca podrá usar de él, sino que será su esclavo y su guarda, no su señor. Porque pugnando siempre por ad-

quirir más, nunca querrá gastarlo; y se causará quebranto a sí mismo, y se hallará más pobre que todos los pobres, como quien nunca pone límite a su codicia. Ahora bien, las riquezas no se han hecho para que las custodiamos, sino para que usemos de ellas; que si las hubiéramos de sepultar para otros, ¿quién más miserable que nosotros, que corremos por todas partes anhelando abarcarlo todo, para guardarlo dentro, y luego privarnos del uso común?

Y todavía hay otra enfermedad que no es menor. Los unos lo sepultan en la tierra, y los otros en el vientre, buscando el placer y la embriaguez, proporcionándose con el pecado el castigo de la lascivia. Y unos se lo dan a los parásitos y aduladores, otros al juego y mujeres perdidas, y otros a otros gastos parecidos, abriéndose infinitos caminos que los lleven al infierno, y dejando el recto y establecido que conduce al cielo. Y eso que en éste no sólo hay utilidad, sino también mayor placer que en todo lo dicho. Pues quien da a mujeres perdidas será objeto de risa y oprobio y tendrá muchos enemigos y breve placer; y ni aun breve, pues de cuanto a ellas diere nada le agradecerán. Porque *tinaja barrenada es la casa de prostitución* (Prov., XXIII, 27). Fuera de que su naturaleza es petulante, y Salomón comparó su amor con el infierno; y no cesa hasta que ve al amador privado de todo, y ni aun entonces cesa, sino que se atavía más, e insulta al caído y promueve gran risa contra él, y le infiere tantos males, que no es posible exponerlos de palabra.

No es así el deleite de los que se salvan; porque aquí no tiene uno rival, antes todos se alegran y se regocijan, tanto los que tienen su bienestar, como los que lo contemplan. Ni la ira, ni la tristeza, ni la vergüenza, ni el oprobio tiene en asedio su alma; antes bien, grande es la alegría de su conciencia, grande la esperanza de lo venidero, espléndida la gloria, mucho el resplandor, y mayor que todo la bienquerencia de Dios y la seguridad; nada de precipicios, nada de sospechas, antes todo es puerto sin olas y serena tranquilidad.

Considerando, pues, todo estoy comparando deleite con deleite, elijamos el que es mejor, para que alcancemos también los bienes venideros, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, al cual sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LXXXVIII

TEXTO DEL EVANGELIO:

Cap. XXI, v. 15. Cuando hubieron, pues, comido, dice Jesús a Simón Pedro: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?” Dícele: “Sí Señor, tú sabes que te amo”. Le dice: “Apacienta mis corderos”.

16. Le dice de nuevo segunda vez: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?”. Dícele: “Sí, Señor, tú sabes que te amo”. Dícele: “Apacienta mis corderos”.

17. Le dice por tercera vez: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?” Entristeciéndose Pedro, porque le dijo tercera vez: “¿Me amas?”, y le respondió: “Señor, tú sabes todas las cosas; tú sabes que te amo”. Le dice: “Apacienta mis ovejas”.

18. “En verdad, en verdad te digo, cuando eras más joven, te ceñías a ti mismo, e ibas adonde querías; pero cuando hayas envejecido, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieres”.

19. Y esto dijo, señalando con qué género de muerte había de glorificar a Dios. Y habiendo dicho esto, le dice: “Sígueme”. 20. volviéndose Pedro, ve que le sigue el discípulo a quien Jesús amaba y que en la cena se recostó en su pecho y le había dicho: “Señor, ¿quién es el que te hace traición?” 21. Viendo, pues, a éste Pedro, dice a Jesús: “Señor, y éste ¿qué?” 22. Dícele Jesús: “Si quiero que permanezca hasta que Yo venga, ¿qué se te da a tí? Tú sígueme”. 23. Salió, pues, este rumor entre los hermanos, que aquel discípulo no muere; y no le dijo Jesús que no muere, sino: “Si quiero que permanezca hasta que Yo venga, ¿qué se te da a tí?”

24. Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas y las escribió: y sabemos que es verdadero su testimonio.

25. Hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, que si se escribiesen una por una, creo que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir.

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. El amor del prójimo nos concilia la benevolencia de Dios. Por eso Cristo Nuestro Señor lo requiere en San Pedro (vv. 15-18).

El Señor predice a Pedro su martirio: así nos daba un dechado de amor, y le premiaba sus deseos de morir por El. Las palabras: *Te llevará adonde no quieres*, significa la repugnancia a la naturaleza. Otras particularidades del v. 18: añádesse la explicación del v. 19.

II. Confianza de Pedro con el Señor, y amor que tenía a Juan, por cuya suerte pregunta (20, 21). Respuesta de Cristo, en que nos enseña a enviar la solicitud superflua (v. 22).

III. Humildad y sinceridad del Evangelista. Cómo, pudiendo contar cosas muy gloriosas, cuenta otras de desprecio. El Evangelista aduce su propio testimonio, como desafiando a que se averiguen los hechos (vv. 23, 24, 25).

IV. Investiguemos el Evangelio, y dejemos a un lado los cuidados de este siglo, que no son sino espinas, al mismo tiempo infructuosas y punzantes. Placer del que obra bien (v. gr., del que da limosna); pesadumbre del que peca (v. gr., del avaro).

Cap. XXI, v. 15. *Cuando hubieron, pues, comido, dice Jesús a Simón Pedro: "Simón [hijo] de Jonás, ¿me amas más que éstos?" Dícele: "Sí, Señor, tu sabes que te amo".*

Muchas otras cosas hay que nos pueden proporcionar confianza con Dios y hacernos gloriosos y bien quistos; pero lo que más que nada nos logra la benevolencia divina es el cuidado del prójimo; y esto es precisamente lo que Cristo exige a Pedro. Y así, cuando hubieron terminado la comida, 15, dice Jesús a Simón Pedro: *"Simón de Jonás, ¿me amas más que éstos?" Dícele: "Sí, Señor, tú sabes que te amo". Le dice: Apacienta mis corderos".* Y ¿cómo es que, dejando a los otros, habla con él (con Pedro) sobre este asunto?— Es que era eximio entre los Apóstoles, y boca de los discípulos, y cabeza de aquel coro: y por eso también Pablo, fue para conocerle a él con preferencia a los otros (Gal., I, 18). Además, para hacerle ver que ya, borrada la negación, debían confiar, le encarga la presidencia sobre los hermanos. De la negación no le dice nada, ni le echa en cara el suceso: sino que le dice: *"Si me amas, preside a los hermanos: y aquel amor que siempre mostraste y en el que te gloriabas, muéstrale ahora; y esa vida que decías que ibas a darla por Mí, dala ahora por mis ovejas".* Ya, pues, que preguntado primera y segunda vez, invocó por testigo a El mismo, como a sabedor de lo oculto de los corazones, todavía fue preguntado por tercera vez, y se turbó, temiendo de nuevo lo mismo de antes (ya que entonces se había afirmado en sus palabras y después se vio cogido): por esta razón acude a El de nuevo. Pues el decir: 17. *Tú lo sabes todo*, significa lo presente y lo venidero. ¿Ves cuánto mejor y más cauto se hizo no atreviéndose ya a envalentonarse y contradecir? Por eso se turbó. *"No sea que creyendo yo que le amo, no le ame; como me pasó antes, que creyendo de mí grandes cosas, y afianzándome en ello, después salí frustrado".*— Tres veces le pregunta (el Señor) y tres veces le manda lo mismo, declarando así cuánto estima el estar al frente de sus ovejas, y que esta es la mayor señal del amor que se le tiene. Y después de haberle hablado del amor a El, le predice también el martirio que había de sufrir, descubriendo en ello que no le dijo lo que había dicho desconfiando en él, sino antes confiando mucho.

Y queriendo mostrar un dechado de amor para con El, y enseñarnos de qué manera singularmente le hemos de amar, dice: 18. *Cuando*

era más joven, te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando hayas envejecido [extenderás tus manos] y otros [otro] te ceñirán y te llevarán adonde no quieres.— Pero, ¡si lo quería y lo deseaba! y por eso se lo descubría El. Pues como tantas veces repetía: *Mi vida daré por ti*. (Joan., XIII, 37), y aunque me sea preciso morir contigo, no te negaré (Matth., XXVI, 25), le concedió sus deseos. Luego ¿qué significa: *Adonde tú no quieres*? Habla del sentimiento de la naturaleza y de la violencia de la carne, y de que el alma se arranca del cuerpo contra su voluntad. De suerte que aunque la voluntad estaba firme, con todo, aun así la naturaleza flaqueaba. Porque nadie deja el cuerpo sin dolor, ordenándolo así Dios convenientemente, como antes dije, para que no hubiera muchas muertes violentas. Si aun en este estado de cosas ha sido Satanás poderoso para lograrlo y conducir a innumerables hombres a los precipicios y derrumbaderos, fácilmente si no hubiera en el alma tan grande deseo del cuerpo, aun por una tristeza de poco momento se lanzarían muchos al suicidio.— Así, pues, las palabras *Adonde no quieres*, indican el sentimiento natural. Pero ¿cómo habiendo dicho: *Cuando eras joven*, dice después: *Cuando hayas envejecido*? Con esto da a entender que entonces no era joven, como, en efecto, no lo era; ni tampoco viejo, sino varón perfecto.— Y ¿por qué le recordó la vida pasada? Para hacer ver que así son sus cosas ²⁵; porque en las cosas humanas el joven es útil, y el viejo inútil; pero en las mías, dice, no es así; antes bien, después de haber sobrevenido la vejez, entonces es la fortaleza más espléndida, el valor más ilustre, sin recibir menoscabo por la edad. Y esto se lo decía, no para atterrarle, sino para levantarle; pues conocía bien su deseo, y que estaba con ansias de esta gloria. Y al mismo tiempo le descubre el género de muerte. Porque como Pedro quería siempre hallarse en los peligros por el: “Confía, le dice, que de tal manera llenaré tus deseos, que no padeciste de joven, lo padezcas de viejo”. Y a continuación el Evangelista, llamando la atención del oyente, añadió, 19. *Y esto lo decía, dando a entender con qué muerte glorificaría a Dios*. No dijo *Moriría*, sino *Glorificaría a Dios*, para que aprendas que el padecer por Cristo es gloria y honor del que padece.

Y habiendo dicho esto, le dice: “Sígueme”. Por aquí se deja entrever de nuevo la providencia que de él tiene, y cuán íntimamente unido le estaba. Y si alguien dijere: ¿Pues cómo es que Santiago recibió la cátedra de Jerusalén?, le responderé que a éste (a Pedro) no le escogió para maestro de una cátedra, sino de todo el mundo.

II

20. *Volviéndose, pues Pedro, ve que le sigue el discípulo a quien Jesús amaba, y en la cena se recostó en su pecho, y dice: “Señor, ¿y éste, qué?”* ¿Por qué causa nos recuerda lo de haberse recostado? No sin motivo y sin más ni más, sino para hacer ver cuán grande confianza tenía Pedro después de la negación. Porque al que antes no se atrevía a preguntar, sino que encargaba de hacerlo a otro, a él se le encomendó aun la primacía de sus hermanos. Y ya no sólo le encomienda a otros sus cosas propias, sino que él dirige a su Maestro una pregunta acerca de otro; y mientras Juan calla, él habla. Aquí muestra además el amor que le tenía; pues, en efecto, amaba muchísimo Pedro a Juan; y se ve también por todo lo que siguió; y en todo el Evangelio se echa de ver el lazo que los estrechaba, como también en los Hechos de los Apóstoles. Como le había, pues, predicho grandes cosas, y encargado de toda la tierra; y profetizado el martirio, y atestiguado su amor mayor que el de los demás, queriendo Pedro tenerle también por compañero, dice: *¿Y éste, qué?* ¿No andaré el mismo camino que yo? Y así como en otro tiempo, no pudiendo preguntar, le puso por intermediario, así ahora, pagándole la vez, y juzgando que él quería preguntar acerca de sí, pero que no se atrevía, él tomó a su cargo la pregunta. Y ¿qué responde Cristo? 22. *Si quiero que permanezca hasta que Yo venga, ¿que se te da a ti?* Como le hablaba con mucha solicitud, y como quien no quería separarse de él (de Juan), Cristo, haciéndole ver que por mucho que él amase a Juan, no se aventajaría al amor que El le tenía, le dice: *Si quiero que permanezca hasta que venga, ¿a ti qué?* Enseñándonos con esto a no estar con inquietudes ni preocupados de nada, fuera de los límites que El quiere. Y así, como Pedro era siempre ardiente y saltaba a hacer semejantes preguntas, le dice estas palabras, cortando otra vez su ardimiento, y amaestrándole a no inquirir más con solicitud.

III

23. *Salió, pues, este rumor entre los hermanos (o bien entre los discípulos), que aquél (discípulo) no muere. Y no dijo Jesús: No muere, sino: “Si quiero que permanezca hasta que venga, ¿a ti, qué?”* Era decir: No vayáis a creer que Yo ordeno vuestras cosas de una sola

manera". Y esto lo hacía (Jesucristo) por causa de la intempestiva simpatía que tenía el uno con el otro. Pues como habían de recibir el encargo de todo el mundo, no convenía ya que estuvieran ligados el uno al otro; que sería gran daño para la tierra. Por eso le dice: Tú ya tienes tu encargo, mira por él, cúmplole, trabaja, lucha. ¿Qué a ti, si Yo quiero que él permanezca aquí? Tú mira por lo tuyo y cuida de ello.

Más tú ahora considera aquí cuán sin arrogancia es el Evangelista. Porque habiendo contado la opinión de los discípulos, la corrige, como propia de quienes no habían comprendido lo que (Jesús) había dicho. *No dijo Jesús: No muere, sino : Si quiero que él permanezca.* 24. *Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, y las escribió; y sabemos que es verdadero su testimonio.* Cómo es que, no habiéndolo ninguno de los otros, sólo este discípulo habla de esta manera, y lo hace por dos veces, dando testimonio de sí mismo, y como quien sale al encuentro a los oyentes? ¿Cuál es la causa? Dícese que él fue el último que escribió, habiéndole Dios (Cristo) movido e impulsado a ello; por esta razón continuamente hace ver su amor, dando a entender que causa le excitó a escribir. Por eso continuamente hace mención de él, conciliando crédito a sus palabras, y haciendo ver que se puso a escribir movido de esta causa. Y se yo, dice, que es verdad lo que cuenta; y si muchos no creyeren, pueden creer aun por este motivo. ¿Por qué motivo?— Por lo que a continuación se dice: 25. *Porque hay también, dice, muchas otras cosas que hizo Jesús; que si se escribiesen una por una, creo que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir.* Por donde es claro que yo no he escrito para complacer.— Y es así, que si yo, habiendo cosas tan grandes, no conté de ellas ni siquiera tanto como los demás, sino que por la mayor parte las dejé, y en cambio puse delante las asechanzas de los judíos, las pedreas, el odio, los ultrajes y calumnias, o hice ver cómo le llamaban endemoniado y falsario, está bien patente que no trato de conciliarme benevolencia; pues quien tal intentara, debería seguir rumbo contrario, callando lo injurioso y descubriendo lo ilustre. De ahí que, como escribió lo que escribió con plena certidumbre, no rehusa apelar a su propio testimonio. Y si nosotros lo hacemos, mucho mas aquel, que escribía movido del Espíritu Santo; lo mismo que también los otros Apóstoles, predicando, decían: *Nosotros somos testigos de lo que decimos, y también el Espíritu Santo, que El dio a los que le obedecen* (Act., V, 32). El había estado presente a todo: en

la cruz no le abandonó, recibió en encomienda su Madre; que todas eran señales del amor que le tenía, y de que todo lo sabía con exactitud. Y si dijo que se obraron tantos milagros, no te admires; antes considerando el inefable poder del que los obraba, recibe con fe lo que se te cuenta; pues tan fácil como a nosotros nos es el hablar, tanto, o por mejor decir, mucho más fácil aún, le era a El el obrar lo que quería: bastaba que lo quisiese, y todo seguía su arbitrio.

IV

Atendamos, pues, con diligencia a lo dicho, y no cesemos de interpretar e investigarlo; porque de este continuo manejo y trato se nos sigue utilidad. Así podremos purificar nuestra vida, así lograremos cortar las espinas. El pecado y los cuidados del siglo son cosa infructuosa y dolorosa a la vez. Y así como la espina, por dondequiera que se la tenga, punza al que la tiene, así también las cosas mundanas, por dondequiera que se cojan, causan pena al que las estrecha y fomenta. No así las cosas espirituales, antes se parece a una piedra preciosa, que comoquiera que se la vuelva, siempre deleita los ojos. Ahí va un ejemplo: Ha hecho uno limosna: pues bien, no sólo se deleita con la esperanza de lo venidero, sino que se recrea con los bienes de aquí, lleno siempre de grande confianza y con mucha libertad de corazón.— Ha vencido una mala concupiscencia; pues ya antes del reino de los cielos recibe aquí el fruto, alabado y admirado, más que por otro alguno, por su propia conciencia.— Y así son cada una de las demás buenas obras. Como al contrario las malas, ya, antes del infierno, atormentan aquí la conciencia. Y si, después de pecar, piensas en lo futuro, estás temeroso y temblando, aun sin que otro te castigue, y si en lo presente, tiene muchos enemigos y vives con sospecha, y ya ni te atreves a mirar de frente a aquellos que te hicieron daño, y lo que es más, a los que no te dañaron. Y no es tanto el placer como el tormento que en pago recibimos: mientras la conciencia alza el grito, los hombres nos condenan, Dios está irritado, el infierno ansía tragarnos, y nuestros pensamientos no tienen reposo.

Grave, en efecto, grave y pesadísimo, y más abrumador que el plomo es el pecado. El que lo siente, ni de alzar la vista es capaz, por más insensible que sea. Así Acab, por más que era muy impío, como lo sentía en sí, andaba cabizbajo, lleno de quebranto y miserable (3

Reg., XXI, 27). Por eso rodeóse de un saco y derramaba fuentes de lágrimas.

Si esto hiciéremos también nosotros, y lloráremos como él, nos despojaremos de nuestros delitos como Zaqueo, y alcanzaremos indulgencia. Así como en los tumores y fístulas, si primero no se detiene el humor que está fluyendo y afecta a la herida, por muchos remedios que se apliquen serán todos inútiles, mientras no se reprima la fuente del mal; así también nosotros, si primero no nos abstenemos de la avaricia y reprimimos esta maldito flujo, aunque demos limosna, lo haremos todo en vano. Porque lo que ella curare, lo destruye y echa a perder la avaricia que viene encima y empeora la llaga.

Cesemos, pues, de quitar, y entonces hagamos limosna. Si nos echamos voluntariamente a los precipicios, ¿cómo podremos respirar? Si uno tira de la parte de arriba al que va a caer —que es lo que hace la limosna— y otro por la parte de abajo le empuja con violencia, no se seguirá otra cosa de esta contienda sino que el hombre se descuartice. Para que esto no nos suceda, ni cuando nos tira abajo la codicia nos deje la limosna y se vaya, aligeremos nuestro peso y volem, para que, libres de los males y perfeccionados por la eficacia de las obras buenas, alcancemos los bienes eternos, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea el Padre, juntamente con el Espíritu Santo, gloria, poder y honor ahora y siempre y por lo siglos de los siglos. Amén.

INDICE

HOMILIA IX. S. Juan 1, v. 11. A lo suyo vino y los suyos no le recibieron	3
HOMILIA XII. S. Juan 1, v. 14. Y vimos su gloria, gloria como de Unigénito del Padre	15
HOMILIA XIV. S. Juan 1, v. 16. Y de su plenitud todos re- cibimos gracia por gracia	23
HOMILIA XV. S. Juan 1, v. 18. A Dios nadie le vio jamás; el Hijo Unigénito que está en el seno del Padre, El mis- mo lo ha declarado	31
HOMILIA XXII. S. Juan 2, v. 4. Y Jesús dijo: "¿Qué a mí y a ti mujer? Aun no ha llegado mi hora"	39
HOMILIA XXXV. S. Juan 4, v. 40-53. Pues como vinieron los samaritanos, le rogaban que se quedase con ellos	47
HOMILIA XLII. ... S. Juan 6, 1-15. La multiplicación de los cinco panes y dos peces	57
HOMILIA XLVI. S. Juan 6, 41-54. Jesús es el Pan de vida .	67
HOMILIA LIV. S. Juan 8, 31-47. Los que son de Dios oyen la palabra de Dios	76
HOMILIA LV. S. Juan 8, 48-59. Jesús es anterior a Abra- ham	85
HOMILIA LX. S. Juan 10, 14-21. El buen pastor	92
HOMILIA LXXVII. S. Juan 15, 11-27. Si el mundo os abo- rrece, antes que a vosotros me ha aborrecido a mí	105
HOMILIA LXXVIII. S. Juan 16, 4-15. Os conviene que Yo me vaya... Yo os enviaré al Paráclito	116
HOMILIA LXXXVI. S. Juan 20, 10-22. Primera aparición de Jesús resucitado	126
HOMILIA LXXXVII. S. Juan 20, 24-14 y 21, 1-14. Otras apariciones apariciones de Jesús resucitado	135
HOMILIA LXXXVIII. S. Juan 21, 15-25. Jesús nombra a Pedro Pastor Supremo de la Iglesia	144